

The background is an antique map with a yellowish, aged appearance. It features various geographical labels in Latin, such as 'DANIA', 'MANNIA', and 'HASSACIA'. A compass rose is visible in the lower-left corner, partially overlapping the map's details. The title is written in a large, elegant, brown cursive script.

# Memorias de un emigrante

Enrique Coman



Enrique Coman nació el 19 de octubre de 1924 en Bucarest, Rumania. Estudió en Francia, se unió como voluntario de la Fuerza Aérea Británica y fue piloto de combate en la Segunda Guerra Mundial.

Fue prisionero de guerra, regresó a su tierra natal y se vio obligado a huir a otros países de Europa. Se recibió de ingeniero, en 1949 llegó a Uruguay, un lugar que para él "es el paraíso" y allí forjó su familia.

Vive en Solymar Sur, Canelones. Enrique tiene 89 años y empezó a dar charlas a estudiantes de los liceos de su zona para compartir su experiencia de vida.

*Memorias  
de un emigrante*

**Enrique Coman**

© 2013, Enrique Coman  
ISBN 978-9974-99-283-2

Diseño: Matriz  
Imprenta: Gráfica Mosca  
Depósito legal: 363.071

Primera edición, octubre de 2013.  
Impreso en Montevideo, Uruguay.





Quienes queremos y conocemos a Enrique Coman publicamos estos escritos como forma de homenajear la vida de un hombre intenso, valiente y sensible.

Gracias Enrique.

## Enrique Coman

Prefacio .....	11
----------------	----

### **PRIMERA PARTE - MEMORIAS**

1924 – 1938	Los comienzos .....	15
1938 – 1940	Ilusiones .....	21
1942 – 1943	El gato y el ratón .....	29
1943	Cogito ergo sum .....	41
1944	Transición .....	49
1944 – 1947	Escuela Politécnica .....	55
1947 – 1948 (a)	El escape .....	61
1947 – 1948 (b)	Esperanzas .....	79
1948 – 1949	Paris "je t'aime" .....	89
1949	Dulce final .....	101
1949 – 1951	Llegar .....	105
1959 – 1962	Los padres .....	109



**SEGUNDA PARTE - ANECDOTARIO**

Los comienzos.....	121
Club Olimpia .....	125
MC2.....	128
Kiosco "Las Bandejas" .....	132
Propiedad Horizontal.....	140
Banco de Seguros.....	142
Techint S.A. ....	144
Los Teléfonos .....	149
Transición .....	156
Avenida Agraciada .....	158
Cambios .....	161
Manganeso .....	163
La Familia .....	166
Solymar .....	175
Junta de Vecinos .....	180
Cuartelillo de Bomberos.....	182
Rotary Solymar .....	184
Rumania .....	188
Los Bancos .....	194
Curriculum Vitae .....	201
Finis Comediae .....	211
Epílogo .....	213

Enrique Coman

## PREFACIO

He escrito las presentes MEMORIAS durante mis interminables momentos de nostalgia y de soledad. Tengo ya 83 años en el momento de escribirlas y me doy cuenta que toda mi vida se encuentra en mi pasado y que a mi edad, no puedo ya fantasear con un futuro incierto. Mi vida fue siempre muy movida, muy peleada y siempre estuve dispuesto a sacrificarla en pos de una permanente búsqueda de la libertad y del éxito personal. Durante todos estos años sentí la necesidad de superarme cada día más y tratar de demostrarme a mi mismo hasta dónde podía llegar sin esperar ayuda ajena.

Comencé por escribir lo que yo llamo "flashes" o instantáneas de mi vida. He escrito tal como las he recordado, sin agregar fantasías con falsos episodios. Todo lo escrito es el fiel espejo de mis recuerdos y de lo que realmente ha pasado. He juntado los "flashes" cuando había creído haber cumplido con lo que me había propuesto hacer y –poniéndolos en orden cronológico– representan la viva imagen de un pedazo de mi vida pasada.

No soy escritor y no estoy calificado para escribir novelas. Por lo tanto no pienso transformar estos "flashes" en un futuro libro. La única razón que tuve cuando me decidí a escribir, fue mi propia necesidad de repasar mi vida en estos momentos de soledad. O –a lo mejor– tratar de hacerle pensar de manera positiva a mi nieto, Gastón, inyectándole un poco de ganas y entusiasmo, estando él tan confundido respecto al real significado de la vida. La vida tiene sentido y valor únicamente cuando se lucha permanentemente y cuando nos convencemos que hay que compartir el éxito con los que nos han ayudado a conseguirlo. No hay que cejar nunca, ni en el éxito como tampoco en el fracaso. Solamente cuando uno está en condiciones de decir ojeando su propia vida;

## Enrique Coman

*"he hecho todo lo que he podido, no he vivido en vano"*, podré esperar con tranquilidad el inexorable final. Pero no vivimos solos en este planeta, somos seres sociales. Por lo tanto: sepamos compartir. Tuve la suerte de conocer el Uruguay. Me cuesta ver –hoy día– que los uruguayos se van a buscar otros horizontes. Cuando yo llegué a este país soñado, se lo he agradecido a Dios por haberme favorecido vivir y trabajar en este paraíso. Y no se confundan: nadie me ha regalado nunca nada. Le agradezco a mi querida esposa Maruja por haberme ayudado en todo momento en mi lucha y por ser una esposa y una madre sin par. El presente escrito será un recordatorio de mi vida cuando ya no esté. Es una manera egoísta de pensar que los demás no se olvidarán de uno. Pero como sé muy bien que a pesar de mis "Memorias" seré olvidado, me habré ido con la satisfacción de haber vivido plenamente mi vida, con sus alegrías y sus amarguras. Espero que –los que lean las "Memorias"– me perdonen el estilo. Es la falta de *"maitier"*. Agradezco el apoyo recibido por parte de mis amigos, el señor Embajador de Rumania, Don Vasile Macovei y su encantadora esposa Antonieta. También al excelente escritor y amigo Dr. Juan Carlos Reynes, por haberme alentado a escribir estos "flashes".

Memorias de un emigrante

Primera parte  
MEMORIAS

Enrique Coman

# 1924 – 1938

## LOS COMIENZOS

Me dijeron haber nacido un 19 de octubre de 1924, aunque me inscribieron en el Registro Civil recién el 25 por no tener mi padre, en aquel momento, el dinero necesario para poder registrarme en fecha. Me bautizaron Henri, lo que los empleados de inmigraciones del Uruguay –25 años después– cambiaron por Enrique. Todo esto ha transformado mi vida en un cocktail de datos contradictorios: era Henri nacido el 25 de octubre o Enrique nacido el 19 de aquel mes? Toda esta confusión me hizo llegar a perder –muchos años después– mi nacionalidad rumana, a pesar de tratar de explicarles a los burócratas rumanos adónde estaba radicada la equivocación. Soy una mezcla de nacionalidades: mi madre era francesa, mi padre rumano, y yo nacionalizado uruguayo. Lo seguro es que nací en Bucarest, en la calle Frumoasa, y que cursé tanto la primaria como el liceo en Bucarest. Lamentablemente estos argumentos no fueron suficientes como para permitirme volver a recuperar nuestra casa paterna requisada por el Gobierno Comunista, como tampoco mi nacionalidad rumana.

He tenido una infancia increíble. Rumania era un país soñado, y tanto mi padre como mi madre y sus respectivas familias me mimaban siempre y me

permitían disfrutar de cada momento de mi infancia. Mi padre era oriundo de Oltenia, aunque había nacido en Iasi. Hombre talentoso, quedó huérfano cuando todavía no había salido de su adolescencia, y quedaron a su cuidado sus cuatro hermanos y hermanas. Recuerdo con cariño a mi tía Ritica, gran pianista, a Dorica, amorosa mujer empleada de la compañía de gas, Costica –mi tío tarambana quien se dedicaba a jugar ping-pong y a cortejar chicas– y a mi tío Mielu un depresivo nato. Papá se ocupaba de todos ellos y les entregaba el dinero para los estudios y para sus necesidades. Para esto papá tuvo que trabajar mucho y estudiar al mismo tiempo, lo que fue muy meritorio, ya que ninguno de sus hermanos, o de su propia familia llegaron a sentir los rigores de la necesidad. Mi padre era cristiano ortodoxo aunque no practicante.

Mi madre en cambio era de origen francés y era una ferviente católica. Su madre, mi abuela materna, había llegado a Rumania desde Lyon. Casada con un rumano ortodoxo, Edeleanu, sabio reconocido por la Universidad de Bucarest debido a sus excepcionales trabajos científicos. Mi abuela materna tenía 4 hijas y un solo hijo, Isidor, excelente médico ginecólogo, quien vivía permanentemente en París. La hermana mayor de mamá era Charlotte, una belleza digna de haber sido elegida "Miss Rumania" (competencia desconocida en aquellos momentos) y las tres hermanas menores eran Minca, Olga y Nutzy. Todas ellas habían sido católicas practicantes, pero los matrimonios y los avatares de la vida hicieran que más de una de ellas se casara con muchachos judíos y que por esta razón, y para poder casarse, cambiaron su religión del cristianismo al judaísmo.

Por lo tanto, en mi casa las religiones se toleraron y se mezclaron siempre, y mismo cuando mi padre se pasó –casándose con mamá– de ortodoxo a católico, nadie tuvo nada que objetar. Yo nací a los 3 años de casados.

Mi madre había elegido para mi una "freuilein" alemana por institutriz, a la usanza de aquellos tiempos. Con ella en casa se terminaron los momentos de libertad y juego, ya que ella disponía de todas mis actividades y hablaba conmigo permanentemente solo en alemán para que yo lo aprendiera. Me sentía un verdadero payaso cuando mi institutriz me hacía recitar versos o cantar



## Memorias de un emigrante

canciones infantiles frente a los invitados de casa. No me permitía decir una sola palabra en rumano, y me castigaba cuando se daba cuenta que lo había practicado hablando con mis padres o con amigos. Sufrí mucho el régimen militar que ella me imponía, pero tengo que reconocer que había llegado a hablar un alemán fluido que no llegué a olvidar hasta mi adelantada vejez. A los 6 años le grité a mi institutriz algún improprio, ella me dio unas fuertes palmadas, yo me quejé con mi madre y ella la despidió. Gracias a esta rebelión espontánea pude recobrar mi libertad.

Mi padre trabajaba como gerente de ventas en la administración del popular periódico "Dimineata & Adevarul". Visitando a mi padre en la redacción, pude conocer escritores importantes quienes trataban de hacer imprimir sus últimos libros por la editorial. Pude conversar muchas veces con Livio Rebreanu quien venía de hacer publicar "Rascoala" después del éxito que había tenido su "Padurea Spanzuratilor", con Sadoveano y muchos autores más. El importante cargo de mi padre en la editorial le permitió tomar la decisión de construir su propia casa. La construyeron en la Calle Dr. Lister N° 18, en Cotroceni. Yo tenía recién 6 años cuando la construyeron, y mi entusiasmo por tener nuestra propia casa era indescriptible.

Me inscribieron en un colegio público, en la calle Dr. Pasteur, a vuelta de casa, a los 7 años, y pasé mis mejores momentos allí, junto a mis compañeros de clases. Recuerdo con mucho cariño a Gagel, cuyo padre tenía la fábrica de panificación, a Ralea –el gordo– a Decebal –el hijo del coronel– y a muchos más. El Coronel poseía un planeador en los Cárpatos, y Decebal y yo íbamos todos los años para volar durante horas enteras en el planeador durante nuestras vacaciones. Recuerdo con orgullo el día que recibí de manos del instructor de vuelo mi "brevet" de aviador de planeador. Según las disposiciones legales, cada uno de nosotros (los que teníamos casa y facilidades) nos llevábamos para casa un compañero pobre de la clase, en general hijo de campesinos. Comíamos juntos, tomábamos la leche juntos y hacíamos juntos todos los deberes. Así llegamos a conocernos bien y a apreciarnos los unos y los otros. También pudimos darles a nuestros compañeros y amigos algunas motivaciones

para que supieran que con el trabajo y la imaginación se podía progresar y escaparle a la pobreza. En invierno íbamos toda la muchachada con nuestros trineos a la colina de Cotroceni, al final de la calle Dr. Lister, para deslizarnos sobre la nieve recién caída desde los 80 metros de altura, la diferencia de nivel. Al liceo íbamos siempre en invierno calzando los skyes y colgados detrás de los tranvías, único medio de transporte durante las crudas nevadas. Que tiempos felices aquellos...

A los 11 años entré con prueba de admisión al liceo Gheorghe Lazar. Pude ponerme el uniforme del liceo, el sombrero azul, y hacerme ver por las muchachas que paseaban por el parque Cismigiu. Era mi primer contacto serio con chicas de nuestra edad, fuera del control de la familia. Allí la conocí a Fantine, preciosa morocha de mi edad, eximia pianista y mi primer verdadero amor.

Los tiempos políticos eran cada día más amenazadores. La influencia de los "Guardias de Hierro" en la vida social de Rumania, y a través de ellos la de los nazis seguidores de Hitler recién llegado al poder en Alemania, creaba divisiones sociales nunca antes vistas en la sociedad rumana. La juventud nazi se permitía caminar por las calles con el uniforme del movimiento y llevar armas de fuego sin el permiso de la policía, la cual no tomaba siquiera en cuenta que se trataba generalmente de menores. La situación política dentro del liceo se hacía cada vez más irrespirable y los profesores habían perdido todo el control sobre los estudiantes.

Fui bautizado católico a los 13 años de edad. Mis padres habían querido siempre que yo eligiera libremente mi culto. Veía con horror a mis compañeros de liceo caminando por las calles orgullosamente vestidos con sus flamantes uniformes y camisas verdes de "legionarios" llevando sendas pistolas marca Lugar en la cintura, y a los cuales –todos lo sabíamos– los protegía y cobijaba la iglesia ortodoxa. Por reacción a esta situación decidí bautizarme católico el día que mi madre me pidió que me decidiera.

Mi tío Isidor, el médico, le escribía desde París a mi madre: *"la situación política se está complicando mucho, realmente no sé cómo va a terminar todo esto. Por qué no*

## Memorias de un emigrante

*me mandas a Henri a París, así podrá escapar a la influencia del movimiento nazi dentro de su liceo y yo lo podré matricular en el Henri IV."* Así que en el mes de julio de 1938, después de prometerle a Fantine que iba a volver por ella, me fui a estudiar a París, convencido de que allí iba a encontrarme bien lejos de los bravucones del movimiento nazi rumano. Además había decidido estudiar para ingeniero.

Tenía 14 años.

Enrique Coman

# 1938 – 1940

## ILUSIONES

Llegué a París en un tren que –sin ser el "oriente expreso"– era el que unía las principales capitales del los Balcanes con París. Aunque era un viaje largo y aburrido, dejaba de ser monótono por pasar por una infinidad de lugares diferentes, estaciones pobladas por multitudes abigarradas y por gente siempre apurada. Había llevado para el viaje un libro de "Historia de la literatura francesa" para poder repasarlo, ya que esperaba encontrar en la literatura francesa mi mayor escollo durante las pruebas de evaluación que me iban a hacer. En Rumania se le daba mucho más importancia a la literatura rumana que a la francesa.

Llegado por fin a París, busqué entre la multitud agolpada en el andén a mi único tío de parte de mi madre, Isidor, quien se había comprometido a esperarme. Después de mucho buscar, pude ver el rostro de su esposa, mi tía Blanche. Supe que Isidor había tenido que ir a atender una paciente durante el trabajo de parto y que Blanche iba a llevarme directamente para su casa. "*Tu vivirás chez nous*" te quedarás con nosotros durante este mes de agosto, ya que en septiembre comenzarás las clases, me informó mi tía.

Estar en París en el mes de agosto era una verdadera mortificación. La temperatura no bajaba de 35 grados a la sombra y el apartamento de Isidor no tenía la ventilación necesaria. A pesar de estar situado en la Avenue Gambetta, muy cerca del cementerio Père Lachese, el edificio estaba encajonado entre otros dos que le quitaban toda la ventilación.

Había que inscribirme lo antes posible en el liceo Henri IV, al cual mi tío ya me había anotado, y adonde debía rendir exámenes de admisión, para calificar tanto mi francés como todas las demás materias de liceo. "*Tu ne sais pas...*" no sabes qué suerte tienes si puedes calificar para el Henri IV me decía y Blanche me lo repetía incesantemente. Es uno de los mejores liceos de Francia y puedes estarle agradecido a tu tío por esto. Yo le estaba muy agradecido pero... había que ser aceptado primero y para esto aún tenía que rendir las pruebas.

Cuando pude ver por primera vez el liceo, me quedé petrificado: un verdadero castillo que ocupaba dos amplias manzanas en toda su extensión. Estaba ubicado en el barrio latino al 23 de la calle Clovis. La planta baja estaba formada por un largo corredor perimetral de unos 10 mts. de ancho que daba la vuelta por todo el largo y ancho de los cuatro lados del rectángulo formado por las dos manzanas. Sostenidos por sendos arcos estilo pre-gótico, seguían 3 pisos de edificación en altura, dándole al conjunto un austero aspecto de castillo medieval. En el centro de la edificación y rodeado por el corredor mencionado, se encontraba un inmenso jardín verde. Impresionado por la majestuosidad de la edificación quise saber algo sobre la historia de este austero monumento.

Me enteré de que fue concebido por Clodovís quien decidió construir una iglesia en el año 506 en la memoria de la Santa Geneviève, justo encima de su sepultura. Allí levantó una iglesia sobre los cimientos de la cual fue enterrado él también. La iglesia la terminó de construir Clotilde, su amada esposa, agrandando la edificación e instaurando allí un monasterio. Dicho monasterio ha sido modificado durante muchos siglos y en el siglo XIII los monjes de San Agustín inauguraron en él una escuela, con formación para los copistas. Bajo Luis XIII, en el año 1624 su director fue el cardenal Rochefoucault quien organizó dentro del monasterio una biblioteca de unos 8.000 tomos.

## Memorias de un emigrante

La escuela había cambiado varias veces de nombre: Henri IV, Napoleón, Corneille y de vuelta Henri IV.

Estaba muy emocionado y agradecido. El liceo Henri IV era parte de la historia de Francia, y alguno de los mejores ciudadanos franceses se habían formado en sus aulas. Estaba orgulloso de pertenecer, yo también, a la elite que se había formado en los salones de este monumento histórico. Cuando rendí las pruebas durante la primera semana de septiembre de 1938, rogaba de todo corazón tener la suerte de que me recibieran. Y la tuve.

Pasé dos años estudiando en el liceo Henri IV. Cuando en el mes de marzo de 1940 había terminado el segundo año de estudios, el mapa del mundo estaba cambiando. Me preocupaba mucho cuando leía en los diarios detalles sobre la ofensiva de los "panzer" alemanes en Polonia, sobre la ocupación de Checoslovaquia y sobre las probables futuras y negras consecuencias. Cuando las tropas alemanas arrasaron en unos pocos días con la resistencia polaca, el gobierno francés no tuvo más remedio que cumplir con el pacto bilateral firmado con Polonia y en el mes de septiembre de 1939 le declaró la guerra a Alemania. A pesar de esto mis compañeros de clase estaban tranquilos. Decían: "*Alemania no se va atrever a atacar Francia*". Todo el pueblo francés estaba seguro de que la inexpugnable línea Maginot era un elemento disuasivo suficiente como para sacarle las ganas a cualquiera de atacar Francia.

Mientras tanto, los motorizados alemanes ocupaban los Países Bajos y los italianos le declararon la guerra a Francia. Las temidas "panzer divisiones" penetraron en Francia ocupando Aberville. Era el 20 de mayo de 1940.

Había terminado los cursos de mi segundo año en el Henri IV dos meses antes de la fecha usual debido a la nueva fisonomía que estaba tomando la guerra y culminado las últimas pruebas escritas en el mes de marzo, víspera de las fiestas de Pascua. Estaba indeciso. No sabía qué hacer.

A Rumania no podía volver por estar mi país bajo la ocupación alemana y tampoco quería quedarme en Francia aunque reconozco que jamás llegué a pensar que París podía llegar a estar ocupada por las fuerzas militares nazis.

Varios conocidos estaban formando y organizando desde hacía meses un nuevo cuerpo de resistencia activa llamado "Francia Libre". Se estaban organizando para una eventual ocupación alemana y buscaban adherentes al movimiento. Un día me dijeron: *"si no fueras tan joven, les vendrías muy bien a los ingleses. Serías un piloto más, ya que tú eres de los que han volado decenas de horas en los planeadores. Tienes el 'brevet' de piloto, pero lamentablemente eres todavía un niño: solo 16 años."*

Cuando lo escuché decir al general Charles de Gaulle, desde Londres el 18 de junio vía BBC que las fuerzas aéreas inglesas necesitaban urgentemente pilotos para frenar los ataques de la Luftwaffe, y que *"cualquiera que pudiera despegar un avión será utilizado"* supe lo que tenía que hacer.

Me presenté de inmediato al núcleo incipiente de "Francia Libre" y confirmé mi interés de alistarme como voluntario en las fuerzas aéreas de la RAF. El 20 de junio salimos en un camión militar para Caen y desde allí —a unos 15 km. de distancia— hacia Dives-sur-mer, en la costa del canal de La Mancha. La carretera estaba repleta de tropas francesas que se dirigían hacia el Norte, hacia la frontera con los Países Bajos ya ocupados por las tropas alemanas, mientras largas filas de camiones con tropas y tanques nos obligaron a poner más de 8 horas para poder llegar a nuestro destino. Pequeño pueblo de pescadores, en Dives-sur-mer nos esperaba una lancha a motor que nos llevó sanos y salvos a Inglaterra. Sobre nuestras cabezas veíamos oleadas de aviones alemanes Heinkel y Stuka JU 87 quienes volaban incesantemente hacia y desde Inglaterra, habiendo comenzado la operación organizada personalmente por Hitler llamada *"lobo marino"*, o *"Seelöwe"* en alemán.

## LA GUERRA

La costa inglesa se encontraba bajo continuo movimiento de sus tropas. Se instalaban por doquier cañones anti-aéreos manejados en su mayoría por mujeres, se cavaban trincheras y se inspeccionaba permanentemente cada pulgada de terreno por miedo a los espías alemanes. El aire resonaba por el ruido de los motores de los aviones alemanes que tenían la misión de



## Memorias de un emigrante

bombardear todos y cada uno de los aeropuertos existentes en la isla. Todavía no habían atacado Londres, la que fue bombardeada recién un mes más tarde, bombardeo provocado por el error de un avión Heinkel He 111, quien creía bombardear la refinería de Thameshaven. En represalia, los aviones aliados largaron unas pocas bombas sobre Berlín. Debido a este error táctico cometido por las dos partes (se habían comprometido a no atacar ciudades pobladas) comenzó la batalla de Inglaterra –batalla aérea– que costó la vida de más de 40.000 civiles y que dejó sin techo a más de 2.000.000 de familias.

Los guardias costeros nos apresaron de inmediato a mis acompañantes y a mí, apenas habíamos tocado tierra firme. Nos llevaron de inmediato al cuartel militar adonde nos obligaron a explicar el porqué de nuestro deseo de unírnos a las fuerzas británicas como voluntarios. A mi pedido, me enviaron a una oficina de la RAF adonde además de presentar mi "brevet" para pilotear planeadores entregado por las autoridades aeronáuticas de Rumania, les pedí que me aceptaran como piloto voluntario y que aprobaran mi solicitud probando previamente mis conocimientos.

Fui enviado al "*Training Command*" quienes eran los responsables por la formación de los nuevos pilotos. Allí me interrogaron durante más de dos horas, tomaron nota de mis antecedentes, pero me informaron que de ninguna manera podían dejarme pilotear un avión teniendo solamente 16 años de edad. En cambio me iban a llevar a una escuela militar para entrenarme como piloto, hacer los vuelos de entrenamiento necesarios y aprender todo lo que se necesitaba saber sobre los aviones de caza.

Me llevaron a un aeródromo en el norte de Inglaterra, adonde estaban formando a los futuros pilotos. Todos mis compañeros eran extranjeros, ya que la escuela estaba organizada para entrenar gente extranjera o proveniente de las colonias británicas. Estudiábamos 8-10 horas por día, sábados y domingos incluidos y –después del octavo mes– comenzamos a hacer vuelos prácticos de preparación acompañados por un instructor, en viejos aviones reciclados para esta tarea. Todos mis compañeros me mimaban, ya que estaba considerado algo así como la mascota del grupo. Entre tantos y tantos talentosos

y heroicos compañeros a los que más quise y con quien más me juntaba en el salón del "rancho" eran **Henri Bouchet** de 22 años, piloto militar francés nacido en Normandía. Muchacho encantador, hablábamos de nuestra vida en Francia, y de las exquisitas comidas de Normandía entre las cuales se destacada "*les trippes a la mode de Caen*" bañados en Calvados. Se nos hacía agua a la boca con solo pronunciarlo.

Henri fue derribado en una batalla aérea con un Messerschmitt Bf 109, dos años después, pero nunca podré olvidar su alegría y su encanto.

El polaco **Mares Codovski** de 23 años, piloto de la escuela militar polaca, refugiado en Inglaterra adonde estaba estudiando mientras su país fue invadido por las fuerzas nazis. Siempre juguetón, siempre optimista. Nos contaba milagros de su novia, que –sin haberla visto yo jamás– la tengo presente en mi memoria como si fuera una fotografía. Mares fue derribado un año después por el fuego combinado de tres aviones Me Bf 109 que le habían dado alcance mientras patrullaba la costa francesa. Cuando su paracaídas se había abierto, uno de los Me 109 descargó su ametralladora 7.92 mm. sobre su cuerpo indefenso. Cuando nos avisaron que había muerto en acción, todos nosotros perdimos la esperanza de salir algún día vivos de esta sucia guerra. A los "*sales boches*" había que borrarlos de la faz de la tierra antes de que nos aniquilaran ellos a nosotros.

El más serio de nuestro grupo era **Dany Crow**, estudiante de medicina Nuevo Zelandés y piloto aficionado. Su teoría era que más aviones derribemos, más rápido terminará la guerra. Y en el mes de enero de 1942 Dany deribó dos cazas alemanes y dejó averiado un tercero. El también sufrió un serio percance, ya que una bala del 7.92 había perforado el cockpit de su aparato y le había quebrado una pierna. Tuvieron que amputársela. Unos 20 años más tarde lo volví a ver en París, esta vez caminando gracias a una práctica pierna artificial.

Por último hablaré del muy querido **Fedor Jaugust**, piloto serbio de unos 21 años, siempre dispuesto y siempre pronto para salir en alguna misión difícil. Perdí el contacto con él cuando fui derribado yo también en el año 1942, pero

## Memorias de un emigrante

tuve el gusto de volver a verlo en Montevideo, años después, siendo el gerente general de la compañía aérea holandesa KLM.

Todos los que están luchando en alguna guerra deben tener la misma sensación que deben haber tenido los gladiadores romanos: *"hay que vivir el día, el mañana puede no existir"*. Y es lo que hacíamos. Además de los estudios y de las salidas diarias piloteando los viejos aviones de caza que nos daban para el entrenamiento, tratábamos de vivir un poco lo que nos quedaba de vida. Estaba al tanto de los terribles bombardeos que sufría Londres como también muchas otras ciudades, como también de la cantidad de muertos habidos y que aumentaba diariamente. Buscábamos amores de una noche, sin ataduras, ya que no teníamos nunca la seguridad de volver. Estábamos muy bien cuidados, éramos los privilegiados, nos daban comida suficiente y muchas veces las muchachas nos regalaban el cupón del chocolate de su carne de racionalización. Teníamos derecho a doble ración de leche y manteca en lugar de margarina.

El 19 de octubre de 1941 cumplía 17 años. Me llamaron a la comandancia para avisarme que ya era tiempo de actuar. Era mayor, así que se me iba a asignar un avión de caza. Pero tenía que mudarme a un aeropuerto situado en el balneario de Stanmore, cerca de Londres. Mi sector –"wing"– o ala estaba formado por 2 escuadrones de 12 aviones cada uno. Al aeropuerto no había que nombrarlo nunca por su nombre, y por esta razón se le dio el nombre clave de "aeropuerto invisible" posiblemente debido a su camuflaje. Estaba encantado, porque se me asignó un flamante Spitfire Supermarine. Era el avión de caza soñado. Dotado con un motor Rolls Royce Merlin (igual que su compañero Hawker Hurricane) tenía 8 ametralladoras Browning de 7.7 mm. Avión muy sólido y muy maniobrable, le ganaba en movilidad a los Me 109 alemanes. Mientras que los Hurricane estaban designados para la destrucción de los bombarderos alemanes sobre Inglaterra, los Spitfire eran ideales en la lucha contra los cazas alemanes. Comencé a entrenarme de inmediato con mi Spitfire hasta cerca del fin del año, y el 23 de Diciembre –cumpleaños de mi padre– me mandaron para mi primera misión sobre el territorio francés. Había

que observar los movimientos de los tanques de las "panzer division", ametrallarlos y castigar los camiones cargados de tropas. Hacía entre tres y cuatro salidas diarias cuando no había niebla y me enfrentaba siempre a un muy nutrido fuego antiaéreo. Cuando en el mes de febrero una ráfaga de ametralladora alemana calibre 7.91 mm me perforó el fuselaje, hubo que dejar el avión para ser reparado. Fue cuando el jefe de mi "wing" me dijo que había decidido cambiarme para una sección de aerofotografía, ya que las estaciones de radar británicas pedían datos fotográficos del continente francés. Mientras me preparaban para enseñarme cómo sacar fotografías aéreas, en el taller preparaban un Spitfire especialmente modificado para este propósito. Entregaron el aparato en el mes marzo de 1942, y me permitieron que le pusiera yo un nombre a mi gusto. Le pintaron con grandes letras: "*mon amour*".

Comencé a salir en misiones de fotografía sobre la costa francesa en el mes de marzo. Tenía que acostumbrarme a bajar lo suficientemente bajo como para poder sacar las fotos y proyectarme a todo motor hacia arriba antes de que me alcanzara el fuego antiaéreo que siempre provocaba mi presencia.

La adrenalina estaba siempre presente, ya que mi vida y la del Spitfire estaban en cada momento en juego. Por temor a cometer un error que podía ser fatal, debía elegir cuidadosamente los objetivos que realmente valían la pena ser fotografiados. Una vez llegado de vuelta a la base del "aeropuerto invisible" y después de entregar los rollos fotográficos recién sacados, iba a darme una ducha y... volver a salir para observar qué cosas pasaban en alguna otra parte del territorio francés. Había aprendido hacer todo lo mío en pocos minutos: comer, cambiarme, etc. y depender más de los tiempos que necesitaban para cargar el combustible que de mi reloj.

Todavía hoy día, 66 años después, termino de comer en pocos minutos, mientras mi familia todavía no llega a terminar de comer su primer plato.

Recuerdo con cariño y con mucho respeto a mis compañeros caídos, quienes regalaron su vida por un ideal de libertad. Nombré a los que más quise con el deseo de que sus nombres no quedaran para siempre en el olvido.

# 1942 – 1943

## EL GATO Y EL RATÓN

Eran recién las 7 de la mañana. Un día gris y lluvioso del mes de abril de 1942. Había decolado bien temprano del aeropuerto invisible, nuestra base en el territorio inglés, volando en mi Spitfire "*mon amour*" recién estrenado en el mes de marzo. Iba a realizar uno de estos patrullajes aéreos rutinarios sobre el territorio francés. Había que observar el movimiento de los "convoyes" alemanes, fotografiar cualquier emplazamiento sospechoso en la costa francesa, las fortificaciones, pero evitar cualquier enfrentamiento con la fuerza aérea alemana, la que nos superaba largamente en aparatos en aquel momento. Antes de salir había tomado mi pastilla diaria de "pervitin" (para mantenerme despierto y atento) junto al delicioso y siempre apurado té inglés de despedida. Me sentía realmente bien y decidido a terminar la misión registrando hechos importantes que podrían eventualmente ayudar a las fuerzas aliadas a frenar la embestida de los "sales boches". Lo último que recuerdo fue la despedida emocionada de la preciosa pelirroja Allison en la cantina, mientras me servía el té, deseándome buen vuelo, "*merde*" y la promesa de encontrarnos a la vuelta –sin falta–, aquella noche.

La costa francesa estaba en efervescencia. Decenas de vehículos militares alemanes circulaban por toda su extensión, aunque no observé nada realmente importante como para hacerme gastar una placa fotográfica.

De repente vi una columna de camiones desplazándose desde la zona de Brest hacia Rennes apoyados por una docena de tanques y mucha tropa de asalto en camiones, por lo que decidí observar de cerca dicho movimiento. Era obvio que se trataba de una concentración de tropas y de motorizados a la espera de un programado movimiento ofensivo, o simplemente estaban reforzando sus líneas de defensa. Había que fotografiar esta concentración y me dispuse a bajar en picada a una altura que me permitiera sacar buenas fotografías del conjunto. El "Spitfire" es un aparato muy ágil y permite maniobras que los aviones de guerra alemanes no podían igualar todavía. Además mi aparato estaba equipado especialmente para la fotografía aérea con el propósito de espiar permanentemente los movimientos de las tropas. Hice un par de pases rasantes para poder sacar mi primera serie de fotos y después levanté el avión a unos 800 metros de altura para poder sacar una foto del conjunto de las fuerzas alemanas. En aquel momento sentí un fuerte sacudón al que acompañaba un terrible estruendo y vi –horrorizado– como se desprendía la cola de mi Spitfire, perdiendo el aparato de inmediato su estabilidad. Por simple reflejo salí despedido del "cockpit" y mi paracaídas se abrió a menos de 300 mts. del suelo. Estaba aturdido, dolorido y casi inconsciente.

El fuego antiaéreo alemán había derribado mi avión y yo me encontraba ahora a la merced de los supuestos cazados por mí, pero que se estaban apoderando ahora de su cazador. Pude ver que mi paracaídas se dirigía hacia una arboleda, y al rato sentí el fuerte golpe del choque. No me podía mover del suelo y lo único que atinaba hacer era averiguar si tenía algún hueso fracturado. Sentía que todo mi esqueleto estaba hecho pedazos. No me di siquiera cuenta de la llegada a toda velocidad de dos automóviles blindados llenos de soldados quienes me agarraron y me sujetaron de inmediato pies y manos. Creo haberme desmayado. Desperté tirado en un camión militar que

me llevaba –sacudiéndose entre los baches dejados en la carretera por los anteriores bombardeos– hacia algún lugar cerca de Rennes, bajo la atenta mirada y vigilancia de tres soldados de la SS.

### PRISIONERO

Era prisionero de guerra. Un joven suboficial alemán perteneciente al grupo SS me interrogó durante tres días y tres noches. No me dejaban descansar y las preguntas eran siempre las mismas: de dónde había decolado? Cuántos aviones de caza había en aquel lugar? Qué reposición diaria de aviones había? Qué misiones habíamos ejecutado? Qué efecto sobre la población habían hecho los bombardeos alemanes? De cuántos pilotos disponíamos? Mi contestación era siempre la misma: *me llamo..., mi número de placa es..., tengo 18 años todavía sin cumplir..., no soy oficial..., me he alistado voluntario en "Francia libre"*.

Pretendía que me respetaran como prisionero de guerra, según lo establecido por los tratados internacionales. El joven suboficial me espetó que "Francia libre" era solo un movimiento clandestino subversivo y que no estaba regido por las previsiones del tratado de Ginebra.

Me golpearon, me cortaron reiteradamente la respiración sumergiendo mi cabeza repetidamente en un recipiente lleno de agua sucia y maloliente hasta que me desmayaba, me pegaron con un palo de béisbol hasta que me quebraron el hueso del antebrazo derecho dislocándome el codo derecho también. El suboficial de la SS no se cansaba de gritarme y amenazarme en el escaso francés que hablaba. Yo le contestaba solamente en francés y en ningún momento les hice saber que entendía y hablaba el idioma alemán.

De noche me dejaban dormir de a ratos en el piso de un depósito habitado por ratones, pero me volvían a despertar cada vez que veían que yo llegaba a dormirme abrumado por el dolor, las emociones y al cansancio. Después de tres días de interrogatorio, llegaron por fin a la conclusión que no sabía más de lo declarado. Entonces me informaron que me iban a transportar a un campo para prisioneros de guerra. Me preguntaba: adónde será este campo?

Será en Alemania? Será en Austria? Será en alguno de los países ocupados?

Me llevaron a bordo de un camión blindado hacia un galpón lleno de otros soldados prisioneros de guerra, los cuales esperaban también ser llevados para alguno de los tantos campos de prisioneros de guerra. Había allí franceses, ingleses, irlandeses y polacos vistiendo uniformes de todos los colores. En el aire predominaba el sonido de los distintos idiomas hablado por los prisioneros, idiomas que se entremezclaban, quedando uno con la sensación de vivir en una verdadera torre de Babel.

Estábamos amontonados en aquel lugar unos 80 – 90 prisioneros oriundos de muchos países, gente desorientada por su situación de presos y con el natural nerviosismo que da el desconocimiento del futuro que nos esperaba.

Dormíamos amontonados sobre el piso de hormigón alisado y usábamos en vez de retrete unos cubos de madera que hacían retirar cada 6 horas. Nos daban de comer un caldo de peladura de papa dos veces al día y ocupaban toda nuestra jornada organizándonos en grupos para ser designados a los "offlag" –offizieren lager– (campo de concentración para oficiales) o para los "stalag" –soldaten lager– (campo de concentración para soldados). Nos hacían largas y minuciosas fichas individuales con nuestros datos personales incluyendo nuestros conocimientos, con el obvio propósito de hacernos trabajar posteriormente, cada prisionero en lo que sabía hacer.

Tuvieron grandes dudas conmigo. Con mis casi 18 años, aunque era piloto de caza, no había hecho el enrolamiento militar, así que no me podían considerar ni militar ni oficial. Decidieron que mi ubicación debía ser en un campo de concentración para suboficiales y soldados. Una vez programado todo, había que esperar la locomoción que nos iba a llevar. Los primeros 200 km. los hicimos en un largo convoy de camiones militares desde cerca de Rennes dirección al este. Dormíamos sentados, en la caja de los camiones y esperábamos ver llegar los aviones aliados para bombardear la carretera, lo que nos hubiese permitido tratar de fugar. Pero no hubo aviones aliados y a los dos días de viaje llegamos a una estación de ferrocarril en la cual nos estaba esperando un tren carguero con unos 10 vagones de carga a la vista. Más de la



## Memorias de un emigrante

mitad de los vagones estaba ya ocupada por otros soldados prisioneros, los cuales nos daban fuertes alientos de bienvenida. Fuimos ubicados en dos de los vagones, unos 50 prisioneros por vagón. Habían colocado bancos para sentarnos en el vagón, ventanas enrejadas y pintadas de negro para no permitir la vista hacia afuera, pero que permitían respirar el aire caliente del verano. No había sanitario y había que usar unos baldes de albañil depositados en un rincón del vagón. Se nos advirtió que si tratábamos de escapar, los guardias estaban autorizados de disparar a matar y que los baldes se podían vaciar únicamente en alguna de las paradas y bajo la mirada atenta del militar de guardia. Que se podía cantar, pero no hacer tumulto. Que cada vagón debía elegir el prisionero de mayor grado, el que sería el único intermediario para cualquier pedido o reclamo. Que se nos iba a dar comida dos veces al día, pero que no había ninguna posibilidad de duchas hasta llegar al destino.

El viaje parecía interminable. El tren corría por los campos y las montañas del norte de Francia dirigiéndose hacia el este, cruzaba gran cantidad de puentes, colinas y arroyos. Nos dijeron que habíamos dejado muy atrás Francia. Después hicimos miles de kilómetros más atravesando territorios alemanes, después territorios checoslovacos y por último polacos. Sabíamos que habíamos cambiado de país por las conversaciones que oíamos en las interminables paradas del tren y por los escasos letreros que llegábamos a ver cuando abrían el vagón para descargar nuestras inmundicias, o traernos algo para comer. Por fin supimos que el tren corría por las planicies polacas cuando nos lo confirmaron nuestros compañeros polacos. Estábamos en Cracovia esperando que nuestra locomotora enganchara más vagones con prisioneros de guerra. Seguimos unos 300 km. más, siempre hacia el este hasta llegar a unos pocos km. de la frontera con la Ucrania soviética, adonde nos dieron orden de bajar de los vagones después de casi 6 días de viaje. Nos cargaron de nuevo en camiones militares y una vez hecho el conteo correspondiente, el convoy se dirigió a Jaroslaw, pequeña localidad polaca ubicada a pocos km. de distancia, cerca de la cual se encontraba nuestro campo de concentración, futuro hogar.

## SOLDATENLAGER

Cuando llegamos al "lager", observamos que estaba formado por 16 barracones de madera de unos 36 metros de largo y unos 8 mts. de ancho. El piso de las barracas estaba levantado unos 70 cm. del suelo, con el propósito de preservarlo de las inundaciones de primavera provocadas por la nieve derretida caída de los techos, como también del ataque de los roedores. Puede ser que hayan tenido éxito en lo que a la nieve se refiere, pero no así con los roedores quienes pululaban por todos los rincones de las barracas. Las paredes estaban construidas con gruesos maderos colocados sin descortezar y las ventanas enrejadas tenían acoplados fuertes postigos de madera que los custodios cerraban herméticamente en las noches. Había una sola puerta central para entrar y salir y esta puerta la trababan con un largo madero horizontal de noche, para impedir nuestra salida.

En el interior de la barraca se abría un corredor central longitudinal, mientras de un lado y del otro del corredor había literas construidas rústicamente en madera. En la punta de la barraca quedaba un espacio de unos 24 m<sup>2</sup> para reuniones, con una mesa central fija y bancos. El retrete se encontraba en la otra punta de la barraca y contaba con dos inodoros, piletas y tres duchas. El tanque elevado de agua se encontraba al exterior y era nuestra obligación llenarlo todos los días, además de evacuar los excrementos de los inodoros.

El perímetro de las barracas estaba rodeado por dos filas de alambrados de unos 3 mts. de altura, quedando entre sí un estrecho corredor de un poco más de 1.50 mts. de ancho. La iluminación perimetral era continua.

El oficial alemán al mando del campo de concentración era el oberführer Walter Steinberg. Oficial de carrera, era una persona muy organizada pero al mismo tiempo muy exigente. El exigía nuestra completa y estricta obediencia a las órdenes y a los reglamentos del "lager" que él mismo había escrito.

Apenas habíamos llegado al "campo", –por un tiempo nuestro hogar–, los "boches" nos colocaron en doble fila frente a los barracones con repetidos gritos de "*achtung, achtung*", (atención, atención), mientras que un oficial

## Memorias de un emigrante

perteneciente a la inteligencia de la SS nos llamaba de a uno por nuestros nombres y nos indicaba a cuál de las barracas nos correspondía ir.

Nos dirigimos –unos 50 prisioneros– a la barraca indicada, deseosos de ducharnos antes que nada después de 6 días de viaje en tren y comenzar a organizarnos y a conocernos entre nosotros. Había gente muy diferente entre los camaradas de nuestra barraca, no solamente debido a la diferente disciplina militar que habían recibido en las varias armas que habían servido y de las cuales venían, sino también por su origen, educación, raza, religión y/o posición social. Había que convivir, buscar en qué ocupar nuestro tiempo durante la guerra, sobrevivir al hacinamiento, hambre y el frío y estar siempre atentos a la posibilidad de una fuga. Todo prisionero de guerra tiene entre sus más sagradas obligaciones, la de tratar de fugarse si la ocasión se le presentaba.

La primera impresión que tuve cuando entré en la barraca fue la que debe sentir un pupilo el primer día de ser recluido en un internado: –encerrado, no hacer nada sin permiso previo y conviviendo con desconocidos, gustara o no–. Con todo, yo tenía una gran ventaja sobre los demás: tenía 18 años solamente, era el más joven de la barraca y todos se estaban preocupando por mi bienestar, cubriendo mis torpezas. Lo primero que hicimos fue elegir el responsable y porta-voz de la barraca en el teniente Jean Ripoché de las fuerzas de choque de Francia. Con sus 28 años apenas cumplidos, parecía tener más edad y demostró saber mandar y defender los intereses de los demás sin mancillar el honor de la bandera que habíamos defendido, lo que pudimos constatar en más de una ocasión. A los pocos días ya me había hecho amigo de varios de mis compañeros. El que más aprecié y quise de todo corazón fue el cabo David Friedlander, profesor de Filosofía y Ciencias Sociales de la Facultad de París, perteneciente a las tropas de infantería francesas. De unos 30 años de edad, David era un gran conversador y pude –gracias a él– pasar días y noches conversando sobre literatura, filosofía y mayormente sobre sus creencias políticas marxistas que dominaba y defendía con mucha convicción. También el sub-teniente Cosia Scoludis, hombre de negocios de unos 38 años, griego nacionalizado francés de brillante conversación, fue otro de mis dilectos

compañeros del campo de prisioneros de guerra. No quiero olvidarme de mi tercer amigo y compañero de aventuras, Fedor Swóbodya, arquitecto de origen yugoslavo, quien había venido para luchar como voluntario en el ejército aliado, habiendo caído prisionero en la zona de Normandía. Tenía 32 años, estaba casado y tenía 2 hijos en Zagreb.

Con estos tres compañeros teníamos largas conversaciones de índole intelectual político o religioso, lo que nos ayudaba a no sentirnos tan solos, y pretender que, de esta manera, el tiempo pasara para nosotros con menos lentitud. Los temas religiosos eran los que más tiempo –del punto de vista filosófico– nos tomaban, yo siendo católico, David judío, mientras que Cosia y Fedor eran ortodoxos.

La rutina era la siguiente: nos despertaban con los altavoces a las 6 de la mañana, poniendo los parlantes a todo volumen mientras tocaban "*Für Gott und Vaterland*". Seguía la revista de la gente. Una vez constatado que estábamos todos presentes, volvíamos a las barracas adonde tomábamos el desayuno, un té acompañado por pan viejo y margarina. Salíamos a trabajar las huertas, cultivando –según la época– vegetales para la comida. A mediodía y de noche nos daban un caldo estirado de verdura, y cocido de peladura de papas. A veces, muy raras veces, aparecía un pedacito de carne flotando. Cuando nuestro representante, el teniente Jean Ripoche se quejó por el bajo contenido de proteínas, le contestaron que el campo estaba muy lejos de las bases y que las vituallas no llegaban a tiempo. Después de tres meses de este régimen de comidas, la falta de proteínas hacía estragos. Decidimos buscar proteínas por nuestra cuenta y durante los siguientes meses de encierro nos hemos dedicado a la caza de los ratones, a los cuales, una vez limpios y pelados, los freíamos junto a la peladura de papas. No rechazábamos tampoco, de vez en cuando alguna lombriz después de una fuerte lluvia, incluso cucarachas si era necesario, con tal de no llegar a contraer el temido escorbuto.

El resto del tiempo lo pasábamos jugando a las cartas, conversando, tratando de enterarnos del progreso de la guerra, siempre con la esperanza de ser liberados a la brevedad por las tropas soviéticas.

## Memorias de un emigrante

Los guardianes del campo de prisioneros, mayormente pertenecientes a las tropas de choque de la SS, era gente dura de tratar y muy sanguinaria. Por atrasarse unos minutos al control de la mañana, debido a una fuerte descompostura, uno de mis compañeros fue castigado frente a todos nosotros, pegándole 21 fustazos fuertes en la cara y cuello, seguidos por puntapiés ejecutados por todos y cada uno de los guardias presentes. Era uno de los castigos más suaves que se ejercían. Jean Ripoche protestaba una y otra vez, pero sus protestas raramente eran tomadas en consideración por el oberführer Steinberg. Cuando el oficial Hans Bauman de la SS llegó a sacarle literalmente un ojo de un fustazo al soldado de origen marroquí Martín Becker, la contestación de Walter Steinberg frente a la protesta fue: "*sehr amüsant, nicht wahr?*" divertido, verdad?

Entre todos los guardias nosotros odiábamos más que a nadie a Hans Bauman por su ferocidad y por el permanente deseo que tenía de ver correr sangre, lo que él confundía con férrea disciplina alemana .

Otros guardias, en cambio llegaron a cooperar con nosotros facilitándonos alguna comida más, o ignorando algún desvío accidental al sagrado reglamento. Recuerdo al soldado alemán Leopold Sontag, quien nos facilitó una guitarra porque le gustaba escucharnos cantar por las noches y quien no reportaba nunca a sus superiores algún desvío menor.

En la tardecita nos reuníamos en la barraca para jugar a las cartas, cantar o conversar. Mientras, los doce parlantes del campamento nos informaban permanentemente del avance diario e imparable de las invencibles tropas motorizadas alemanas y de los éxitos del ejército italiano en el "*mare nostrum*". Informaban que oleadas de bombarderos alemanes estaban bombardeando sin cesar Inglaterra, cuya capitulación era inminente. Hablaban sobre los éxitos de Rommel, la ocupación de Francia y el avance de las tropas victoriosas dentro de la Unión Soviética. Prometían un glorioso y rápido fin de la guerra.

Nosotros no podíamos creer toda esta bazofia. Inglaterra es invencible para nosotros, y de a poco rusos e ingleses iban a dar vuelta al tablero de la

guerra a favor de los aliados. Había que esperar el momento justo para escaparnos del "lager" mientras se aproximaban las tropas del ejército rojo.

El 19 de octubre era mi cumpleaños. Cumplía mis 18. Mis amigos me cantaron un cálido "Joyeux anniversaire" y nos prometimos recíprocamente tiempos mejores. David, en su calidad de profesor en filosofía social, nos habló durante horas sobre los conceptos intelectuales de Engels y de Marx; sobre el sentido social que tenía el "manifiesto comunista"; sobre la interpretación del "Capital", que él recitaba de memoria y sobre un mundo nuevo y participativo opuesto al feroz imperialismo fascista de Mussolini o a la locura por la supremacía mundial preconizada por Adolf Hitler en su "Mein Kampf", mundo regido únicamente por la raza pura aria.

Nos explicaba David que Kart Marx basaba sus teorías sobre la igualdad de todos los hombres de la tierra, sin distinciones de razas o credos. Todos iguales frente a la sociedad, siendo esta sociedad participativa e igualitaria. Los ricos ya no serían tan ricos y no habría más pobres. La lucha de clases iba a aplanar la desigualdad social. Sonaba bien, me gustaba un mundo así. Claro que yo priorizaba el valor personal de cada individuo con total libertad de acción y posibilidad de sobresalir, pero esto –me decían– se parecía más a una sociedad capitalista que a una socialista. Siempre hay que darle tiempo al tiempo: se podría comenzar con un mundo igualitario con oportunidades para todos, y evolucionar hacia un mundo capitalista en el cual el talento individual garantizaría el triunfo sobre la ignorancia. Discutíamos durante horas sobre sus teorías sociales y no había nadie mejor que David para informarnos fehacientemente sobre las diferencias de matices que había entre los movimientos sociales existentes.

Así pasaban los días, los meses. Cuando no paleábamos la nieve en el invierno del 42-43, era para sentarnos al lado del débil fuego de las barracas adonde temblábamos debido al frío y al cansancio.

La nochebuena de diciembre del 42 se nos permitió preparar una pequeña fiesta entre las barracas, y –con el objeto de recibir alegremente el nuevo año, la "komandantur" nos obsequió unas damajuanas con buen vino tinto polaco.

## Memorias de un emigrante

Hemos aprovechado la ocasión para brindar por la amistad y por una pronta victoria aliada. A media noche se hizo presente a la reunión Hans Bauman, ya con unas copas encima y comenzó a gritar "Heil Hitler", pidiéndonos que lo acompañáramos en su festejo. Nadie se movió. Entonces David levantó su copa y gritó "*heil liter*" en el sentido de "arriba el litro (de bebida)". Todo el mundo –en coro– repitió su brindis: "*heil liter*". Hans Bauman, se mostró primero sorprendido, pero después en un ataque de furia, sacó su pistola Luger de reglamento y espetó: "*das is ibre kultur? Iudisbe schwein ¡Schmutziger jude!*" (ésta es tu cultura? Cerdo judío, sucio judío) Y sin mas, disparó por dos veces su arma a la cabeza de David quien se desplomó en un charco de sangre. "*So ist das Leben, mien lieber*" (esta es la vida, querido mío) dijo Bauman, satisfecho y escupiendo sobre el cadáver, salió de la barraca tambaleándose. Me abalancé hacia este monstruo alemán quien había sosegado la vida no solamente de un gran hombre, sino también de mi mejor amigo. Mis compañeros Cosia y Fedor me impidieron que lo alcanzara y terminé llorando abrazando al cadáver de David, a quien había aprendido a querer y estimar como a un hermano. Pensé que, si esto era el sentido de la vida, no valía la pena seguir viviendo. Recordé que mis mejores amigos habían muerto en Inglaterra, derribados en desiguales luchas aéreas en sus aviones y como decenas de ilusiones habían muerto junto a ellos. Yo seguía viviendo ahora para ver morir a uno de los mejores seres humanos que había conocido. Me prometí vengarlo. Ah sí, David, puedes estar seguro que serás vengado. Y ya que David había puesto todas sus esperanzas en un mundo marxista, valía la pena que yo lo estudiara, lo apoyara y luchara por él y por David.

Enrique Coman



1943

COGITO ERGO SUM

La atmósfera en el campamento se estaba haciendo cada día más tensa. Había pasado casi un año desde que estábamos presos, pero sabíamos que las tropas soviéticas habían roto ya el frente alemán y había rumores de que la retirada alemana se había transformado en una carrera desordenada hacia casa. Nosotros no podíamos hacer otra cosa que esperar que los soviéticos llegasen al "lager" lo antes posible para liberarnos, confiados que lo harían antes de que los nazis se escaparan del campo y nos asesinaran a todos antes de irse. Había rumores de que los nazis habían fusilado en masa a centenares de militares polacos de alto grado y que los habían enterrado a todos en una fosa común.

Todas las noches, en las reuniones secretas que teníamos en las barracas, estábamos programando nuestra posible fuga y estudiando los caminos posibles para tener éxito. Yo era de los más intranquilos, deseaba irme ya y no esperar la llegada de las tropas soviéticas. La mayoría de mis compañeros, en cambio, pensaban que era más prudente esperar. Pero yo quería irme ya hacia Bucarest adonde vivían mis padres. Así se lo había comunicado a mis dos compañeros de confianza, Cosia y Fedor. Mi amigo Cosia deseaba llegar a

Grecia mientras que Fedor ansiaba llegar a París. Teníamos por lo tanto intereses diferentes, pero los tres estábamos deseando la libertad y poder ver lo antes posible a nuestros seres queridos. Yo les explicaba a mis dos amigos mi plan de fuga, pero antes les recordé la triste historia de Rumania durante estos años de permanente desgarre.

Después de pactar con la Alemania nazi en el año 1939, la URSS había ocupado en el mes de junio de 1940 las provincias rumanas de Besarabia y Bucovina. Rumania, tuvo que ceder también bajo la presión político-militar de Alemania parte de Transilvania a Hungría, mientras que a Bulgaria le tuvo que ceder parte de Dobrogea. Además de lo anti-popular de estas concesiones, los alemanes habían ocupado Rumania con el pretexto de proteger los pozos petrolíferos de Ploesti, imprescindibles para ellos durante la guerra. Frente a esta situación tuvo lugar en Rumania un golpe de Estado, formándose un gobierno pro-alemán, el cual les declaró la guerra de inmediato tanto a las fuerzas aliadas, como a la URSS. Por esta razón, en el mes de junio de 1941 Rumania había mandado tropas rumanas al frente soviético.

Mi plan de escape era el siguiente: había que elegir para la fuga una noche de invierno fría y con una fuerte nevada poco antes de Navidad. Habría que construir un túnel de unos 8 mts. de largo por debajo de los alambrados electrificados que nos aprisionaban. Una vez afuera, teníamos que caminar hacia el este los 50-60 km que nos separaban de la Ucrania soviética y seguir caminando hasta llegar al Dniéster que se encontraba a unos 40 Km. mas allá de la frontera. El Dniéster estaba siempre congelado durante el invierno lo que permitiría seguir caminando encima del hielo todo el curso del río por unos 200 km. en un territorio poblado por gente que en un 40% era de origen rumano y que hablaba el rumano, gente que vivía de un lado y del otro del río en toda su longitud. Podíamos pedirles alojamiento a estos pobladores y seguir bajando el curso del río hasta llegar al Mar Negro. Era consciente que debían haber unos 1000 km. por lo menos desde el "lager" hasta llegar al Mar Negro. Que había que caminar siempre sobre la nieve y con temperaturas bajo cero, aunque siempre quedaba la posibilidad de que

algún transporte nos llevara parte del camino. Además, la nevada cubriría nuestras huellas, lo que haría más difícil que nos encontrarán. Calculaba que los 1000 km. los podíamos cubrir en unos 40 días. Y terminaba con un argumento decisivo: *"los alemanes tenían problemas mayores que resolver en este momento que mandar a seguirnos a nosotros."*

### **LA LARGA CAMINATA**

Pusimos a votación mi propuesta entre los tres. Mis camaradas preferían esperar la llegada de las tropas soviéticas, ya que temían y no estaban dispuestos a luchar contra la inclemencia del tiempo en un invierno tan frío. Con todo, el que aceptó finalmente mi propuesta fue Cosio. Aunque Fedor decidió quedarse en el campamento, se comprometió a ayudarnos a excavar el túnel. No se animaba a caminar los más de 1000 km. sabiendo que los soviéticos podían llegar al "lager" en menos de tres meses. Le pareció descabellado el hecho de caminar estas gigantescas distancias durante los meses de diciembre y de enero. La temperatura en estos meses podía bajar a 25 grados bajo cero, o más.

Cosio y yo, en cambio, seguimos preparándonos para nuestra fuga. Lo que más trabajo nos dio fue el túnel por debajo de las alambradas, ya que la tierra estaba dura como una roca debido al intenso frío. Cavábamos de noche turnándonos los tres y cubríamos después los escombros con la nieve fresca que caía copiosamente sobre nuestro campamento. Habíamos conseguido varias medias de lana, (tres pares cada uno) bastante papel para forrar las botas y una importante cantidad de prendas de lana cedidas por nuestros compañeros de la barraca que intuían todo, pero que no sabían ni cómo ni cuándo lo íbamos a hacer. De común acuerdo se decidió que este dato debía quedar en total secreto, ya que nadie debía involucrarse con nuestra fuga para evitar futuras represalias. Las semanas anteriores a la Navidad de 1943 nevó casi todos los días y soplaban los vientos del este helándonos el aliento. Decidimos evadir en la noche del 21 de diciembre, ya que la nevada estaba amainando y el aullido del viento ("crivat") hacía que no se pudiera escuchar la voz a más de un metro de distancia. No le dijimos nada a Fedor, mientras que

Cosio y yo salimos silenciosamente a eso de las 10 de la noche de la barraca, esperando a que todo el mundo estuviera dormido.

Corrimos los 30 metros que nos separaban del túnel y levantamos cuidadosamente la tapa de entrada al mismo. Cosio se tiró de inmediato dentro del agujero. En el momento en que me disponía a entrar yo también en el túnel, sentí que alguien me había agarrado fuertemente impidiéndome que me moviera. Un fuerte silbato de alerta tipo "achtung, achung" se oyó a pesar del viento, pero no lo suficientemente fuerte como para que los demás guardias lo llegaran a escuchar. Miré con terror y vi que era Hans Bauman, quien había salido para su ronda nocturna de inspección a pesar de la ventisca. Su cara estaba congestionada por la furia y por el deseo de matarme. Reaccioné instintivamente agarrándolo del cuello y gritándole desesperado a Cosio, "*aide moi, aide moi nom de Dieu*". "ayúdame, ayúdame en nombre de Dios". Lo agarré a Hans con todas mis fuerzas y desesperación esperando que se produjera algún milagro que tardaba en producirse. En esto apareció Cosio con los restos de una lata de conservas en la mano (las usábamos para el cavado de nuestro túnel), y con un solo movimiento le cortó la garganta al odioso asesino. Tuve que mantenerlo agarrado a Hans hasta que cayó muerto después de haber perdido la última gota de sangre. Cuando comprendí que había muerto, tiré el cuerpo inerte al suelo y vomité. Que horror, habíamos matado un guardián. Gracias a la ventolina y a la nevada nadie había oído nada. Mi compañero Cosio, reaccionando con mas celeridad que yo, me empujó hacia el túnel, entrando después él también tras de mí arrastrando el cuerpo inerte del guardia. Lo dejó dentro del túnel. Salimos presurosos por el lado exterior del alambrado y tapamos el agujero con nieve fresca. Si iba a continuar nevando de esta manera, en la mañana las entradas al túnel y nuestras pisadas estarían cubiertas por la nieve, dándonos el tiempo que necesitábamos para alejarnos del lugar. Seguramente que nos iban a buscar en la madrugada hacia el sur o hacia el oeste del campamento, ya que ir hacia el este era impensable, siendo aquel el escenario mismo de la guerra.

## Memorias de un emigrante

Enfrentando el viento y la nevada comenzamos nuestra caminata hacia el este. Teníamos que llegar lo antes posible al nacimiento de Dniéper que nos podía conducir –río abajo– al Mar Negro distante a mas de 1000 km. de su nacimiento. No es intención mía de describir los muchos y largos días y semanas que hemos caminado hacia el Este caminando encima del hielo del Dniéper helado, buscando llegar al Mar Negro o a algún pueblo rumana en el que podíamos habernos refugiado sin ser vistos por las tropas alemanas. Queríamos evitar a toda costa tener que atravesar los Cárpatos durante un invierno tan crudo. Comenzamos caminando unos 30 km. por día, pero estábamos siempre helados hasta los huesos y mortalmente cansados. Los campesinos pobres, ya que la guerra de las tierras quemadas los había dejado sin propiedades ni comida, nos ayudaban dejándonos descansar al lado del calor de sus estufas a leña. A veces nos invitaban a comer un poco de queso magro de cabra, o alguna liebre recién cazada. Los lobos eran nuestros permanentes compañeros de viaje, siguiéndonos permanentemente con la esperanza de disfrutar en algún momento de nuestros cadáveres. Las vastas campiñas de Ucrania estaban sembradas por doquier por camiones y vehículos quemados, armas abandonadas y uniformes soviéticos y/o alemanes que habían pertenecido un día a hombres vivos deseosos de sobrevivir a esta odiosa guerra, buscando un mundo mejor. Nos hemos cruzado muchas veces con columnas de soldados alemanas en retirada, gente triste que buscaba afanosamente volver a sus casas.

A los 15 días estábamos ya caminando como zombies, los pies congelados, las manos ya no las sentíamos y con la respiración que se trasformaba instantáneamente en hielo. Mi compañero Cosio Scoludis, con sus 38 años, estaba muy enfermo, creía no poder seguir más el ritmo de esta caminata que parecía no tener fin. Estaba afiebrado y tosía permanentemente. Me decía –mientras descansábamos al lado de alguna fogata amiga– *"seguí tu, Henri, yo no puedo seguir mas"* y yo le contestaba siempre: *"lo haremos juntos o moriremos juntos"*.

En mi foro intimo pensaba que con Cosio enfermo no podíamos pensar ya en seguir caminando, y como tampoco podíamos quedarnos descansando

en algún pueblo arrasado por la guerra, me decía: "*me parece que por fin los lobos tendrán servido su plato a la brevedad*". Pero me hacía de tripas corazón, le contaba a mi amigo algún cuento alegre de mi infancia en Bucarest, mientras escuchábamos el permanente aullido del "crivat" que soplabla desde Siberia.

Así pasaron tres o cuatro semanas de caminata diaria, con temperaturas constantes de unos 10 – 12 grados bajo cero. La nevada cesaba en algunos días para recomenzar a las pocas horas. Nosotros bendecíamos las nevadas ya que cuando nevaba la temperatura subía a -2 o 0 grados, lo que hacía la caminata más soportable. Nos habíamos acostumbrado a no sentir más los pies debido al frío y como el papel de las botas se había gastado, estábamos buscando siempre en los graneros abandonados paja para reponer esta protección imprescindible contra el frío. El hambre acuciaba y habíamos adelgazado mucho perdiendo fuerza para enfrentar la ventisca y el frío.

Habíamos caminado más de 300 km. cuando llegamos a la conclusión que no íbamos a resistir el resto del camino para llegar al Mar Negro. Debido al estado febril de Cosio que empeoraba, decidimos quedarnos a descansar un par de días y resguardarnos del intenso frío en un galpón quemado y abandonado del lado este del río. Scoludis tosía mucho y la fiebre lo había debilitado. Había que buscarle una solución a esta situación dramática. Mientras Cosio descansaba en el galpón, yo salí a inspeccionar los alrededores con la esperanza de encontrar algo para comer. De a poco paró la nevada y la temperatura bajó varios grados bajo cero. Tenía mucho frío.

Fue cuando pude ver en la distancia gran cantidad de camiones y de gente caminando hacia nosotros. Parecía un regimiento alemán en retirada. Me escondí para que no me vieran y espí para averiguar si eran alemanes o rusos. Necesitaba urgentemente un médico para Cosio y comida. Si eran rusos, tenía solamente el problema del idioma, pero si eran alemanes en retirada, no podía hacerme ver y la vida de Cosio podía depender de esto. Cuando llegaron a menos de 100 mts. de distancia pude ver que llevaban el uniforme de los soldados rumanos. Lleno de alegría salí de inmediato de mi escondite y comencé a hacerles señas. Era un regimiento de infantería rumano

## Memorias de un emigrante

en retirada del frente de Transnistria. Volvían a sus regimientos en Rumania frente a la embestida soviética. El capitán del regimiento, Vasile Pop, aceptó llevarnos con ellos para Rumania en su retirada. Colocamos a Cosio Scoludis en un camión protegido por un toldo y yo subí en un todo terreno de fabricación alemana junto al teniente Ion Popescu y otros 6 integrantes del regimiento. Me contaron la triste historia del regimiento. Habían luchado heroicamente en Transnistria contra las tropas soviéticas mucho más aguerridas que ellos y mejor equipadas para el invierno. El frente alemán corría del Norte al Sur y los rumanos debían ocupar los territorios de Transnistria. Después de casi 6 meses de luchas intensas durante los cuales las tropas rumanas tuvieron severas bajas, un ataque soviético había descolocado la defensa del frente rumano, y habían tomado prisioneros a la mayoría de ellos. El regimiento que nos había recogido era uno de los pocos que habían podido escapar al cerco soviético y la retirada inmediata hacia Rumania les había sido ordenada. Volvían por lo tanto a Iasi para descansar y recibir nuevas órdenes. De una fuerza de más de 20.000 soldados habían vuelto menos de 1.000 y en un estado físico deplorable. Como rumano que soy me sentí muy desanimado por la historia de esta pobre gente, pero como demócrata libre, me sentía feliz. Era señal de que la guerra se aproximaba a su fin.

El convoy militar puso 3 días más para llegar a Iasi y cuando llegamos allí todos nos arrodillamos para besar la tierra de nuestra muy querida Patria y agradecerle a Dios por permitirnos sobrevivir.

A Cosio lo internaron en el Hospital Militar de Iasi. Después de descansar en el dormitorio del regimiento la noche de nuestra llegada y de darme una ducha caliente, me hicieron ver por el médico militar. Fui a visitar después a mi querido compañero de viaje y le comuniqué que yo iba a seguir hacia Bucarest, adonde vivían mis padres. Lo dejé en manos de los médicos y le dejé escrita nuestra dirección en Bucarest para que me visitara. Nunca lo hizo y esta fue la última vez que lo vi. Siempre lo recordaré con cariño. Habíamos puesto nuestras vidas en juego por la ansiada libertad. Y lo habíamos conseguido.

O casi... Rumania estaba todavía ocupada por los alemanes y el gobierno les era favorable. Así que había que esperar la llegada de las tropas soviéticas para poder pensar –por fin– en la libertad.

Me indicaron la ubicación de la estación de ferrocarril para tomar un tren hacia Bucarest. Como no tenía dinero, tuve que subir en un tren de carga muy lento que me dejó en Ploiesti, adonde iban para cargar petróleo. Ploiesti está a unos 100 km. de Bucarest, así que cuando bajé del tren en Ploiesti –pocas horas después de un bombardeo aliado– tuve que pensar en cómo llegar de Ploiesti a Bucarest. Recordé que el Dr. Caffé , médico general y amigo de mi padre de toda una vida, vivía en Ploiesti. Fui a su casa y lo encontré atendiendo a uno de sus pacientes. Se mostró encantado en verme. Me quedé en su casa por dos días. El me compró de inmediato un saco, un pantalón y una campera de sky tipo "hanorak" para el frío y telefoneó a mis padres para avisarles de mi llegada. Todos estábamos muy emocionados y mi madre lloraba permanentemente en el teléfono, así que nada pude entender de lo que me quería decir. Mi padre iba a llegar en coche a buscarme al día siguiente. Había terminado bien una de las aventuras más mortificantes que se me había dado vivir, por lo menos es lo que me gustaba creer.

Estaba feliz. Pronto estaría en casa.



1944

TRANSICIÓN

Por fin había llegado a mi hogar. No lo podía creer. Mi madre se prodigaba para facilitarme todo, cocinar mis platos favoritos y buscarme ropa de mi tamaño, ya que mi cuerpo era muy diferente al del adolescente de los años 1938 que había dejado la casa para ir a estudiar a París.

Mi padre estaba preocupado por la actitud de la policía —debido a mi llegada ilegal al país— lo que deseaba solucionar de inmediato antes de que algún vecino mal intencionado me denunciara. Por lo tanto preparó conmigo una estrategia que pusimos en práctica al otro día de mi llegada. Mi padre avisó a las autoridades que su hijo, la oveja negra de la familia, había vuelto de Francia adonde había dejado de estudiar, fugándose del liceo debido a su nostalgia depresiva para volver a su casa. Acompañé a mi padre tanto a la comisaría del barrio, en Cotroceni, como a la central de la "kommandatur" alemana de Bucarest para profundizar personalmente las explicaciones dadas. El empleado de la seccional me fichó y me ordenó que me presentara de inmediato a la sección "trabajos" ya que —según su sermón— todos debían trabajar permanentemente para poder terminar de una vez tanto con los bolcheviques como con las fuerzas armadas aliadas.

Tenía que presentarme todos los días, de lunes a sábado inclusive a la central del barrio para incorporarme a las "agrupaciones voluntarias" que estaban encargadas de limpiar la ciudad de los destrozos provocados por los aviones aliados. El domingo podía quedarme en casa.

Nos pareció una solución aceptable, dada la situación nada católica en la cual me encontraba. Era el fin del mes de enero del 1944, y yo hacía poco había cumplido mis 19 años. Había comenzado a nevar tempranamente y la temperatura había bajado a 1 grado bajo cero.

Los aviones militares aliados estaban bombardeando seguidamente Rumania. Tenían que cortar imperiosamente el suministro de petróleo proveniente de la zona de Ploiesti, como también parar el movimiento ferroviario de tropas hacia el frente soviético. Las fortalezas volantes y las super-fortalezas americanas estaban decolando en el aeropuerto italiano de Foggia. A eso de las 6 de la mañana, venían para bombardear algunas veces Ploiesti, y otras Bucarest, y después de largar todas sus bombas iban a reabastecerse en territorio soviético. Al otro día volvían desde allí, bombardeaban de vuelta sus objetivos y se alejaban para su aeropuerto italiano base. Aparecían en bandadas de 300 a 500 aparatos cada vez, precedidos por un avión guía. Este llegaba media hora antes, buscaba el objetivo a bombardear, y una vez ubicado éste, lo marcaba con un círculo de humo. Cuando los bombarderos llegaban al lugar, buscaban la marca, y largaban toda su carga de bombas, con la esperanza de no matar civiles y destrozarse únicamente objetivos militares y/o las sondas petrolíferas. Los americanos venían siempre con luz del día y volaban a más de 10.000 metros de altura, evitando así el fuego antiaéreo. Con todo, cada incursión sobre Rumania les costaba 20 – 30 aviones perdidos.

Los bombarderos hechos en madera y fabricados en Canadá que usaban las fuerzas aéreas de la RAF, bombardeaban en cambio solamente de noche. Venían en grupos de no más de 20 aparatos, y el avión guía iluminaba la noche con sus bengalas bien dirigidas. Los veinte aparatos británicos, desafiando el nutrido fuego antiaéreo, volaban a no más de 300 metros del suelo para

## Memorias de un emigrante

asegurarse sus objetivos y largaban su carga mortífera casi siempre sobre los objetivos militares. Este tipo de bombardeo de desgaste, casi ininterrumpido, había creado en la población civil una psicosis de guerra muy especial. Esto se debía a la fantástica organización planificada por la comandancia alemana, con el fin de prevenir y avisar con tiempo los ataques aéreos.

Explicaré cómo funcionaba: Habían colocado en cada esquina un parlante, obligándola a la población a escuchar durante todo el día música militar. Cada ciudadano recibía un damero –tipo ajedrez pero con menos recuadros– marcado en horizontal de 1–6 y en vertical del a–f y con un mapa de los Balcanes como fondo. El parlante comenzaba desde la mañana a avisar: cielo despejado, y la gente se iba a trabajar; o: aviones en b2 y todo el mundo marcaba en su damero la posición b2. A la hora volvían a informar: los aparatos están en d5 (por ejemplo) y de esta manera todos sabían en qué dirección se dirigían. Cuando el vuelo se aproximaba a Bucarest, o a Ploiesti (cada cuadrado del damero representaba una hora de vuelo) sonaba una sirena de pre-alarma. Todo el mundo se preparaba entonces para bajar a los sótanos o abrigos antiaéreos aunque nadie dejaba todavía de trabajar. El sistema de aviso alemán, llamado "else-tzwo" hacía sonar la alarma a los 15 minutos exactos de la llegada de los aparatos, y solamente cuando estaban seguros que la dirección final de los aviones era sea Bucarest, sea Ploiesti. En estos 15 minutos toda la gente dejaba de trabajar y se refugiaba en los muchos abrigos subterráneos que se habían construido.

Explicado todo esto diré que, lamentablemente, estos bombardeos dejaban –a pesar de todo– un tendal de muertos, ya que la certeza de los bombarderos no era tal, y más de una vez se han destrozado barrios enteros de civiles, aunque la marca dejada por el avión guía había sido puesta inicialmente solo encima de una estación de ferrocarril por ejemplo. Lo que pasaba era que el viento movía la marca hacia una zona muy poblada, la que recibía todo el castigo de la lluvia de bombas.

Siempre había que remover muchos escombros y sacar los muertos de debajo de los mismos evitando las epidemias y los olores nauseabundos. Para

este trabajo estaban nuestras cuadrillas del así llamado "trabajo voluntario". A mi me ubicaron en una de ellas. Me levantaba todos los días a las 6 de la mañana, y me presentaba vestido con ropa gruesa de invierno, calzando botas para sky forradas interiormente con hojas de diario (por el frío), y con una botellita chata en el bolsillo llena de "tuica" añeja de alta graduación para que me proporcionara más calorías durante las largas horas de trabajo a la intemperie.

Nuestro equipo de "voluntarios" estaba formado por 12 jóvenes de mi edad. Nuestro odiado "führer" rumano nos llevaba al lugar de trabajo gritándonos e insultando mientras ordenaba: *"a trabajar, manga de inútiles, debido a gente como ustedes estamos pasando tantas dificultades. Trabajen, o los mando al frente..."* Nuestro trabajo era sacar los cuerpos destrozados de debajo de los escombros antes de que se descompusieran. Pero teníamos suerte: era invierno y los cuerpos se conservaban. Cada uno de nosotros tenía un balde y una pala. Los cuerpos enteros eran fáciles de sacar: se agarraban por las piernas o por las manos, se tiraba de ellos, y se los sacaba de debajo de la capa de escombros y nieve que los cubría. El problema lo teníamos con los cuerpos destrozados o partidos en pedazos. Había que sacarlos con mucho cuidado, y usando las dos manos. Sacar con cuidado las tripas y los demás órganos internos y colocarlos en el balde. La sangre nos pintaba las manos de rojo y a veces estábamos tan sucios de sangre que difícilmente alguien nos hubiese podido diferenciar de los carniceros durante la faena en los mataderos. El olor dulzón de la sangre nos llenaba los pulmones de un olor fuerte y nauseabundo, y debíamos tomarnos cada tanto un buen trago de "tuica" para animarnos un poco. Durante más de 20 años no pude comer "spaghetti" al tuco, ya que para mí siempre seguían siendo tripas bañadas en sangre. Recuerdo todavía los gritos deshumanizados del "führer" cuando nos espetaba: *"nu va jucati cu matele...."* *"no jueguen con las tripas (ellas se nos resbalaban de las manos), y metan la porquería en los baldes porque se nos hace tarde"*.

Volvía a casa deshecho por todo lo vivido durante el día y congelado hasta los huesos por el frío. Mi padre decidió que debía usar todos sus conocidos

## Memorias de un emigrante

para hacerme salir de los "grupos voluntarios", pero recién después de tres meses de haber cumplido estrictamente con los horarios de "limpieza", se me comunicó oficialmente que podía presentarme a dar los exámenes de ingreso para la Escuela Politécnica de Bucarest en el mes de abril de 1944. Di las pruebas y tuve, una vez más, la felicidad de enterarme que había sido recibido como alumno en la Facultad. Lo único que me quedaba por hacer ahora era descansar un par de semanas, y seguir pasando lo más desapercibido posible por las fuerzas alemanas de ocupación. Pero este tema ya no era prioritario porque ya las tropas soviéticas victoriosas habían cruzado las fronteras de Besarabia y Bucovina y estaban entrando victoriosas en Bucarest. Yo esperaba el primer convoy militar soviético en la Calle Victoria agitando con entusiasmo la bandera roja soviética con la hoz y el martillo. Los miraba entrar, con los ojos llenos de lágrimas, debido a la emoción. Pasaban largas filas de tanques por el centro de la ciudad, mientras que los últimos alemanes estaban abandonando Bucarest. Para todos ellos el destino había decidido ya implacablemente sus suertes: caer prisioneros o ...la segura muerte. A mi no me importaba el final, ya que me sentía, por fin LIBRE.

Enrique Coman

1944 – 1947

ESCUELA POLITÉCNICA

La Escuela Politécnica de Bucarest estaba edificada en el centro de la ciudad formando un grupo de varios edificios importantes, pero de aspecto austero. Caminar por sus pasillos, contemplar sus amplias aulas y sus gloriosas dependencias me provocaban sensaciones de emoción difícil de dominar. Me propuse estudiar mucho y poner mis conocimientos a disposición de una sociedad que se merecía un mundo mejor después de los sufrimientos y las muertes que habían podido superar durante los años de la guerra. Gracias a Dios, el fin de la guerra se estaba aproximando a pasos agigantados, y el imperio nazi se estaba derrumbando.

Las tropas soviéticas de ocupación estaban formadas por asiáticos, cosacos y mongoles en su mayoría, hombres y mujeres. Las viviendas de los conquistadores habían sido saqueadas e incendiadas oportunamente por las tropas nazis, sus mujeres violadas, y sus niños y maridos asesinados. Venían con una furia de venganza que difícilmente podían reprimir.

Los primeros meses de ocupación estaban regidos por el toque de queda, y todo el mundo había aprendido por experiencia que era más seguro quedarse

en casa que caminar por las calles. Casos trágicos de violaciones bajo la amenaza del revolver eran noticias de todos los días, y hubo mujeres asesinadas con múltiples disparos hechos dentro de sus vaginas por haberse resistido a la violación. Los soldados borrachos eran los más violentos, y más de una vez –terminadas las botellas de alcohol que habían requisado– saciaban su sed tomándose botellas enteras de "agua de cologna" que requisaban en las farmacias todavía abiertas.

Recuerdo –a pesar de estos horrores– anécdotas más bien risueñas. En la URSS no se conocían todavía (para la masa popular) los relojes pulsera, por lo tanto eran toda una novedad para los soldados de ocupación. Iban por la calle, y cuando encontraban un peatón le exigían: "*davay ceas*" o dame el reloj. Por cierto el peatón, temblando de miedo le cedía de inmediato su reloj pulsera. Cuando la gente se enteró de estas confiscaciones callejeras, optaron por no llevar más puesto el reloj pulsera. Por lo tanto cuando el cosaco esperaba: *davay ceas*, el hombre levantaba las mangas de su saco para mostrar que no tenía reloj alguno. Entonces el valiente soldado soviético levantaba la manga de su uniforme adonde llevaba 5-6 relojes ya confiscados. Se sacaba uno de ellos y se lo regalaba al sorprendido peatón.

El Partido Comunista organizó de inmediato el barrio según el sistema de control rígido soviético. Un Comisario político cada 6 manzanas quien respondía directamente a las directivas del partido, los informantes de cuadra o de manzana, y la comandancia militar. Yo estaba de acuerdo con todo lo que los ocupantes organizaban, ya que venían de una guerra en la cual todos y cada uno de ellos habían perdido bienes y familia. Además era natural su sed de venganza después de tantos horrores vividos. Había que darles un poco de tiempo antes de pretender que la situación se normalizara.

No hablaré de la política rumana durante los siguientes años, y tampoco de cómo una Rumania liberal y progresista se estaba transformando en muy poco tiempo en una cárcel en la cual todo, en sus más mínimos detalles, estaba programado por el gobierno central, y adonde no había más libertad de palabra, o de trabajo. Todo el mundo era considerado sospechoso frente al



comisario político responsable de su área, debiendo –cada ciudadano– demostrar permanentemente lo contrario. Durante los siguientes años de transformación del país según las reglas del nuevo régimen, yo dedicaba todas mis energías al estudio y a la lectura. Soy un lector activo, un verdadero ratón de biblioteca, y siempre me ha interesado tanto la literatura en sí, como la filosofía y las ciencias políticas con las cuales trataba de familiarizarme cada día más. Como contrapartida de las siempre áridas frías y racionales materias de estudio que nortean la carrera de Ingeniería, yo estudiaba –al mismo tiempo– la historia de los movimientos sociales y filosóficos, tal como le había prometido, tiempo atrás, a mi muy querido compañero asesinado en el campo de concentración. La guerra me había enseñado lo importante que era socializar en la vida, y personalmente había experimentado y aprendido ampliamente lo trágico y humillante del horror que traen consigo tanto las dictaduras de algún dictador iluminado, como la de un Estado totalitario.

Debido a mi educación francesa, el primer filósofo moderno que me había llamado la atención fue Saint-Simon, quien años antes de la revolución francesa hablaba ya de una organización social encabezada por *hombres sabios* que beneficiarían de manera igualitaria a todos los componentes de la sociedad. Me pareció formidable pero... de qué hombres sabios estábamos hablando? Los sabios que aparentan serlo hoy, lo serán mañana?

La misma noción de "sabio" es relativa, y puede cambiar según las circunstancias. Estaba totalmente en desacuerdo con Francois Noel Babeuf con su destructor *socialismo revolucionario*, ya que representaba para mí un contra sentido social. Cuando leí a Friedrich Engels y a su Manifiesto Comunista escrito en colaboración con Kart Marx he quedado impactado por sus teorías, pero también desorientado. *La lucha de masas, fin de la explotación de una clase por otra, abolición de la propiedad privada, producción de todos los bienes en manos del Estado, y un proletariado organizado como clase dirigente.* Por cierto que me encantaba la idea del fin de la explotación, pero me parecía que ésta no se debía hacer ni a través de una guerra de las clases sociales, y tampoco depender del Estado que era algo todavía mucho más difícil para definir y controlar que a los hombres

sabios de Saint-Simon. Tampoco me gustaba el ejemplo de la democracia griega, ya que su espina dorsal estaba pendiente del trabajo de los esclavos. Entonces qué??

J.J. Rousseau había escrito en su "Contrato Social": *"encontrar una forma de asociación que defienda y proteja de toda fuerza común a la persona y a los bienes de cada asociado, y gracias a las cual cada uno, en unión con todos los demás, solamente se obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes"* Este es el problema fundamental que resuelve el Contrato Social.

Había que estudiar más y más los fenómenos sociales. Tanto, y tan bien los había estudiado y profundizado, que terminé siendo el mejor conocedor de la ciencia social de mi clase, lo que me permitió –un año después– recibir el "carnet de miembro" que tantas puertas abría, y que fuera elegido como el encargado del AGITPROP en la Facultad. (Agitación y Propaganda).

Era uno de los pocos estudiosos conocedores del manifiesto de Marx y del "Capital", y el Partido empezó a encargarme de preparar conferencias sobre estos temas. Además ya nadie podía pretender en aquel momento salvar alguna de sus materias curriculares si no se tenía primeramente una buena preparación en filosofía política socialista.

Entre lo tedioso de los estudios de ingeniería y el ejercicio de la política pasaron los meses y los años acercándose cada día más el final de mi carrera de Ingeniero. Fueron años difíciles, pero que me habían dado también muchas satisfacciones.

Lamentablemente desmejoraba cada día más mi vínculo con mis superiores. Mientras los veía usando sus nuevos coches para ir de paseo con sus familiares, viajar con sus amantes hacia las montañas o hacia las orillas del mar Negro usando dinero fácil, y ubicar a sus familiares en lugares de trabajo de mucho futuro político, no podía aceptar el hecho de que nada hacían para mejorar la situación de los ciudadanos que ellos representaban. Cuando había quejas, y algún vecino iba a plantearlas, ellos generalmente no los recibían o los amenazaban con hacerles perder el empleo que el Estado les había proporcionado. Un comisario político muy allegado a mí trasladó a un

## Memorias de un emigrante

compañero a unos 400 km. de su casa lejos de su familia, para poder colocar en su lugar de trabajo a uno de sus propios hijos.

Comencé a hacer –junto con mi permanente auto crítica obligatoria– preguntas molestas a mis camaradas, dándome cuenta que, de a poco, estaban tratando de alejarme del lugar de trabajo que ocupaba. Comencé a creer que las cosas podían complicarse para mí también. Cuando un día, en la reunión de un comité de bases dije que *"el buen uso del capital podría hacer que el trabajador mejorase no solamente su calidad de vida sino reflejarse en una mejora en la producción, ya que ganando el trabajador más dinero se interesaría mucho más en la calidad del producto"*, comprendí tardíamente que me había salido de los códigos permitidos, y que de ahora en más, cualquier cosa podía llevar a que terminara mal con mi carrera en la Facultad. Lo triste era que me faltaban en aquel momento solamente cinco exámenes para diplomarme de Ingeniero.

Enrique Coman

# 1947 – 1948 (a)

## EL ESCAPE

### a) LOS PREPARATIVOS

El nerviosismo de los estudiantes en la **Escuela Politécnica de Bucarest** estaba aumentando cada día más. Se acercaba la temida fecha de los exámenes de fin de año del 1947, y ya no me alcanzaban las horas del día y de la noche para prepararme decentemente. No es que no había estudiado lo suficiente durante todo el año. Yo era más bien un estudiante meritorio. Estaba bien conceptuado por mis profesores, y pertenecía desde hacía un par de años al mejor grupo doctrinario de la juventud comunista, siendo asignado a la AGITPROP, la sección del partido dedicada exclusivamente a la "agitación y propaganda" dentro de la Facultad.

Tenía bastante ascendencia sobre mis compañeros, y podía organizar con eficacia los movimientos de masa estudiantiles ordenados por el partido.

Había entrado en el movimiento estudiantil comunista con mucha fe y esperanza, una vez terminada la guerra y lejos del campo de concentración del sur de Polonia y de las atrocidades vividas durante la ocupación nazi. Era un idealista, y desde hacía varios meses veía con malos ojos el hecho de que mis

superiores políticos usaban su posición dentro del partido para poder satisfacer solo sus propios intereses y el de sus familias. Ellos no defendían –como hubiese correspondido y era su sagrada obligación– la lucha por las mejoras necesarias e imprescindibles de un pueblo demasiado necesitado y ya muy oprimido. Tuve arduas conversaciones con mis superiores, y mi situación en la Facultad se estaba haciendo cada día más complicada y las exigencias escolares en mi caso particular eran cada día más extremas. Con cada protesta, mi situación escolar se agravaba un poco más, comenzando con el retiro permanente de mi "carne" de miembro del partido.

Un fin de semana primaveral de 1947, mi madre, Carolina C. fue visitada –en nuestra casa de la calle Doctor Lister N°18, en Cotroceni– por un amigo de su infancia y en aquel momento miembro activo del Partido. Salieron a caminar por la calle Dr. Pasteur, a la vuelta de casa, ya que no se podía conversar libremente dentro de la casa sin ser espiados por algún inquilino de la misma, y llevada la información de inmediato al Comisario Político de la cuadra. Con cara seria el amigo le comunicó en secreto a mi madre que su hijo estaba creando una atmósfera políticamente inaceptable en la Facultad, y que si ella no podía hacerme callar, o por lo menos convencerme a no intervenir más en los temas políticos, seguramente iba a ser eliminado de la facultad a la brevedad, y probablemente mi propia vida podía llegar a estar en peligro. El amigo le sugería a mi madre que tomara urgentemente medidas al respecto, le pedía que mantuviera discreción y se lavaba las manos por las eventuales consecuencias.

Aquella misma noche, llegando a mi casa después de una tardecita romántica pasada en compañía de mi muy querida novia Fantine, me encontré con la cara dura y preocupada de mi madre, y con un nerviosismo desacostumbrado en el comportamiento de mi padre. Mi madre me invitó a caminar un rato por las calles del barrio. Así lo hicimos. Me contó lo que su amigo le había advertido y me preguntó qué cosa pensaba hacer en aquellas circunstancias, debido a lo urgente, grave e importante del tema. Obviamente las cosas no debían y no podían seguir quedando tal como se encontraban y tenía que

elegir entre cambiar mi actitud o tomar urgentemente alguna otra decisión al respecto. Le dije con mucha calma a mi preocupada madre que si ésta era la situación, estaba decidido volver a París y terminar allí los estudios de Ingeniería que me faltaban.

Pero nadie podía salir de Rumania en el año 1947 sin una autorización oficial, y era casi imposible obtener una. Decidí tomar el toro por las guampas y hablar francamente con un amigo influyente de la familia, eminente sabio químico, miembro del Partido, y —en aquel momento— ministro del gobierno. Era el Dr. Oeriu, entrañable amigo nuestro desde siempre, y con cuyo único hijo "Burschi" habíamos pasado los mejores momentos de nuestra infancia.

Le conté francamente mi problema y mi deseo de terminar los estudios en París, y que necesitaba un pasaporte y un visado de salida de Rumania. Me escuchó con atención y con la frente fruncida, para contestarme después de un largo rato: ***"Iri (de Henri), te conozco desde que naciste, y sólo por esta causa no te voy a denunciar. Eres una gran decepción para mí si deseas sabotear nuestra revolución, y tu lugar debería ser desde ya la cárcel. Solo por respeto a tus padres no te denuncio. Vete!! No te conozco más!!! Aquí nunca has estado"***

Me fui de la casa de nuestro amigo humillado y muy decepcionado. No entendía más nada: "es que el Partido tenía mayor valor que la amistad y la relación humana? Se podía sacrificar impunemente la familia, los amigos, las relaciones de toda una vida solo por cumplir con la fría letra del "Capital", o del "Manifiesto Comunista?" (La revolución justifica todo!).

Volví a casa muy decepcionado y triste, pero firmemente decidido a irme definitivamente de mi casa y de mi muy querido país, escapándole a mi propio pasado pero fiel a mis ideales. Pero cómo hacerlo?

Mi madre decidió ocuparse del tema. Ella tenía escondidas algunas de sus alhajas y algunas monedas de oro que mi padre no había arrojado todavía en las sucias aguas de Dambovita. Se conectó a través de sus contactos con un grupo clandestino de supuestos "guías" quienes le aseguraron poder hacerme pasar por las diferentes fronteras con seguridad y sin mayores riesgos, y

garantizaban colocarme sano y salvo en Viena ahorrándome los graves problemas que podían surgir en el camino tanto con las autoridades policiales como con las fuerzas militares fronterizas, las cuales custodiaban permanentemente las diferentes fronteras de Rumania y de Hungría.

El costo de la aventura era exorbitante, pero mi madre estaba decidida a entregar todas sus pertenencias con tal de estar segura que yo podía llegar a París sin caer en las manos de los guardias fronterizos o del ejército.

### **b) EL ESCAPE Rumania - Hungría**

Tenía que esperar la terminación de los cursos curriculares y de los exámenes antes de ausentarme, si quería no despertar sospechas entre mis compañeros al darse cuenta de mi ausencia a las clases. Una vez acabados los cursos y salvados con éxito la mayor parte de las pruebas, les comuniqué a todos mis compañeros y amigos que debido al terrible cansancio que sentía, había decidido irme y pasarme un corto tiempo descansando **solo** en las montañas, ya que mi mente necesitaba urgentemente de este reposo. El argumento era válido, ya que todos nos encontrábamos agotados y todos necesitábamos de un descanso reparador. La bedelía me entregó sin mayor problema un permiso para poder ausentarme.

Preparé en silencio mi partida. Avisé a los vecinos de casa que iba a descansar por unas semanas en las montañas, y después de comentarle también al comisario político de mi cuadra que estaba agotado le comenté que necesitaba que me entregara un permiso para poder ausentarme y viajar hacia los Cárpatos centrales. No iba a fijar domicilio en ningún lugar.

Mi madre y mi padre me prodigaban de consejos: que tenga cuidado, que no camine de día, que les avise cuando llegaba y muchos otros consejos superfluos pero cariñosos. Mi padre me confió ceremoniosamente 500 libras esterlinas papel que pudo comprar en el mercado negro y que había escondido durante años en un cajón secreto del armario. Mi madre me cosió cuidadosamente los billetes en la hombrera izquierda de mi saco.

Partí con mi mochila alpina llena y vestido como para escalar montañas y dormir al aire libre. No se vertieron lágrimas en mi casa, ya que nadie debía



sospechar siquiera una separación y menos todavía intuir el destino hacia el cual me estaba encaminando. Tenía que llegar a Arad, adonde me habían dado la dirección de los socios de nuestros guías, lugar donde debía encontrarme también con otros dos fugitivos. Éramos por lo tanto tres. Pero, para no llegar a despertar cualquier posible sospecha, tomé primero el tren hacia Brasov, y recién desde allí me fui hacia Arad. Llegado a Arad al caer la noche, me encaminé de inmediato a la casa indicada por los guías. Era una casa modesta en las afueras de la ciudad, y fui recibido cariñosamente por una señora que aparentaba unos 40-45 años, y por su marido, los dos vestidos a la usanza del campesino rumano-húngaro.

Nos hicimos rápidamente amigos, y me contaron que tenían un hijo de mi edad llamado Ion, y que este hijo nos iba hacer pasar la frontera rumano – húngara para dejarnos cerca de Szeged, en territorio húngaro y en la casa de otros fieles compañeros de la cadena de guías.

Había que esperar todavía a los demás compañeros de viaje. Ellos llegaron unas pocas horas más tarde. Uno de ellos era un próspero comerciante judío de unos 50 años de edad –lo llamaré Daniel– quien deseaba llegar a París y desde allí partir hacia Israel adonde se encontraba viviendo ya su señora esposa. El otro "viajero" era Bogdan, un fornido y saludable hombre de unos 60 años de edad, y quien –así me lo dijeron– había sido ministro en Rumania antes de la invasión alemana. Nos saludamos, sabiendo que todo iba a depender del buen entendimiento entre nosotros tres durante el viaje y de la lealtad de nuestros guías.

Pasamos dos días y dos noches jugando "belotte" en la casa de nuestros huéspedes. Esperábamos el cambio de la guardia fronteriza y una noche sin luna. La tercera noche salimos de la casa que nos cobijaba en el piso de madera de un carro a caballo manejado por Ion y cubiertos por sendos fardos de heno. Así pudimos cruzar la frontera. Después de unas dos o tres horas, durante las cuales habíamos viajado en completo silencio, oímos a Ion conversando alegremente con los guardias húngaros fronterizos y un buen rato después con soldados húngaros. Todo estaba tranquilo y cuando más tarde se asomó

para decirnos que podíamos salir por fin del carro, nos encontramos dentro del galpón en una chacra húngara. Los lugareños húngaros nos recibieron con alegría, pero haciéndonos señas de que no debíamos hacernos ver y tampoco conversar.

Al otro día se presentó un familiar de los dueños de la chacra quien hablaba un alemán cuyo dialecto entendía, y quien nos explicó que: a) estábamos en una localidad ferroviaria por la cual pasaba el tren con destino Budapest y que partía de esta estación fronteriza todas las noches a las 21 horas. b) que nuestro destino era Sopron, en la frontera con Austria, y debíamos cruzar prácticamente toda Hungría. c) En Sopron nos iba a esperar otro equipo de guías en la iglesia ubicada en la plaza central. Había que entrar en la iglesia como parroquianos del lugar, rezar y esperar señas de parte de nuestro nuevo contacto. d) el viaje en tren hasta Sopron iba a durar 16-18 horas, y la única manera de hacerlo sin llamar la atención era colgarse entre los ejes de los vagones bien amarrados cada uno de nosotros y suspendidos en el aire con la ayuda de 6 correas de cuero de 10 cm. de ancho que nuestros guías nos iban a proporcionar. Había que aguantar en esta posición incómoda las 16-18 horas del viaje y no hacerse ver en las estaciones de ferrocarril en los momentos en que los empleados inspeccionaron los ejes de los vagones con un golpe seco de martillo. Nos iban a empapar la ropa de grasa, para que los perros de los guardias ferrocarrileros no nos pudieran olfatear.

No puedo y no debo contarles cuántas cosas terribles me han pasado por la cabeza durante las 21 horas (no 18) que estuve suspendido entre los ejes de un vagón de ferrocarril. Más de una vez estuve llorando por el dolor en los huesos, pero aguantaba resignado pensando que yo era el más joven de los tres viajeros y que mis compañeros de viaje debían sufrir mucho más que yo a la edad de ellos. Además yo iba a estudiar en París, llegar a ser ingeniero, y mostrarle al mundo entero las buenas cosas que se pueden hacer sin necesidad de guerras y muertes. Solo recordando mi trabajo de "trabajador voluntario" en Bucarest, durante el cual sacaba, junto a las cuadrillas de los demás "voluntarios" los cuerpos desmembrados de los muertos de debajo de los

escombros de los edificios bombardeados, me estaba felicitando por la suerte que había tenido por estar todavía vivo.

### **c) EL HORROR Hungría**

A eso de las 23 horas nos dimos cuenta que habíamos llegado –por fin– al destino, Sopron. Lo primero que hicimos fue sacarnos cuidadosamente los arneses con las manos entumecidas y tratar de asegurarnos que todavía podíamos caminar. Los huesos al principio no nos respondían, pero de a poco pudimos constatar con satisfacción que habíamos llegado enteros a nuestro destino. Como teníamos datos exactos sobre la ubicación de la iglesia, nos dirigimos de inmediato hacia ella. A pesar de la hora tardía, la puerta lateral del templo estaba abierta, así que nos deslizamos los tres furtivamente a su interior. Los bancos vacíos a aquella hora de la madrugada nos invitaban a arrodillarnos y agradecer al Divino el hecho de que todavía estábamos vivos. Y así hicimos y esperamos: una hora? tres horas? recién a las 2.30 de la madrugada apareció el que suponíamos que era nuestro nuevo guía, y quien dijo llamarse Stefan. Nos llamó la atención su voz inconfundible por ronca, como si hubiese salido recientemente de una gripe. Lo seguimos en silencio hasta una casita gris, muy próxima a la frontera, casa que le pertenecía a una de sus hermanas. Una vez entrados y cerradas cuidadosamente la puerta y las persianas, Stefan nos invitó a bañarnos primero, lavar nuestra ropa y dejarla secar cerca del horno de pan. Estábamos exhaustos, y cuando nuestro guía nos invitó dormir antes de hablar (nos informó que el camino de la frontera hacia Austria era muy pesado), lo hicimos sin chistar. Nos acostamos los tres en el suelo, sobre unos cueros de vaca curtidos y no tuvimos siquiera la fuerza necesaria para preguntarle el porqué del atraso a la iglesia, o averiguar cuál era el plan que nos iba a llevar a Viena sin correr peligros.

Al otro día recibimos de entrada solo malas noticias. La policía húngara había llevado preso a nuestro guía durante la noche y estaban allanando todas las casas de sus familiares. Nos dijeron que teníamos que partir sin falta esa misma noche, y que la familia de Stefan estaba buscando afanosamente otro

guía de confianza. Cuando –de tardecita– volvieron a la casa junto a un hombre de unos 50 años, con cara ennegrecida por el sol, rubio y con fuerte parecido físico a los nazis con los cuales había convivido en mi ya olvidado campo de concentración alemán, palidecí. Era el clon de Hans. Pero Stefan nos aseguró que el hombre era de total confianza, y que no había nadie mejor que él para poder caminar entre las minas terrestres diseminadas por toda la frontera. A pesar de la gran repugnancia que me provocó el hombre, tuvimos que aceptar el hecho de que ese desconocido era –en aquel momento– nuestra única solución.

Decidimos salir aquella misma noche a las 22 horas. Iba a acompañarnos también un grupo de vecinos –amigos del guía– y conocedores de la frontera, los cuales nos aseguraban haber sobornado ya a los guardias fronterizos. Salimos en fila india, sin hacer ruido alguno y sin hacer preguntas, mirando fijamente el suelo para poder visualizar alguna posible mina terrestre. La noche era fría, y se podía escuchar la conversación lejana de los soldados fronterizos y el ladrido de los perros. Pero... no habían pasado unos 20 minutos de caminata y se nos cayó el cielo encima. Una patrulla húngara nos rodeó, apuntándonos con sus armas de reglamento y gritándonos cosas en un idioma que no entendíamos. Nos golpearon, nos escupieron, y nos llevaron a empujones de vuelta para la frontera. Nosotros tres estábamos quebrados por la emoción, y el pobre David estaba llorando ruidosamente pensando que ya nunca más podría reencontrarse con su amada esposa. Nos empujaron y nos golpearon brutalmente durante todo el camino hasta que llegamos a un edificio sombrío que debía ser el lugar de reunión de los soldados. Nos espetaron muchas preguntas que no entendíamos y a la salida del sol, nos llevaron a un pozo –cavado en la tierra– de unos 2.50 m. de diámetro y con una profundidad de unos 4.50 m. Nos tiraron literalmente adentro. Caímos al pozo uno encima del otro y pensamos: "esta será sin duda nuestra fosa común".

El pozo estaba hecho en tierra y no tenía piso. Como el agua filtraba debido a alguna napa freática, teníamos agua y barro en el piso, unos 5 cm. de altura permanente.

## Memorias de un emigrante

Como tampoco teníamos bancos para sentarnos, teníamos que sentarnos sobre el piso de tierra mojada cuando las fuerzas nos abandonaban.

Y sobre este piso de barro y agua dormíamos.

En el pozo nos quedamos reclusos durante 8 días. Nos bajaban baldes, para que pudiéramos juntar nuestros desperdicios, pero no los retiraban más que una vez cada dos días, haciendo irrespirable la atmósfera dentro del pozo. Nos bajaban la comida con cuerdas, dos veces al día. Invariablemente era una olla de barro con un caldo de cáscaras de papa malolientes y mal lavadas, sin otra cosa agregada que el agua y un poco de sal. Para no llegar a enloquecer, nos estábamos contando experiencias anteriores y escuchábamos con atención las historias de cada uno.

Yo les contaba tanto experiencias de la guerra, como sobre mi infancia feliz en Rumania, o sobre la vida en el campo de concentración. Les aconsejaba que debíamos comer alguna proteína para sobrevivir al escorbuto debido a la mala alimentación que estábamos recibiendo y convencerlos de que no comerse un gusano o una lombriz era un lujo que no podíamos dejar pasar. Claro que en el "stalag" teníamos más comodidades y de vez en cuando podíamos agarrar un apetitoso ratón para prepararlo a la brasa, lo que nos aseguraba por unos días las proteínas faltantes. Lamentablemente en el pozo no podíamos hacer fuego, aunque sobaban los roedores. Y comerlos crudos... era mucho pedir.

Daniel nos hacía relatos del Viejo Testamento hebreo, y comentábamos sobre las ocurrencias de Dios en los quehaceres de los humanos.

Lo peor era el frío permanente que sentíamos debido a que nuestra vestimenta y nuestros zapatos estaban siempre mojados. Temblábamos de frío y nos preguntábamos por qué nuestros carceleros tardaban tanto en decidir qué cosa iban a hacer con nosotros. La muerte hubiese sido mucho más benigna que esta prolongada espera. El mal olor de nuestros cuerpos ya no lo sentíamos, y nuestro aspecto era más bien parecido al de los bichicomos: estábamos sucios, malolientes y desagradables. Un día, mientras escuchamos las voces de los soldados, hablando y riéndose muy cerca del pozo, oímos la voz inconfundible

de Stefan. Entonces comprendimos toda la verdad: había sido Stefan el que nos había entregado.

A los 8 días los soldados vinieron a buscarnos, nos tiraron unas escaleras de cuerda para que pudiéramos salir del pozo y nos empujaron al costado del mismo. Teníamos un aspecto lamentable y lo primero que hicimos fue tratar de reacostumbrar la vista con la luz del sol poniente.

Al rato se formó alrededor nuestro un equipo de 6 soldados armados de guerra, los cuales nos empujaron a los tres brutalmente hacia fuera.

Caminábamos con mucha dificultad después de 8 días de no mover los pies dentro del pozo, pero esto ya no tenía mucha importancia, ya que evidentemente nos sacaban para fusilarnos lejos del campamento, para poder informar después a las autoridades húngaras, que habíamos querido escapar. Estábamos muy angustiados. Daniel estaba llorando y lo único que atinaba repetir una y otra vez era: *"no me maten, no me maten"*.

A los 15-20 minutos de caminar vimos a lo lejos un militar pedaleando por el caminito en una destartalada bicicleta. Pensamos: "es el que viene a dar la orden de fusilamiento". El hombre tuvo primero una larga conversación con sus camaradas. Al rato se volvió hacia nosotros y nos preguntó: *"quién de ustedes sabe hablar el alemán, el húngaro o el ruso?"* *"Yo hablo alemán"* le contesté. *"Escúchame bien, te lo voy a decir una sola vez"* contestó el camarada húngaro. *"Soy el comisario político del partido responsable de este lado de la frontera. Ustedes son unos miserables y merecen ser fusilados, o —lo que sería todavía peor para ustedes— devolverlos a las autoridades Rumanas. Pero hemos decidido dejarlos en libertad, pero bajo las siguientes condiciones: van a tener que decirle a la gente y a la prensa occidental que nosotros no somos crueles y que les hemos regalado la vida. Además les indicaré cómo pasar esta frontera —de por sí muy peligrosa— ya que está patrullada permanentemente tanto por nuestras tropas soviéticas de ocupación como por los compañeros húngaros."* Y siguió dándome instrucciones: *"Vayan hacia esta dirección (me la indicó con la mano) dos o tres horas y van a llegar a un arroyo. Caminen del lado izquierdo del arroyo una hora más, y podrán vadearlo sin problemas. Sigán dos o tres horas hacia el norte y llegarán a un pueblecito austriaco. Que tengan suerte, la necesitarán, ya que estan en territorio minado y*

*ocupado por las tropas soviéticas".* El grupo fronterizo dio entonces media vuelta y se alejó, dejándonos solos, asombrados pero felices en un territorio desconocido y lleno de imprevistos. Esta vez era yo el "leader" elegido por decisión unánime, ya que era el más joven y veía sin problemas –en aquellos tiempos– en la noche cerrada y sin luna. Cuando creí haberme orientado lo suficiente con las indicaciones recibidas, comenzamos a caminar, caminar y caminar..

Oíamos permanentemente, traído por el viento, el ruido de las orugas de los tanques rusos de ocupación, las risas y las conversaciones de los soldados soviéticos, el ladrido de los perros, pero en ningún momento llegamos a ver un solo soldado, un solo tanque o un solo perro. El terreno estaba minado en su totalidad desde el tiempo de la guerra, pero no hemos pisado ninguna mina y ni siquiera hemos llegado a ver alguna. Caminamos durante horas. Nunca vimos el arroyo que debíamos vadear.

En la madrugada el cielo estaba despejándose de a poco de su manto de nubes con la luz incipiente del crepúsculo. Habíamos caminado toda la noche y estábamos exhaustos.

Vimos a lo lejos los techos a dos aguas y las persianas pintadas de verde de varias casitas campesinas, típicas de Austria. Nos abrazamos llorando. Será posible? Nos habíamos salvado de verdad?

### **d) FIN del VIAJE Viena**

Teníamos que estudiar urgentemente la situación: a) nos encontrábamos solos y sin guías. b) estábamos en territorio austríaco ocupado, pero no muy lejos de la frontera húngara. c) normalmente estos territorios estaban bajo el control de las tropas soviéticas de ocupación. d) teníamos que decidir **ya** lo que íbamos hacer.

Comenzamos por buscar desde la distancia la ubicación de los tanques, camiones militares y movildades de las tropas de ocupación. No los vimos.

En cambio vimos el contorno de una casita blanca, la más cercana a nuestro escondite. Tenía la puerta abierta y se veía la silueta delgada de una señora anciana de muy tierno aspecto que estaba barriendo la entrada de su casa.

Decidimos arriesgarnos y nos acercamos con mucha precaución a esta vivienda, escondiéndonos entre los matorrales. Cuando la anciana nos vio, dio un grito de sorpresa y temor. Entonces me acerqué suavemente a ella, y en mi alemán ya deficiente le rogué a que no gritara, ya que los tres éramos gente de bien, que veníamos desde muy lejos, escapados de un campo de concentración del Este europeo. Le expliqué que nuestro deplorable aspecto se debía a que no nos habíamos podido bañar en semanas y que estábamos muy débiles debido al hambre y a las miserias que habíamos tenido que soportar. Le expliqué que teníamos que evitar el contacto con las tropas de ocupación. Con lágrimas en los ojos le pedí misericordia y un poco de ayuda.

La señora me escuchó atentamente. Después nos hizo una señal para que los tres entráramos en su immaculada casa. Nos mostró el cuarto de baño y me dijo que nos iba a calentar de inmediato agua para que nos pudiéramos bañar, antes que nada. Nos trajo los elementos para que nos pudiéramos afeitar y cortar el pelo y unas toallas de lino para cubrirnos después del baño. Los harapos que nos cubrían el cuerpo había que tirarlos a la basura. (descosí primero la hombrera de mi saco para rescatar las 500 libras esterlinas) No lo podíamos creer. Nos dijimos: *"si nos va a delatar, por lo menos moriremos limpios"*.

Cuando terminé de bañarme, envuelto en mi toalla de lino, me fui descalzo para el cuarto principal. Me sentía feliz, había renacido, estaba dispuesto a pelear cualquier otra dificultad que podíamos encontrar en el camino. Pero primero quería descansar después de más de 9 días de emociones sin haber dormido una sola noche bien. Estaba ansioso por saber además adonde estábamos ubicados y de qué manera podíamos llegar a Viena, nuestro objetivo final.

Viena estaba ocupada en aquel momento conjuntamente por las cuatro fuerzas aliadas y estaba dividida en 5 zonas, bien marcadas: la zona inglesa, la zona francesa, la zona soviética, la zona americana y la Internacional. Debíamos llegar a cualquiera de estas zonas menos a la soviética. Pero esto lo íbamos a estudiar después de un buen sueño reparador. Dormimos unas 10-12 horas seguidas antes de preguntarnos dónde nos encontrábamos. Lo primero que hicimos una vez despiertos fue mirar si no teníamos a nuestro lado algún



## Memorias de un emigrante

soldado soviético apuntándonos con su arma. Pero lo que vimos fue a la tierna señora Ana preparando el desayuno con abundante pan casero recientemente sacado del horno, unas jarras con leche de oveja tibia y un pedazo impresionante de queso de cabra. Fue lo más sabroso que habíamos comido en toda nuestra vida. Todavía mi paladar recuerda el gusto suave y perfumado del pan y el sabor incomparable del queso. Durante la sobremesa la señora Ana nos contó muchas cosas interesantes que nos asombraron. En primer lugar nos dijo que el pueblo estaba situado a una distancia de 38 km. de la frontera y era catalogado geográficamente como el tercer pueblo dentro del territorio austríaco. Las tropas de ocupación estaban acuarteladas solo en los dos primeros pueblos, ya que este tercero estaba considerado fuera de la zona fronteriza. Yo ya no podía entender nada: *"habíamos pasado por lo tanto al lado de dos pueblos sin haberlos visto? Era esto posible?"*

Ana era la madre de tres varones. Sebastián, el mayor de ellos había muerto en el frente de guerra de Sebastopol. El dolor por la pérdida de este hijo no la dejaba conciliar el sueño. Hanz, su segundo hijo se había ido para España una vez terminada la guerra civil española, pero ella no tenía noticias de él desde hacía unos 5 años ya. El tercer hijo era Joseph, quien tenía a la fecha unos 23 años. Tenía mi edad por lo tanto, y según ella se parecía mucho a mi. Fueron estos detalles, el de la edad y el del parecido lo que la había decidido tratar de ayudarnos y poner lo mejor de ella para que pudiéramos llegar sanos y salvos a Viena. Con tres hijos varones ausentes, le sobraban los trajes para varones en casa, así que nos pidió que eligiéramos entre las camisas, ropa interior, medias, zapatos y trajes del armario, los tamaños que correspondían a nuestra medida. Terminamos todos abrazados, agradecidos y llorando de tanta emoción y gratitud.

La hospitalidad de Ana no nos había hecho olvidar nuestro propósito final y teníamos que estudiar ahora con mucho cuidado de qué manera podíamos llegar a Viena. Las carreteras estaban férreamente controladas por el ejército de ocupación, y el tren que llegaba a Viena suponíamos que debía estar muy controlado también. Le preguntamos a la señora Ana si el jefe de estación

ferrocarrilera era de confiar, y ella nos dijo que el jefe era su primo segundo Joseph. Nos iba a organizar una reunión con Joseph en la tardecita ya que ella no tenía conocimiento sobre las eventuales ventajas que este tren nos podía ofrecer. Cumplió una vez más. Nos encontramos con Joseph en la estación de trenes a las 9 de la noche. Joseph nos esperaba por consideración a su prima. Quedó muy impactado cuando le pudimos contar nuestras peripecias, ya que él mismo había estado en la guerra, y había perdido allí su mano izquierda, mano que le hacía ahora mucha falta para poder manejar las múltiples maniobras diarias de los vagones del tren. Era una persona de estatura mediana, ya canoso, y con un permanente aire triste pintado en su cara. Quedó pensando qué cosa se podía hacer. Nos dijo: *"estén aquí mañana de tardecita a eso de las 19 horas. El tren llega a las 20.30 y en este lapso les diré qué tienen que hacer. Traigan todas vuestras pertenencias."* El no podía saber que no teníamos ninguna.

Volvimos a la casa de Ana para pasar otro día tranquilo, comentando sobre nuestra increíble suerte de estar vivos en un pueblito sin custodia militar, y sin vecinos quienes nos pudieran delatar. Agradecidos por todo lo que Ana hacía y había hecho ya generosamente por nosotros.

Al otro día, era un viernes muy ventoso, estuvimos en la estación a la hora prefijada. Con la vestimenta de los hijos de Ana puesta, parecíamos unos viajeros más entre las 10 o 12 personas que estaban esperando junto a nosotros la llegada del tren. Al rato apareció Joseph, y con cara profesional nos entregó cuatro boletos de tren 2da. clase y un mazo de cartas francesas: *"escúchenme bien: les doy 4 boletos para que ocupen un camarín entero en un vagón que yo les indicaré oportunamente. Van a subir al vagón, entrar en el camarín y cerrar la puerta del mismo. No dejen bajo ningún concepto que otro pasajero entre en vuestro camarín ya que los podría delatar. Allí abran la mesa y pónganse a jugar ruidosamente cartas, gritando y dando la impresión de estar borrachos. Nadie querrá entonces entrar en vuestro camarín. No se olviden que la estación de ferrocarriles de Viena está controlada por las tropas soviéticas, así que tienen que cuidarse mucho de que no los arresten a vuestra llegada. Les pido que —apenas puedan— me manden el importe de los pasajes ya que para mí son mucho dinero, y tendré que pagarlos sacando este dinero de mi magro sueldo. Les deseo muy feliz viaje"*.

Volvió para su oficina, y no lo volvimos a ver. Cuando el tren llegó, se formó de inmediato este bullicioso movimiento que siempre provoca la llegada de los mismos. Los viajeros y los familiares se saludaban, gritaban, se deseaban feliz viaje, y algunos lloraban. No vimos a Ana, y Joseph apareció recién en el último momento cuando debía darle la orden de partida al maquinista. Subimos a nuestro vagón y ocupamos de inmediato nuestro camarín. Cerramos con llave la puerta del mismo, sacamos una botella con agua coloreada para que pareciera vino, nos pusimos a cantar y a jugar cartas. Blasfemos iban, blasfemos venían, gritos de triunfo: "belotte, rebelotte", gritos de asombro, era la atmósfera permanente de nuestro camarín. Más de una vez alguno de los pasajeros trató de entrar al camarín, pero viendo la atmósfera imperante en el mismo renunciaba a insistir. Así pasaron varias horas. Faltaban unas dos o tres estaciones para llegar a Viena cuando una preciosa cara rubia apareció en la puerta de nuestro camarín insistiendo para entrar. Por cierto, no le dimos la oportunidad de hacerlo. Volvió a golpear la puerta, cada vez con más insistencia. No sabíamos ya qué hacer. Podía ser informante de la policía militar o delatora civil por cobrar la recompensa. Nuestra negativa de abrir podía hacerla traer al inspector para ver el porqué del camarín cerrado con llave, o peor todavía, denunciarnos a los soldados a la primera parada. Daniel y Bogdan me pidieron que hablara yo con ella, y que tratara de convencerla que nos dejara tranquilos. No era fácil, pero qué otra cosa se podía hacer? Puse mi mejor cara, pero antes de abrir la boca la preciosa rubia me dijo: *"me llamo Gretel, y estoy aquí para salvar vuestras vidas. Viena está controlada por el ejército soviético y no van a tener suerte alguna para salvarse llegando allí. Los mandarán de vuelta al lugar de donde vinieron. Tienen que bajar de inmediato del tren, en la primera parada, antes de Viena y entonces los llevaré a un lugar seguro. Tienen que tener confianza en mí. Una vez más están jugándose la vida"*.

Con este balde de agua fría, fui a consultar con mis compañeros. Llegamos a la conclusión que si Gretel nos quería delatar lo iba a hacer de cualquier manera, así que nuestra única oportunidad era confiar en ella. Se lo dije: *dejamos nuestras vidas en tus manos*. Sin cambiar de semblante, Gretel me indicó: *"en unos*

*15 minutos llegamos a una parada de 3 minutos y quiero que salgan del tren apenas éste pare. Yo los esperaré afuera"* Y así hicimos: con el corazón en llamas, y el terror en los huesos bajamos del tren, y esperamos a Gretel unos minutos hasta que el tren se puso de vuelta en marcha. Cuando ella apareció, era junto a un viejo Mercedes cuyo chofer era una chica morocha, llamada Lisel. Sin cambiar palabras nos subimos los cuatro en el Mercedes negro. Más de una hora estuvimos dando vueltas, cruzándonos con varios de los jeeps de los ejércitos de ocupación. Estos estaban ocupados por cuatro soldados, un inglés, un ruso, un francés y un norte-americano. Era peligroso ser parado por el jeep, ya que el mandamás del vehículo era el soldado perteneciente a la zona de influencia en la que se encontraba el vehículo, así que teníamos que evitar a toda costa entrar en la zona soviética. Después de mucho deambular, vimos a lo lejos aparecer cada vez más cerca los techos de la gran ciudad. Nos acercábamos a Viena. La emoción nos impedía hablar, estábamos paralizados de tanta y tanta emoción acumulada. De repente surgió a unos 100 metros de distancia un edificio señorial que debía haber pertenecido algún sangre-azul de la dinastía austro-húngara, protegido por un enorme cerco alto en madera. Dos cortos bocinazos del "mercedes" hicieron que se abriera el gigantesco portón, y el coche se adentró en un espacio abierto, frente al majestuoso edificio. Las chicas nos indicaron que podíamos salir del coche. Cuando lo hicimos. recién pudimos ver con asombro un enorme letrero colgando de la fachada del mismo diciendo:

## **INTERNATIONAL REFUGEE ORGANIZATION - I.R.O.**

La gente de adentro del edificio salió corriendo al patio para abrazarnos y a saludarnos, mientras nosotros nos arrodillamos devotamente para besar la tierra de la libertad por la cual habíamos arriesgado nuestras vidas y de la cual dependían de ahora en más tantas y tantas, esperanzas. Nosotros abrazábamos gente desconocida, besábamos manos nuevas.

Fue cuando reaccioné precipitadamente y le pregunté avergonzado al supuesto "encargado" de la mansión *"disculpe, pero dónde se encuentran las dos chicas*

## Memorias de un emigrante

*que nos ayudaron a escapar. No les hemos agradecido siquiera, y deseamos mostrarles toda nuestra gratitud y agradecimiento".*

El hombre, como las demás personas presentes que habían escuchado mi pregunta se mostraron muy sorprendidos: *"Ustedes están muy cansados. Ustedes han llegado aquí caminando, no hay chicas, y ustedes no tienen que agradecerle más que a vuestro propio destino. Descansen, vuestro destino les ha brindado otra oportunidad".*

Enrique Coman

# 1947 – 1948 (b)

## ESPERANZAS

Estábamos en Viena. No lo podíamos creer. Significaba una puerta abierta al futuro, mil oportunidades ofrecidas, pero por encima de todo esto: la LIBERTAD. Es increíble la dimensión que toma la palabra LIBERTAD cuando se sale de un régimen encorsetado y siempre dirigido por el Partido único, como el de los países socialistas. El socialismo, esta magnífica idea social y humanitaria, se había transformado, gracias a sus servidores, en una gran cárcel dirigida por gente fría, calculadora y siempre dirigida desde arriba. Era mal visto tener iniciativa propia, y los logros personales se pagaban con "propinas", los tan ansiados y famosos sobres azules, las medallas de lata, o la promesa de unas vacaciones en la montaña o al mar.

Durante horas no hicimos otra cosa que contarles a nuestros anfitriones nuestra aventura, comer, asearnos y averiguar los pasos que teníamos que seguir dando de ahora en más. Íbamos a quedarnos en IRO solo el tiempo necesario hasta que decidiéramos qué hacer. Como IRO no estaba preparada para recibir permanentemente inquilinos, ofrecieron instalarnos en un hotel dentro de la zona internacional, y de allí en más, cada uno de nosotros

debíamos decidir los siguientes pasos que pensábamos dar. Estuvimos de acuerdo, además de muy agradecidos. Una vez calmados, nos llevaron a los tres a un hotel céntrico de Viena, hotel que no había sido tocado por las bombas aliadas y tampoco por la artillería soviética.

Nos entregaron además unos 500 schilling (moneda austríaca) a cada uno de nosotros para poder gastar en comidas. El hotel estaba pago por IRO por 3 días. Estaba ubicado en la calle Mariahilferstrasse. Mirábamos por la ventana, con asombro, el movimiento permanente de la gente y la frecuencia del desplazamiento de los jeeps de las fuerzas de ocupación.

Una vez calmados, decidimos hablar sobre lo que íbamos a hacer de ahora en más. Daniel pensaba ir al cuartel militar inglés, para organizar su ida para Israel con el propósito de reunirse con su señora esposa.

Bogdan pensaba irse para New-York adonde tenía vínculos tanto políticos como comerciales. Yo deseaba llegar a París, pero realmente no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Decidí descansar y divertirme unos pocos días antes de tomar una decisión. Tenía el hotel pago por 3 días, así que podía darme este gusto. Lo primero que hice fue ir a un cine. No había ido a un cine desde hacía años, y me parecía muy burgués y relajante dejar de lado la aventura y la política y laxarme en el mullido sillón de un cine. Entré en el primer cine que encontré, ya que no me interesaba ni la acción ni el tema de la película, sino sólo la apasionante e íntima sensación que seguramente iba a sentir encontrándome sentado solo y seguro en aquel cine de Viena. Qué placer sentir que: **¡estaba vivo!**

No recuerdo siquiera qué película vi. Lo que sí recuerdo, es la preciosa rubia que se encontraba sentada a mi lado. Se llamaba Gina, tenía 28 años, estaba casada y tenía 2 hijos. Todo esto me lo dijo mientras yo le apretaba la mano y respiraba su fresca fragancia de colonia barata. Cuando le dije que no tenía decidido dónde vivir, pero que estaba en condiciones de pagar el costo de un alquiler, ella me propuso su propia casa. Vivía con su marido Hans y con sus dos hijos de 2 y 4 años, y tenía libre un cuarto para huéspedes. Me dijo que a ella también le vendría bien una entrada suplementaria, ya que después del armisticio todo estaba mucho más caro en los almacenes.



## Memorias de un emigrante

La idea me encantó. Le dije que iba a comunicarles a mis dos compañeros de inmediato mi decisión y que en la tarde del día siguiente iba a mudarme sin falta para su casa. No tenía valijas para llevar, así que la mudanza fue en realidad un simple paseo. Mis compañeros ya tenían, ellos también, sus propios proyectos, así que la separación de los tres no fue más que un fuerte abrazo y un "*merde*" salido del corazón.

La casa de Gina me impresionó. Era una hermosa y digna mansión de gente pudiente, y dudé por un momento si golpear o no a la puerta. Cuando me abrió un chico de 4 años, no supe qué decirle. Pero la voz de su madre me tranquilizó, apareciendo Gina alegre y contenta. "*Herrein, berrein*", *Entrá, entrá* me gritó, y de inmediato me presentó a su hijo mayor, Karl. El cuarto de huéspedes era todo un lujo para mí, hacía mucho tiempo que no había tenido mi cuarto propio. A continuación me mostró toda la casa, el baño, la preciosa cocina alemana cuya reina ella era, y me invitó a que me pusiera cómodo. Me propuso un "*rund fabr*" paseo por Viena en la tarde, lo que acepté con entusiasmo. Mientras, quería ponerme en contacto lo antes posible con la comandancia militar de las fuerzas francesas en Viena. Por qué no ahora? Averigüé con Gina dónde estaba ubicada la comandancia militar en la zona francesa, cuidándome de no pisar la zona soviética, y me dirigí de inmediato hacia allí. Después de los interrogatorios militares de rigor, explicaciones y protestas, los soldados de la recepción me dejaron por fin hablar con el Mayor André Delong, a cargo de la misión en aquel momento. Tuve que darle al Mayor todos mis datos, lo necesario para que él pudiera ubicarme entre los voluntarios que habíamos luchado dentro de "Francia libre" en Inglaterra. Le conté mi historia, me ficharon, y me dijeron que de inmediato iban a ponerse en contacto con París, ya que mi voluntad era partir hacia París lo antes posible para poder seguir con mis estudios de ingeniería y recibirme a la brevedad, enganchándome –de ser posible– en el año escolar que corría. Me advirtieron que iba a estar en permanente peligro en Viena por no tener papeles de identificación, por lo cual me dieron una tarjeta provisoria de la comandancia otorgándome una estadía de 90 días.

Firmé un recibo, y entonces me dieron una cantidad de schillings suficiente como para poder vivir durante este lapso.

Volví contento para lo de Gina. Me había prometido un "*rund fabr*".

Recordaba la Viena de mi infancia. Habíamos ido a Viena varias veces por los negocios de papá, o por las vacaciones de verano, y siempre me había encantado estar en Viena. Papá me llevaba siempre al Prater, adonde podía ver desde lo alto de la rueda gigante la ciudad entera, podíamos comer "*wurst*" con repollo agrio, algún "*viener schnitzel*" y probar la exquisita cerveza. No olvidaré nunca la noche en que me llevaron a la Opera para ver "*der rosen cavalier*" con la exquisita cantante Lote Lehman.

Lamentablemente Viena de la posguerra ya no era la misma. Las bombas habían derrumbado gran parte de la ciudad, había escombros por doquier, el espléndido edificio de la Opera estaba muy dañado, y la cerveza tenía un gusto que los mismos vieneses llamaban socarronamente "*pis-wasser*".

Lo único que todavía se parecía a la Viena de mis recuerdos de infancia era el Danubio, aunque ya no era tan azul como el imaginado por J. Strauss. Tampoco era ya la Viena alegre del húngaro Franz Lehár.

Dimos vueltas, tomamos cerveza, cuentos van, cuentos vienen, y llegamos a la conclusión de que Gina se sentía muy sola en su matrimonio y que yo no había estado con una mujer desde tiempos inmemorables.

De noche fuimos los dos para ver un espectáculo de luchas "greco-romanas" muy de moda en aquellos tiempos.

Cuando llegamos de vuelta a casa, quise darle a Gina un beso de "buenas noches" antes de retirarme para mi cuarto, pero ella me dijo que tenía ganas de dormir conmigo aquella noche, si yo no tenía inconvenientes. Por cierto que no los tenía. Fue una noche soñada, y en la madrugada nos quedamos dormidos, agotados por tanta pasión.

Me despertaron en la mañana unos insistentes golpecitos en la puerta del cuarto. Miré la cama y observé, temblando, que Gina estaba durmiendo placidamente a mi lado. Pensé: qué horror, *debe ser su marido. ¿Qué hago ahora?* No tenía mucha elección para hacer, había que afrontar la situación creada por

## Memorias de un emigrante

nuestra falta de discreción. Me puse encima un salto de cama prestado y abrí despacito la puerta del dormitorio. Era en efecto Hans, el esposo de Gina llevando una bandeja con dos tazas, leche, agua caliente, azúcar y algunos bizcochos caseros. Me dijo casi susurrando: "*a Gina le gusta desayunar tarde, si no se despierta, déjala dormir*".

Quedé perplejo: no sabía qué creer. Cuando despertó Gina me tranquilizó explicándome que durante la guerra su marido había estado en el frente durante varios años. Como las mujeres no tenían a sus esposos en casa y el "Reich" necesitaba tener hijos debido a las importantes bajas que habían tenido en los frentes, Adolf Hitler había instaurado lo de la "Mujer Patria". Así llamaban a las mujeres quienes le daban un hijo varón al Reich, aunque su esposo estuviera lejos. A estas mujeres el Estado las premiaba con dinero y con especiales cuidados. Los dos hijos de Gina habían sido concebidos de esta manera mientras su marido peleaba en el frente. Para él, su mujer había sido una verdadera patriota alemana, ya que le había dado al Reich dos preciosos hijos. Estaba muy honrado y agradecido por esto, y además este hecho le permitió también conservar sin complicaciones mayores sus propiedades heredadas. Era la nueva "moral alemana" generada por la guerra. Al marido de Gina no le importaban las eventuales aventuras amorosas de su mujer, mientras sabía que —de esta manera— Gina se encontraba feliz. El también tenía su vida privada que Gina no celaba, y a pesar de todo esto, formaban un matrimonio muy unido y muy feliz. Me costó entender todo esto, pero era una realidad. Durante los 3 meses que me quedé en Viena, Gina fue una verdadera joya, tanto con el manejo de la casa, como buena madre, excelente confidente y consejera de su marido, y también excepcional amante y fiel compañera mía.

La vida en Viena no era fácil. Ocupada por las cuatro fuerzas militares quienes se habían dividido la ciudad, Viena trataba de levantarse después de los avatares de una guerra perdida. No había comida suficiente y la que se encontraba era de muy mala calidad. La circulación en la ciudad era deficitaria, y los controles entre las zonas militares complicaban todavía más la convivencia. Yo iba cada dos o tres días a la comandancia francesa para ver si habían

llegado de una vez por todas mis papeles, pero siempre me contestaban: "*pas encore*". Estaba muy nervioso por esta causa y muy inquieto por llegar de una vez a París.

Gina interpretó mi estado de ánimo como aburrimiento por la vida en común que llevábamos. La inseguridad del mañana y la interminable espera me hacían odiar la "*dolce far niente*" en que vivía y me tenía de mal humor, lo que se transparentaba a simple vista.

Un día llegó de visita a la casa la mejor amiga de Gina, Magdalena von Broght, viuda del barón Von Broght, amiga de su infancia. Gina le había pedido a Magdalena que viniera a Viena a pasar unas semanas con ellos, hospedándola en su casa. En cambio le pedía que se hiciera amiga mía y que saliera conmigo a cenar y pasear de noche. Una noche, después de libar mucho con una cerveza muy adulterada que se me había subido a la cabeza, terminé haciéndole el amor a Magdalena en una verdadera noche de orgía. Pero después me sentí avergonzado por haberle faltado a Gina. Después de unos cuantas noches de amor apasionado, Magdalena terminó confesándome que la relación sexual entre nosotros se la había pedido la misma Gina, en su carta. En ella, le confesaba de que tenía un amante joven que ella adoraba y que éste —según ella— parecía estar ya aburriéndose de ella. Tenía miedo que debido a esto, su amor iba a irse de Viena a la brevedad y quería ver si fuera posible disuadirlo. Por esta razón le pedía a Magdalena que viajara a Viena para que me convenciera de quedarme, y poder ella —de esta manera— tenerme cerca por un tiempito más. Era mucho más de lo que yo podía esperar de parte de Gina. Además no era vedad: yo la quería mucho a Gina, le estaba muy agradecido, y no estaba de ninguna manera aburrido de ella y de pasarme noches enteras apasionadas entre sus brazos. Claro que las noches pasadas con Magdalena le agregaban un sabor picante a mi estadía.

## NUEVOS HORIZONTES

Faltaban ya pocos días para que se cumplieran los tres meses de estadía en Viena, cuando recibí una convocatoria urgente de la comandancia francesa.

## Memorias de un emigrante

Habían llegado por fin mis credenciales, y la orden llegada me exigía que abandonara lo antes posible la ciudad.

La partida debía hacerse con total hermetismo, y la organización de la misma era básicamente así: el viernes siguiente salía de Viena un tren con destino París embarcando tropas franceses que volvían para sus hogares. Me habían proporcionado un uniforme completo de aviador y todos los documentos que acreditaban mi supuesto rango y responsabilidad. Las órdenes decían que debía estar en la estación ferroviaria a las 8 de la mañana y reportarme de inmediato a la comisión militar rusa, ya que la estación estaba ubicada en plena zona soviética.

Una vez llegado a París debía devolver el uniforme, y los documentos de identidad recibidos. Tenía que hablar en todo momento exclusivamente en francés. Me fui para mi casa con el paquete de ropa, preparándome mentalmente para cumplir con esta última etapa de mi viaje. A Gina le comenté que había recibido por fin la orden para repatriarme y que iba a viajar en un avión militar de carga. Llamé también por teléfono a mi tío Isidor a París, para pedirle que me esperara sin falta en la estación de ferrocarril a mi llegada. Le avisé con bastante tiempo, ya que él —como médico ginecólogo— estaba siempre pendiente de las parturientas de turno.

La despedida de Gina, de Magdalena, de Hans y de los chicos fue muy triste y tuve que prometerles que algún día trataría de volver para Viena. Que sin falta les escribiré. Lamentablemente nada de esto hice.

El viernes de mañana a las 7.30 estaba presente en la estación vestido con mi impecable uniforme militar francés. Me presenté de inmediato a la comisión aliada allí presente y después compré el diario local para dar la falsa sensación de que no estaba nervioso. En realidad estaba temblando por la emoción. Trataba de calmarme pensando: *les escribiré a mis padres apenas llegue a París. Hace mucho ya que ellos no sabían más nada de mí. Trataré de dar los exámenes en la facultad lo antes posible.*

Estaba parado en el andén mirando el hormiguero de soldados franceses que se preparaban para subir a los vagones, cuando escuché la voz amiga de

un íntimo compañero de la facultad de Bucarest quien me gritaba en rumano: "*ce bucurie Henri, esti militar? Cand ai plecat din tara?*" "Que alegría Henri, eres militar? Cundo te fuiste del país?" Temblando de miedo de que sus palabras en rumano fueran escuchadas por los militares soviéticos le conteste en francés: "*vous vous êtes trompé je ne suis pas Henri*" se equivocaron, no soy Henri. Mi amigo entendió de inmediato su "gaffe" y se disculpó conmigo: *pardon monsieur*, disculpe señor.

Por fin el tren se puso en marcha. Subí al vagón, deseando de todo corazón verlo salir de una vez de la zona soviética. Sentir el suave deslizarse de los vagones y los repetidos pitos de la locomotora eran música para mis oídos. Un poco más y estábamos fuera de la zona de ocupación soviética y entrábamos en la zona ocupada por las fuerzas francesas. Esperaba llegar a regocijarme de una vez por este momento tan anhelado, pero...

El tren pasaba por uno de los majestuosos puentes sobre el Danubio cuando se paró en la misma mitad del mismo, sobre el río, con el propósito de hacer un control final de los pasajeros. Un parlante pedía en un pésimo francés que se presentara frente a la comisión de control, el militar de más rango del tren. Pasaban los minutos y seguían pidiendo la presencia del militar de mayor graduación. Un soldado que venía en mi compartimiento me dijo: "*mon capitaine, c'est a vous qu'ils attendent*" es a usted quien esperan. No me había dado cuenta, por error, que yo era el mayor grado en este tren. Evidentemente me presenté de inmediato, y durante los 45 minutos siguientes la comisión pudo inspeccionar cada uno de los vagones, pidiéndoles los documentos a todos y cada uno de los viajeros. Al final estampé mi firma en el formulario y volví a mi vagón adonde me desplomé agotado. El tren se puso en marcha, y un coro de vivas se oyó de todos los vagones cuando entramos por fin en el territorio controlado por el ejército francés.

Decidí que había sufrido demasiado y que podía darme ahora un respiro antes de llegar a París. Así que, una vez llegado el tren a Innsbruck decidí quedarme allí un par de días para poder respirar el aire fresco de la libertad y de la montaña. Fui al hotel, y de allí le avisé a mi tío Isidor el cambio de día y

## Memorias de un emigrante

de hora de mi futura llegada. El dinero recibido en Viena me alcanzó y me sobró para poder darme este lujo. Después de haber vivido en el campo de concentración, en un "pozo" maloliente dentro del cual habíamos sobrevivido durante 8 largos días en Hungría, poder ahora vivir en un hotel de lujo en Innsbruck daba la sensación de haber alcanzado con los dedos el mismo cielo. A los tres días me embarqué de vuelta, pero esta vez era – por fin - para París. Llegamos a la "gare Centrale" a las 11 de la mañana. Entre la gente amontonada que esperaba en los andenes estaba Isidor. Nos abrazamos, y con su cálida y cándida voz me preguntó: "*le voyage c`est il bien passé?*" Fue bueno el viaje?

Enrique Coman



# 1948 – 1949

## PARIS "JE T'AIME"

### PRIMEROS PASOS

Cuando por fin pude bajar del tren, empujado de todos lados por la multitud de soldados apurados por encontrarse con sus familiares, lo único que atiné hacer y decir fue estrechar fuertemente entre mis brazos a mi tío Isidor, susurrando: *"je suis libre, mon vieux, je suis libre"* mientras que él seguía preguntando si: *"le voyage c'est il bien passé?"*

No se me ocurrió siquiera contestarle a su pregunta. Había que comenzar a pensar desde ya en una vida nueva y para que esto fuera posible tenía que ver dónde iba a vivir, cómo iba a pagar mis primeros gastos, de qué manera iba a llegar a dar los exámenes a la Facultad, y prepararme para vivir en el ambiente de este París que yo adoraba. Me sentía liberado del permanente stress de guerra adquirido durante años por haber vivido tanto dolor, tanta desesperación y tantas monstruosidades.

Me di cuenta con sorpresa que Isidor se encaminaba hacia un café, invitándome a *"tomar algo"* en lugar de llevarme directamente a su casa. Una vez sentados, él me explicó que no podía alojarme en su casa porque era

demasiado chica y sin comodidades para huéspedes, y que su esposa, mi tía Blanche, no tenía el tiempo (ni las ganas digo yo) para ocuparse de mí. Por lo tanto habría que buscarme primeramente un alojamiento en algún hotel barato del barrio latino. Me preguntó si llevaba dinero encima y le contesté que tenía únicamente las 500 libras esterlinas billetes que había podido rescatar y que pensaba cambiar de inmediato en el Banco.

Siguió preguntándome como pensaba vivir, qué pensaba hacer para poder seguir con mis estudios etc. Cada una de sus preguntas me indignaba un poco más. Y cuando terminó diciéndome que todos los domingos estaríamos juntos, invitándome para almorzar sin falta a su casa, me sentí ultrajado, humillado y muy, pero muy decepcionado. Le dije: *"no te preocupes por mí, Isidor, sabré cómo arreglarme. Por ahora necesito saber adonde viviré y necesito que me prestes unos francos para poder aguantar hasta que cambie las 500 libras billetes."*

A mi tío le pareció tranquilizadora mi contestación, y de inmediato comenzamos a buscar juntos, en su coche, un hotel en la zona de Pigale y de la Avenue Clichy sobre la rue Blanche, para estar más cerca del centro de la ciudad y no depender tanto del "metro". Después de una hora de dar vueltas y más vueltas encontramos un hotelucho que me pareció conveniente por ser barato, y elegí quedarme allí hasta que iba a decidirme definitivamente cómo iba a organizar mi futura vida. Mi tío Isidor me prestó 1.000 francos, me dio un fuerte abrazo deseándome mucha suerte y... se fue.

Al principio, cuando mi tío me dejó solo, no supe qué decir, ni qué pensar. Si mi pobre madre supiera lo poco que me había ayudado su único y muy querido hermano varón, estaría ahogada en llantos. Pero la vida es así, la gente estaba muy endurecida por la guerra y la preocupación de cada uno se limitaba en resolver sus problemas personales.

## LA ORGANIZACIÓN

Una vez instalado en mi cuarto de hotel tomé un lápiz y un papel para anotar mis prioridades: a) había que ver cómo podía engancharme lo antes posible en la Facultad. Para que esto fuera posible había que averiguar primero

en qué condiciones iba a poder ingresar. En mi fuga no había llevado conmigo los papeles de escolaridad de la "*Scuala Politehnica*" de Bucarest, y no podía entregarlos para poder facilitar una posible reválida de lo cursado por mí en Rumania. b) había que tratar de conseguir sin falta una beca. c) necesitaba –además de estudiar– encontrar algún trabajo para llegar a solventar mis gastos en París. d) de ninguna manera quería sacrificar por esto las expectativas por vivir una futura y tentadora vida bohemia, ya que soñaba poder gozar plenamente del medio ambiente parisino. e) debía nortear de manera sensata mi futuro, y para poder hacerlo, mi única y verdadera prioridad era graduarme.

Precisaba de alguien que pudiera aconsejarme con respecto a la Facultad. Conocidos me habían informado que la persona indicada vivía en París.

Era mi ex Rector y profesor favorito de la "*Scuala Politehnica*" de Bucarest el Profesor Sergescu. Se encontraba refugiado en París desde antes de la ocupación soviética de Rumania y vivía en un cómodo apartamentito al lado izquierdo del Sena, recibiendo a sus ex alumnos actualmente radicados en París dos tardes por semana. Necesitaba –sin duda alguna– de sus consejos, por lo tanto lo llamé por teléfono. Cuando mi profesor se enteró de que me encontraba en París me invitó de inmediato a que lo visitara.

Tenía que aprovechar el tiempo para cumplir con otras de mis obligaciones. Lo primero que hice fue devolver el uniforme militar y los documentos que me habían entregado en Viena. Me mandaron desde allí a una oficina que se ocupaba exclusivamente de los refugiados y los ex combatientes, oficina que dependía del Ministerio del Interior. Tuve que anotarme en una repartición especialmente creada, contar todos mis antecedentes en la guerra y fijar lugar de residencia. Me fotografiaron de frente y de perfil y –después de horas de idas y venidas– me entregaron un seudo-pasaporte llamado "**Laissez Passer**" que servía de Cédula de Identidad y en casos límites de pasaporte. Como ex combatiente que era, este documento no tenía fecha límite. Si decidía quedarme en Francia me estaba permitido no solamente estudiar y trabajar, sino –llegado el momento– pedir la ciudadanía francesa. Si me iba del país, me podía servir de pasaporte. La oficina de refugiados me proporcionó también

un ticket-carne de compras pago (por el Estado) para las tiendas "Galeries Lafayette", en el que se me autorizaba retirar una larga lista de artículos de primera necesidad, entre los cuales había ropa interior, zapatos y un traje. En el ticket estaban también detallados artículos de uso diario como la pasta dental, el jabón, cepillo de dientes etc. etc.

Salí de la tienda mucho más confiado, me sentía elegante con mi nuevo traje puesto y muy esperanzado por las muchas oportunidades que el futuro seguramente, me iba a brindar.

De vuelta al hotel, lo primero que hice fue probarme las tres camisas, y el pantalón y pude constatar con satisfacción que me quedaban "pintados".

El hotel estaba ubicado en la Rue Blanche, a no más de 40 metros del "Moulin Rouge" el cabaret de moda y a una cuadra de la famosa Place Pigale. Era un "*Hotel de pasaje*" es decir un hotel al cual las prostitutas llevaban a sus clientes de noche. Ellas dormían generalmente de día en sus cuartos alquilados, y de noche se dedicaban a su profesión. Como la policía tenía muy controlados dichos hoteles, sus dueños precisaban siempre de algún inquilino permanente, justificando de esta manera su condición de Hotel. Yo les había caído de perilla, ya que –cuando me mudé allí como cliente fijo– quedaba registrada en las planillas de entradas de la empresa en calidad de cliente permanente.

Además, el costo del alquiler era también muy módico, y pude capear de esta manera mis primeras angustias financieras.

Una vez resuelto este tema fui a la casa del Profesor Sergescu. Me recibió en la puerta de su apartamento "*mansarde*" con un fuerte abrazo cariñoso, y nuestra conversación se centró primeramente en escuchar las peripecias de mi viaje. Yo había sido uno de los alumnos preferidos del profesor en los primeros años de la Facultad, y él estaba orgulloso de reconocer que mis conocimientos matemáticos avanzados se debían en gran medida a su incomparable metodología para enseñar esta materia. El profesor me confesó que una de sus actividades consistían era ayudar a sus ex alumnos quienes llegaban a su casa para pedirle consejos. Tenía con ellos reuniones bi-semanales en las cuales se hablaba de política, de los estudios y de las oportunidades que otorgaba la

Ley de Educación promulgada por el Ministerio de Educación y Cultura de Francia. Entre los que lo visitaban, se encontraba también mi ex compañero de clases, Andrés Ralea, a quien no había visto más desde la época del liceo Gheorghe Lazar.

El profesor Sergescu me preguntó seriamente qué es lo que pensaba hacer en París. Le contesté que pensaba revalidar los años terminados en Bucarest y cursar el último año que no había podido terminar allí. Tuve que reconocer que no tenía ni la menor idea todavía de cómo se podía resolver este rompecabezas, y que además no había encontrado todavía la manera de ganar el dinero necesario para vivir además de estudiar.

Mientras saboreaba una taza de té humeante, el profesor se quedó pensativo por largo tiempo antes de preguntarme: *"estás suficientemente preparado para revalidar las materias del 4to. año? Crees poder resistir físicamente dando exámenes tras exámenes durante meses, y además hacer trabajos prácticos obligatorios en alguna otra universidad?"* Lo miré a los ojos y le contesté: *"he puesto mi vida en riesgo por el título y por la libertad. Creo poder resistir la presión. El problema es el dinero que necesitare para pagar el alojamiento y la comida"*. El profesor me contestó: *"hay una posibilidad para que puedas resolver parte de este problema. Dentro de un par de semanas la Facultad de Ingeniería abre una serie de exámenes para los que necesitan obtener becas en dinero. El dinero lo proporciona el Ministerio y los alumnos emigrantes son entre los favorecidos por estas becas. Pero habría que inscribirse de inmediato"*.

Acortando el relato, recuerdo que me dirigí inmediatamente a la Facultad, retiré los formularios y me inscribí para una beca. Tuve que aguantar la presión de una semana entera de pruebas, pruebas escritas y orales también. Mucho sudor, nervios y a veces pánico. Al final, me otorgaron una beca de 5.000 francos mensuales, la que a penas me alcanzaba para pagar la mensualidad del hotel y algún día la comida. Con todo, era un buen comienzo. Tratándose del último año de Facultad, me autorizaron a dar los exámenes correspondientes a las materias del 5to año sin necesidad de asistir a las clases, pero era obligatorio hacer los trabajos prácticos en el **"Institut Technique de la Faculté de Sciences de Caen"** en Normandía.

Dicho todo esto en buen romance, debía quedarme en París del jueves a domingo para entregar semanalmente los proyectos y poder presentarme para las pruebas semanales.

De lunes a miércoles de noche debía participar de los talleres y las clases de especialización en Caen, especializándome en "hormigón pre-tensado" y aprendiendo las metodologías más modernas a usar para la reconstrucción de los silos de cereales bombardeados y derruidos en Normandía durante la guerra. Dormía en la Ciudad Universitaria de Caen las noches de los lunes y martes, mientras que de miércoles a domingo estaba en París.

La rutina era la siguiente: salida en la madrugada de lunes hacia Caen en un casi TGV (3 horas). A las 8 entraba en clase. Vuelta a París el miércoles de noche a las 21 horas hacia mi Hotel. Llegaba en la madrugada del jueves. A las 8 debía estar en el salón de la Facultad presentando trabajos o preparándome para las pruebas semanales del día viernes de mañana. Aprovechaba al máximo las horas de tren para estudiar o para descansar un poco. Estudiaba los proyectos durante estos viajes, mientras que en Caen dedicaba mi tiempo en estudiar el efecto devastador provocado sobre el hormigón por el estallido de las bombas. Tuve la suerte de que mi principal profesor en pre-tensado, Jean Valés, hubiera apreciado mucho mi esfuerzo y mi laboriosidad y me hubiera ayudado en todo momento para superar mis momentos difíciles y de mucho stress y cansancio.

En Caen comía siempre en el comedor estudiantil de la Universidad. A veces comía más de lo apropiado, pero era una manera de compensar los días de hambre que pasaba en París cuando no podía trabajar, en época de exámenes y de proyectos. Podía trabajar en cambio las noches del viernes, del sábado y del domingo para poder comer. Claro que los domingos a mediodía almorzaba en la casa de mi tío Isidor, el famoso "roast-beef con puré" característico de los domingos parisinos. Mi tía Blanche me servía invariablemente dos rodajas de roast beef con bastantes papas, y cuando veía mi plato vacío decía: "*assez mangé, il ne faut pas grossir*" comiste bastante, no hay que engordar. Siempre me quedaba con ganas de más.

## PARIS BOHEME

Tenía que buscarle una solución a mis angustias económicas. Me di cuenta que podía ofrecerme –por ejemplo– para trabajar de mozo en alguno de los boliches de la zona bohemia, todas las noches, de jueves a domingo, días que permanecía en París. Cerca del hotel se encontraban los célebres Moulin Rouge y Folies Bergères, y miles de turistas ávidos de vivir la atmósfera creada por los espectáculos eróticos que presentaban, caminaban por las calles hasta altas horas de la madrugada buscando sensaciones fuertes y diferentes, como también chicas hermosas y complacientes. Las inquilinas de mi hotel tenían mucho trabajo de noche. El primer día que las vi descansando, seguramente por falta de clientes, les pedí que me ayudaran y me dieran una mano conectándome con algún local nocturno de los que ellas frecuentaban permanentemente. Visité yo mismo varios de ellos y terminé haciendo un arreglo de trabajo con los encargados de la boîte "*Le chat sauvage*". Era un local muy concurrido por los turistas, los cuales venían para escuchar su muy buena música y bailar. Era la época dorada de los grandes "*diseurs*", los cuales, más que cantar, recitaban sus poemas musicales con voz romántica y sensual. Era la época de los Charles Trenet, de Yves Montand y de la maravillosa y siempre discreta Edith Piaf. El "*ensemble*" de la voz de los "*diseurs*" y el acompañamiento 3 x 4 del acordeón creaba una atmósfera sensual y romántica que contrastaba con los recuerdos tristes de la guerra que todos habían vivido y sufrido hacía tan poco tiempo.

Cuando le dije a Charlot, el encargado del "*Chat sauvage*" que yo conocía y podía cantar las canciones de moda, quiso escucharme de inmediato.

Tenía –en aquellos tiempos– una voz agradable y sensual y mis 25 años de edad me pintaban un romanticismo triste y wertheriano que atraía a los clientes. Me escuchó y me contrató casi de inmediato. Mi obligación era cantar en el horario entre las 12 de la noche y las 2 de la madrugada, más o menos, y la de ellos era pagarme con una buena cena y darme el derecho de bailar con las clientas turistas. Bailaba con ellas, mayormente viudas norteamericanas ansiosas de sentir el calor de mis brazos alrededor de sus cinturas y percibir mi

respiración entrecortada. Generalmente dejaban buenas propinas. Había noches muy buenas y otras... no tanto.

Volví al hotel a eso de las 4 de la madrugada, me duchaba y trataba de dormir unas pocas horas, ya que a las 8 debía presentarme en la Facultad. Los viernes de noche y los sábados podía descansar un poco más por no tener la obligación de ir a la Facultad los sábados y los domingos. En cambio, el domingo de noche salía directamente para la estación para poder agarrar el TGV que me llevaba a Caen. Mi ritmo de vida era realmente agotador, pero yo lo gozaba mucho, después de todos los malos ratos que había vivido para poder llegar a París.

La peor época era la de los exámenes de fin de curso, durante la cual tenía que estudiar mucho y ya no podía darme el lujo de salir todas las noches a trabajar. La falta de la entrada de este dinero me ha dejado más de una vez sin comer. Les estoy muy agradecido a las chicas del hotel quienes me han cuidado siempre, lavaban mi ropa sin que se lo pidiera jamás, y —cuando sabían que no podía salir para trabajar— me dejaban sendas "*baguettes*" rellenas de queso o de salami, con las que podía moderar mi hambre. Jamás me dijeron cuál de ellas me había dejado la comida y/o quién me había lavado mi ropa interior. Nunca me olvidaré con qué cariño y respeto me han tratado y cómo se han ofrecido siempre para tenderme una mano cuando la necesitaba. Estoy seguro que sin la ayuda de estas sacrificadas mujeres no hubiese podido terminar mis estudios en tiempo y tampoco recibir el diploma de ingeniero civil durante aquel año. Yo trataba también de ayudarlas cada vez que ellas me necesitaban: un buen consejo, buscar soluciones para los diversos problemas que las acechaban, poner un toque de cordura en sus peleas.

A pesar del aparente desorden de mi vida, me sentía feliz y agradecido. Las noches pasadas en el boliche, me inyectaban la adrenalina necesaria para capear las exigencias de los estudios. Además era una vida alegre y muchas veces soñada. Podría contar muchas anécdotas sobre mi vida de estudiante en París, pero me limitaré a mencionar solo dos de ellas:



## Memorias de un emigrante

Estaba una noche cantando –a eso de la 1 de la madrugada– una preciosa canción de Charles Trenet (la prensa lo llamaba "le fou chantant") que a mí me encantaba: *"la mer"*. Lo hacía con voz baja, casi un murmullo, y ponía en la entonación de mi voz todo el romanticismo y añoranza que la canción exigía. Era una interpretación muy personal, ya que no copiaba la versión original del compositor. Cuando terminé la canción hubo muchos aplausos y otros que clamaban en cambio por la interpretación clásica de Charles Trenet. Entonces se oyó una voz del público diciendo: *"felicitaciones pibe, lo hiciste mejor que "le fou". No sabrás otra?* Miré el salón para ubicar la voz y lo vi a Yves Montand sentado en una mesa acompañado por su esposa, Simone Signoret y unos cuantos amigos. *"Sé muchas más, le contesté de inmediato, incluso muchas tuyas"* y antes de dejarlo reaccionar comencé a cantar *"les feuilles mortes"* uno de los caballitos de batalla de Yves. Todos quedaron expectantes para ver la reacción de Yves, pero cuando él se levantó para aplaudirme, escuché un verdadero vendaval de aplausos mientras iba a sentarme a su mesa, invitado por él y por su señora a tomar un "pernot". ¡¡¡Que satisfacción!!!

Recuerdo una anécdota que me había dejado muy preocupado por largo tiempo: una noche, estaba por terminar mi actuación a las 2 de la mañana cantando una canción de Yves Montand, *"une bicyclette"* canción que me obligaba hacer mucho movimiento y expresión, cuando entró en la *"boite"* un grupo de 10-12 turistas americanos bulliciosos quienes pedían más canciones a pesar de la hora tardía.

El encargado, Charlot, me hizo seña para continuar un poco más con la actuación y entonces decidí terminar la noche con una preciosa canción de Edith Piaf: *"non, je ne regrette rien"*. Cantaba controlando mi actuación debido a la profunda melancolía que se desprendía del texto de la canción, cuando... horror, vi que entre los turistas se encontraba mi tía Charlotte de New-York, quien obviamente estaba de paseo por París. Ya la veía a mi tía escribiéndole a mamá: *"que tragedia querida Kitty, lo vi a tu hijo cantando en un boliche del barrio rojo de Paris"*.

Ya no podía esconderme, y lo único que atiné hacer fue ir a su mesa, darle un beso a mi tía y escabullirme del local. ¡Qué susto, Dios mío!

A veces, cuando tenía algún viernes por la tarde libre, trataba de visitar al Profesor Sergescu durante sus reuniones semanales. Allí me encontraba con otros exiliados rumanos quienes iban para contar sus problemas y buscar –de paso– un buen consejo. Todos ellos consideraban que mi ritmo de vida era una verdadera locura, y me aconsejaban tomar las cosas con mas calma y que espaciara mi carrera –si fuera necesario– a dos o a tres años. Estas discusiones no me hacían ningún bien, y más de una vez me fui de la reunión muy molesto y decidido a no volver allí nunca más.

## DENISE

Era Pascua y me sentía muy solo. El trabajo me permitía sentirme ocupado y útil, pero la presencia de un verdadero amigo se me hacía cada día más imprescindible. Sabía que no se pueden tener amigos cuando uno se pasa el día entero corriendo de un lado para el otro, estudiando o trabajando. Tenía en cambio muchísimos conocidos entre mis compañeros de la Facultad, los del Instituto de Caen, los del hotel y los de la *boite*. Todos ellos me cuidaban y me apreciaban por mi obsesión de cumplir con las metas propuestas, pero me faltaba aquel verdadero amigo de los momentos de soledad. La conocí a Denise una noche lluviosa. Volvía del centro adonde había visitado a unos rumanos, refugiados en París desde hacía unos años, y que me habían invitado a tomar el té y conversar. Estaba muy fastidiado y preocupado, ya que aquella tarde había estado al "Westminster Bank" en la place Vendôme para cambiar las 500 libras esterlinas que mi padre me había entregado y me dieron la triste noticia de que estaban falsificados.

No solamente me los retiraron, sino que me quedé sin ninguna reserva financiera a la vista. Los amigos rumanos me dieron "sus sinceros pésames", pero no me ayudaron con ninguna idea de cómo podía conseguir algún préstamo corto como para tener el tiempo necesario para equilibrar un poco mis finanzas. Triste, me metí de tarde en el Odeon para escuchar a Charles Aznavour, y después de los últimos aplausos salí a caminar, preocupado, hacia mi hotel bajo una lluvia pertinaz. Llegando próximo a la "gare centrale",

## Memorias de un emigrante

encontré a Denise sentada sobre un escalón de la entrada del metro. Como había pasado la medianoche, el portón se encontraba cerrado. La lluvia caía sobre su cuerpo encorvado, y estaba llorando.

Tenía unos 16 o 17 años, era menudita, y lo primero que se me ocurrió era que debido a la hora tardía había perdido el último metro y que no podía llegar ahora a su casa. Como tenía mi noche libre, me acerqué a ella y me ofrecí llevarla –mientras– al hotel para que descansara. La siguiente mañana podría tomarse el metro para su casa sin mayores problemas. Me contestó que sí, y sin dejar de llorar me siguió, caminando bajo la lluvia hasta el hotel. Cuando le pedí al discreto portero que le alquilara a Denise un cuarto para la noche, la contestación fue que no lo podía hacer, ya que estaba prohibido por ley alquilar cuartos a las menores. Le ofrecí entonces a Denise mi cuarto para pasar la noche y ella aceptó encantada. Se dio una ducha caliente, se sacó la ropa para dejarla secar y se acostó en mi cama. Me senté a su lado, pero sin tocarla por ser ella menor. Conversamos. Me dijo que tenía 16 años cumplidos, y que se encontraba en París con sus padres rumanos, esperando el visado para emigrar a Argentina. Ella no había querido irse para Argentina, como tampoco había querido irse de Rumania, pero había seguido a sus padres por pura obligación. Se había escapado de su casa después de haberse peleado con sus padres y –como no tenía dónde vivir– dormía en la calle. Yo la escuchaba sin decir palabra para dejarla descargar todas sus emociones conmigo. Me enteré que en Rumania había pertenecido a la juventud comunista, que había trabajado para el partido en "Scantaia", el diario del Partido Comunista, y que se sentía como si fuera una traidora por haberse fugado del país. Estaba indoctrinada y tenía el lavado de cerebro tan completo, que era muy difícil tratar de modificárselo.

Cuando interrumpí, después de mucho tiempo, el torrente de explicaciones que me daba por sugerirle que durmiera un poco, me contestó casi de inmediato en rumano: "*sunt de acord, dar numai daca te culci cu mine*", es decir: "*de acuerdo, pero solamente si dormís conmigo*" Cuando le dije que no lo podía hacer porque era menor, se rió de mí: "*el partido me ha pedido siempre que me acostara con las personas*

*que yo creyera conveniente hacerlo, y ya me he acostado con muchos de los camaradas desde que tenía 12 años de edad".* No lo podía creer. Qué diferencia había entre la teoría social expuesta por Marx y la que los partidos comunistas modernos practicaban. Yo también había creído en la verdad socialista, pero había visto, en carne propia, de qué manera la usaban las clases dirigentes para su propio provecho. Hubiese dado mi vida por vivir en un mundo utópico –el soñado por J.J. Rousseau– mundo por el cual habían entregado sus vidas tantas y tantas decenas de miles de personas durante la idealización de la Revolución Francesa, y no podía aceptar de ninguna manera el uso que se les daba hoy día a estos sagrados ideales, transformados en verdadero "opio" para uso exclusivo del pueblo.

Denise y yo fuimos amantes hasta el final. Nuestros encuentros fueron siempre apasionados, y llegué a convencerla después de un tiempo que debía volver con sus padres para posteriormente emigrar junto a ellos hacia Argentina. Antes de partir, su padre vino a darme un fuerte abrazo y agradecerme por el cambio que se había producido en su hija. Pero todo había cambiado. Ella llegó a jurarme amor eterno, y me dijo antes de su partida para Argentina que nunca iba a amar a otra persona tanto como me había amado a mí. Pero cuando llegué al Uruguay me enteré que Denise se había acostado con un amigo mío a pocos días de nuestra separación.

Cuánta decepción. Cuánto dolor.

1949

DULCE FINAL

El invierno de 1949 estaba haciendo estragos en París. A pesar de que no había nevado en los últimos años, en ese mes de febrero del 49 las calles estaban cubiertas de una gruesa alfombra blanca, suave y muy resbaladiza de nieve. La temperatura había bajado varios grados bajo cero, cosa desacostumbrada para los habitantes de París. Pero yo estaba feliz. Acababa de graduarme de ingeniero civil, y la "*Société des Ingénieurs Civils de France*" me acababa de recibir oficialmente entre sus seleccionados "*sociétaires*". Había recibido por fin, después de muchos meses de dedicación académica, muchas horas de estudio bajo permanentes angustias financieras, uno de mis objetivos más anhelados: recibirme de ingeniero y recibir el diploma de la Universidad confirmando que Henri Coman había sido recibido de "Ingénieur de Genie Civil de France".

El ex rector y profesor de la "*Scuala Politehnica*" de Bucarest, el Profesor Sergescu, estaba radiante. Yo había sido uno de sus discípulos favoritos y él fue quien me había animado y aconsejado para poder llegar a terminar los estudios en París. Reconocía que no había creído que lo iba a lograr. Yo sentía

la satisfacción de haber cumplido conmigo, con mis proyectos y con mis padres, aunque fuera tan lejos de la patria y de mi hogar.

Lo primero que hice fue hacerme "tarjetas de presentación" personales, en las cuales, debajo de mi nombre y apellido decía: "*Ingénieur Civil*".

Les mandé a mis padres de inmediato varias de estas tarjetas.

Comencé a usar mis conocimientos recién adquiridos trabajando en el plan de reconstrucción de una Normandía devastada por la guerra. Como me había especializado en el cálculo del hormigón armado y pre-tensado, me dieron de inmediato trabajo para el cálculo y la reconstrucción de muchos de los silos de granos pulverizados por el efecto de las bombas, durante la guerra. Pero nubes espesas cubrían ya de vuelta el horizonte político del mundo y la guerra fría estaba al acecho. Daba la impresión de que una tercera guerra mundial era inevitable y solo esperábamos el momento fatal de su comienzo. Pero yo no quería vivir otra guerra, ya había vivido las atrocidades de la última que se había terminado hacía tan poco tiempo... Quería tener por fin tranquilidad, posibilidades para desarrollar mis conocimientos y encontrar un lugar tranquilo para vivir. Pero dónde? Europa toda estaba en el mismo centro de la tormenta.

Mi tía Charlotte y mi tío M.U.P. habían llegado a París en uno de sus habituales viajes anuales de negocios desde New-York adonde se habían establecido desde los comienzos de la guerra. Cuando se enteraron que me había recibido de ingeniero, se ofrecieron para preparar una "*soirée*" en su suite del Hotel Commodore. Invitaron unos 50 amigos íntimos entre los rumanos que se encontraban refugiados en Francia y en España desde la guerra, y unos cuantos turistas americanos amigos de ellos. Entre los presentes se encontraba una familia rumana muy amiga, los Legrain, refugiados en España, adonde vivían permanentemente. Ellos recién volvían de un largo viaje alrededor del mundo. Entre las muchas cosas que contaban sobre este viaje maravilloso, fue que el país que más los había impactado por su tranquilidad, libertad interna y sus posibilidades de desarrollo futuro era el Uruguay, en Sur América. Quedé impactado, y después de buscar en un mapa la ubicación exacta del Uruguay,

fui a la Embajada Uruguaya en París, ubicada cerca de la Place Etoile, –la Avenue Foche– y le pregunte al señor Embajador cómo podía hacer para emigrar al Uruguay. Le comenté que era Ingeniero Civil recién recibido, que tenía como único documento un "Laissez passer" del gobierno francés y que tenía como capital unos 20 dólares americanos. Por cierto no tenía el importe para pagar los pasajes del barco. El señor Embajador, el Sr. Saenz me comunicó que lamentablemente el Uruguay no recibía en aquel momento inmigrantes, y que por lo tanto no me podía dar el visado para viajar al Uruguay. "*¿Por qué no prueba con Brasil o con Argentina?*" me aconsejo el señor Embajador.

Al otro día –visitando de vuelta a mi tía Charlotte al hotel– les comuniqué la poca suerte que había tenido con el visado. Mi tío, M.U.P. me contestó que no me preocupara, que iba a acudir personalmente a la Embajada del Uruguay (mi tío tenía en aquel momento una representación directa de la "White House" en Washington) y que a él no le podrían rechazar un pedido de visado para su sobrino. Y así fue ¡!!! En menos de 45 días recibí un "*pneumatique*" de la Embajada Uruguaya para presentarme y –por fin– estamparme, en mi pobre "Laissez passer", el muy codiciado visado.

Me tomó un par de meses para dejar en manos de otros ingenieros mis trabajos en Caen, Normandía, y buscar los 500 dólares que me pedían para el pasaje en barco. Este dinero me lo proporcionó IRO (Internacional Refugee Organization), con la promesa de devolvérselos apenas pudiera hacerlo. (Me ha tomado casi dos años juntar y poder devolver este dinero).

Me embarqué para el Nuevo Mundo en el barco Kerguelen de la Compañía "Chargeurs Reunis" y hemos navegado durante 26 días antes de tocar el puerto de Montevideo. Como mi pasaje era para la tercera clase, viajé en el mismo "dormitorio" con otros 500 emigrantes españoles e italianos, los que prácticamente no pensaron siquiera bañarse durante todo este largo viaje. No he muerto asfixiado únicamente por haber elegido mi cama al lado de un "ojo de buey" al cual mantenía abierto permanentemente, pudiendo respirar de esta manera el aire fresco del mar. Pasé 26 días sin poder salir a la cubierta, ya que la misma estaba reservada para la primera y la segunda clase. Con todo,

## Enrique Coman

estaba lleno de ilusiones y fantasías sobre mi futura vida plena de aventuras en el Uruguay. Iba a conquistar América y estaba seguro poder hacerlo. Tenía juventud, voluntad, la experiencia de una guerra, y un título de ingeniero francés en el bolsillo. Además del título, llevaba una carta de presentación escrita por mi Rector de la Universidad de Caen, Jean Valés, para el profesor Clemente Estable, viejos compañeros de estudios en París y grandes amigos. Unas monjas emigrantes me enseñaron mis primeras y únicas palabras en español: "vamos al puerto" (por si me extraviaba en Santos) y "te quiero" (por si había alguna oportunidad). Y con este bagaje de conocimientos llegué a Montevideo, un sábado de mañana de un día lluvioso, seguro de haber encontrado por fin el país que tanto necesitaba y las oportunidades mínimas para poder conquistar este nuevo mundo que se me ofrecía.



1949 – 1951

LLEGAR

Recuerdo que la vista de Montevideo desde el barco fue para mí una verdadera frustración. Después de haber conocido el puerto rumano de Constanza en el Mar Negro, como también varios puertos holandeses, ingleses y franceses, el puerto de Montevideo me pareció un verdadero esbozo de un ante-puerto europeo. Por esta razón, y con el entusiasmo del novel emigrante, pensé con satisfacción que obviamente había mucho que proyectar y construir en este Uruguay de mi futuro, y que yo llegaba justo en el mejor momento para comenzar a hacerlo.

Llegué a ver en el muelle, desde la cubierta, y entre la gente agolpada, agitando un pañuelo color verde esperanza, a mi ex compañero de infancia y del liceo Gheorghe Lazar, Miguel Marcovici, al cual le había podido avisar telefónicamente la fecha de mi llegada. El, y la familia Benarroyo, grandes amigos de mi ya lejana infancia y adolescencia, eran los únicos conocidos rumanos que sabía que estaban viviendo en Montevideo.

Abrazos, lágrimas, momentos inolvidables. Después de rescatar mi única valija –magro capital que había podido llevar conmigo al Uruguay– fuimos

parloteando abrazados, Miguel y yo, a la oficina de inmigraciones para hacer las formalidades de entrada al país. Mi visado era –gracias a Dios– original (circulaban visados falsificados), pero a pesar de esto la empleada me espetó en un español que no llegué a entender y que solamente debido a la intervención traductora de Miguel pude interpretar:

- *"Que cosa es esto: Henri C. ¿?"*
- *"El pronombre de mi amigo es "Henri" y su apellido es "C."* explicó Miguel traduciendo mis explicaciones dadas en francés.
- *"Que es esto de "Henri" insistió la empleada??"*
- *"Es lo que en español llaman "Enrique"* volvió a explicar Miguel.
- *"Entonces usted es Enrique C. en este país,"* contestó encantada la empleada de la aduana, y con esta decisión administrativa quedé re-bautizado en el Uruguay por toda mi vida.

Todos mis documentos oficiales, cédula de Identidad, libreta para manejar y pasaporte fueron, desde aquel momento en adelante, emitidos con mi nuevo pronombre, Enrique. En mi foro interior pensé resignado que de esta misma manera debía haberse sentido Jesús Christo cuando Juan Bautista volvió a bautizarlo a él –hijo de Dios– en las aguas de Jordano. Me sentía ya una persona nueva, estaba en un país nuevo, tenía un nombre nuevo, tenía todo un futuro nuevo por delante. De ahora en más, todo dependería evidentemente de mis conocimientos y de mi talento. De la suerte también? Claro que sí. Pero pensando que la suerte me había regalado esta vida y tantas oportunidades durante y después de la guerra, porque no iba esta misma suerte a seguir ayudándome en esta nueva etapa? Terminé viviendo como "pensionista" en la casa de los Benarroyo. Gente encantadora, emigrantes madrugadores, me alquilaron un cuarto para mi solo en su apartamento alquilado de la calle Médanos. Cuarto y comida por 100 pesos por mes, unos 50 dólares. La señora era una señora dama, excelente ama de casa y cocinera, especialista en platos orientales y rumanos, los que me recordaban los años felices vividos en nuestra casa de Bucarest con mi madre orquestando nuestra casa y la cocina.

## Memorias de un emigrante

Fui a visitar al Profesor Clemente Estable presentando la recomendación que llevaba desde París para él. Hombre encantador, nos pasábamos horas conversando en el francés que él adoraba, recordando Clemente anécdotas de la época de su estancia en París, y contándole yo –en cambio– los amargos momentos de la guerra. Gracias a su recomendación pude comenzar a trabajar como calculista de hormigón armado para el Prof. Ing. Walter Hill, y ser calculista de hormigón armado en el estudio formado por cuatro genios del momento: Lionel Viera, Eladio Dieste, Mondino y Miller. Estos últimos me pagaban 2.50 pesos/hora, y yo les calculaba hoteles, puentes y viviendas. En el mes de septiembre del 49 comencé a dar clases de estática en la Facultad de Ingeniería. No pudiendo dar las clases en español las daba en francés. Muchos de los ingenieros salidos de la facultad recordaron años después mis clases de estática, y el hecho de que conmigo pudieron estudiar no solo las leyes de la estática, sino también perfeccionar su francés. Trabajaba desde la temprana mañana y dejaba de hacerlo a eso de las 19 horas cuando me iba a leer los diarios franceses recién llegados por barco en el café de Sorocabana, en el Palacio Salvo de la Plaza Independencia. Allí podía sentarme en una mesa, leer gratuitamente durante horas los diarios, tomar un café por 0.25 pesos, o un vermouth acompañado por papas, queso, jamón y aceitunas por 0.30 pesos. Allí actuaba Roberto Barry en un escenario improvisado tocando su guitarra o haciendo cuentos "verdes" para los parroquianos del local quienes solían disfrutar de sus ocurrencias. Yo era uno de ellos, ya que con los cuentos de Roberto Barry pude comenzar a familiarizarme con el español y tratar de intercambiar frases con los clientes del local, ya que la costumbre en Sorocabana era compartir los lugares libres de las mesas. Un domingo de mañana estaba –como siempre– sentado cómodamente a mi mesa leyendo los diarios franceses recién llegados por barco y tomando un tentador café brasileño, cuando un cliente me pidió permiso para sentarse a mi mesa. Por cierto que lo invité a que lo hiciera. Era un hombre elegante, de mediana edad, muy bien vestido y que mostraba mucha educación. Hablaba un francés muy correcto, así que pudimos conversar casi de inmediato. Me preguntó de dónde venía,

## Enrique Coman

qué pensaba hacer en el Uruguay, y se puso a mi disposición: *"Mi oficina está aquí, a media cuadra, en la Casa del Gobierno. Venga a verme cuando quiera y seguiremos conversando. Pregunte por mí: yo soy Luis Batlle Berres, y soy el actual Presidente de la República Oriental del Uruguay"* Se levantó, me saludó amablemente y se fue caminando lentamente hasta su oficina.

Quedé impresionado y admirado. Estaba acostumbrado a ver a los altos mandatarios circular con sus guarda-espaldas y viajar en coches blindados. Había llegado evidentemente al paraíso. No debía haber mejor país, y tampoco lugar más propicio para progresar.

# 1959 – 1962

## LOS PADRES

### **LAS INTENTONAS**

Diez años habían pasado desde que me había radicado en este maravilloso y perdido rincón del paraíso. Estaba por acabar el año 1959 y me sentía feliz trabajando con alegría en mi nueva patria de adopción. Además de seguir con mis trabajos rutinarios de ingeniería, como por ejemplo el cálculo de las estructuras de hormigón armado de muchos importantes edificios realizados tanto para el taller del magistral Ing. Walter Hill como para el estudio del increíble genio uruguayo, Lionel Viera, yo seguía dando mis clases de estática en la Facultad de Ingeniería. También habíamos creado y puesto en funcionamiento junto al Ing. Walter Hill el Instituto Nuclear MC2 situ en la calle 8 de Octubre, siendo yo el representante legal de la pila atómica inglesa de Amersham. Hacíamos los estudios necesarios de laboratorio y le dábamos un uso práctico medicinal a los radio-isótopos para la detección de los tumores malignos. Traía los isótopos radioactivos desde el aeropuerto de Carrasco en sus contenedores de plomo ubicados en las alas de los aviones de la línea aérea inglesa BOAC, contenedores enviados directamente para el MC2 desde

la pila atómica inglesa de Amersham. Yo iba al Hospital Maciel muy temprano en las mañanas con las dosis ya fraccionadas para ser aplicadas. Entre los médicos uruguayos que aprendieron junto a nosotros el uso práctico de los radio isótopos y que mandaban a sus pacientes al MC2 se encontraban los doctores J.Cervinio, Varela Fuentes, Obes Polleri, J. Traibel, Morató, Herrera Ramos, Isola , Kasdorf y muchos más.

Tenía además abierto todos los días de la semana mi kiosco en el café "La Bandejita" ubicado en la esquina de las calles 18 de Julio y Convención, cuyo turno nocturno cubría con mi trabajo hasta las 2 de la madrugada.. Hubiese querido hacer mucho más ya que tenía mucha necesidad de juntar dinero si quería rescatar a mis padres del régimen comunista imperante en Rumania. No había visto a mis padres desde el año 1947, año en el cual me había escapado de Rumania hacia Francia para estudiar. Me había enterado de que mi madre se encontraba muy enferma, muy venida a menos debido a los malos momentos que estaban pasando y por la prolongada separación. Me había propuesto traerlos para el Uruguay costara lo que costara, marcando mi deseo como una prioridad absoluta de mi vida. Me habían dicho que se podían comprar los permisos de salida de Rumania, y que el gobierno rumano había fijado un precio de US 5.000 por cabeza. Cantidad impensable para mí, ya que mis entradas no me permitían juntar una cantidad tan importante de dinero en un plazo corto. Además Rumania no tenía representación oficial en el Uruguay en aquellos tiempos, mientras que la Embajada de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas era la que se hacía cargo de los asuntos de sus satélites.

Pedí una audiencia en dicha Embajada en Bvar. España, a pesar de que todos mis nuevos amigos uruguayos me aconsejaban no entrar en aquel edificio por miedo a que no me dejaran salir, ya que la Embajada era territorio soviético y yo seguía siendo ciudadano rumano todavía. Después de más de un mes de pedir audiencia al Embajador, una llamada telefónica me hizo saber que el señor Embajador, el Coronel Alexei Jamiroff, me esperaba el viernes de tarde a las 14.30. Fui a la cita con el corazón en la boca por el miedo, pero pude

## Memorias de un emigrante

hacerme escuchar por él, y expresarle mi deseo de tener a mis viejos padres a mi lado, trayéndolos al Uruguay. El Embajador me comunicó que mi pedido excedía sus potestades, pero que se iba a poner en contacto con su gobierno, y también con las autoridades rumanas. El no creía en la obligatoriedad de pagar los US 10.000, (por los dos) dato que a él le parecía una burda mentira. Tomó nota, una vez más de mi número telefónico y me dijo que me iba a llamar. Salí a la calle con el sentimiento de haber escapado de la boca de un león, pero con la conciencia tranquila por haber hecho lo posible por nuestro reencuentro.

Unos dos meses más tarde recibí una llamada de la Embajada. Tenía que presentarme allí de vuelta, y me dieron la fecha y la hora para hacerlo.

Después de esperar más de media hora para ser recibido, me hicieron entrar a la oficina de un secretario de la Embajada. Este me comunicó que el señor Embajador se había tenido que ausentar a Buenos Aires. Tenía noticias: "el gobierno rumano estaba dispuesto de darles a mis padres los permisos necesarios para sus salidas del país, pero los gastos administrativos y consulares por el papeleo que había que iniciar de inmediato costaban unos US 5.000 dólares, dinero que debía depositar ya."

Yo había juntado ya con mucha dificultad unos US 5.200 dólares haciendo economías forzadas durante más de tres años, así que fui a depositar los US 5.000 dólares al otro día. Me iban a confirmar la fecha de la partida de mis padres telefónicamente. Mi entusiasmo era indescriptible. Alquilé de inmediato un apartamento para mis padres en el mismo edificio de la Calle Convención en el que estaba viviendo y comencé a amueblarlo de a poco. Pasaban los días, un mes, dos meses, pero la llamada telefónica no llegaba. Pedí de vuelta audiencia a la Embajada, pero me contestaban que no había fecha libre para audiencias. Cuando por fin pude ser recibido, acompañado por un abogado uruguayo amigo, (por las dudas) el nóvel secretario de la Embajada me comunicó que tanto el Embajador como el secretario habían sido trasladados, y que además no había constancia alguna de los US 5.000 dólares depositados, o de algún trámite en curso a favor de mis padres. Prácticamente nos dijeron

que yo debía haber "soñado" con el arreglo, y que ellos nada tenían que ver con la República Popular Rumana, país soberano con cuyos asuntos ellos no podían ni querían tener nada que ver.

En resumen: me habían robado el dinero y además se dieron el gusto de burlarse de mí.

Este episodio afectó mucho mi estado de ánimo. Había perdido un tiempo precioso, también todos mis ahorros, y había fracasado miserablemente en traer a mis queridos padres conmigo. Me sentía impotente. Ya no sabía cómo encarar este tema.

Una noche, a eso de las 2 de la madrugada, estaba terminando mi turno nocturno en mi kiosco de La Bandejita. Un amigo, inspector de la aduana de Montevideo, Cayetano Rummy, estaba conversando conmigo con respecto a las injusticias y la prepotencia cuando me sugirió: *"tú tienes que resolver este tema políticamente y llegar a conocer alguna familia uruguaya bien relacionada quien te podría contactar con algún político uruguayo de primera línea"*.

*"Es que yo no conozco a nadie tan relacionado"* le contesté.

Nos estaba escuchando otro conocido del "boliche" quien estaba presente durante nuestra charla. Me dijo: *"yo si conozco la gente que te puede encaminar. Quieres que te los presente?"*

*"Por cierto"* contesté de inmediato, pero sin hacerme ilusiones al respecto.

Unos días después, mi conocido me avisó que los miembros de la familia Rospide me esperaban para aquella misma noche en su lujoso apartamento del 6to. piso de la calle Agraciada y Uruguay con el propósito de escuchar mi calvario y ver si se podía hacer algo al respecto.

Me acicalé lo mejor que pude, muy nervioso por llegar a conocer por fin gente de la alta sociedad uruguaya y con posibles vínculos impensables para mí. A las 18 horas me presenté frente a este jurado que podía —pensé yo— llegar a condenarme o darle un sentido nuevo a mi vida. El grupo familiar estaba formado por Doña Coca, la matrona y jefa de la familia, increíble dama sacada de alguna de las novelas de Víctor Hugo. Vestía ropa y encajes negros, estaba sentada en su trono del "living", y manejaba desde allí la ceremonia



## Memorias de un emigrante

de las presentaciones. Beatriz –su hija–, encantadora mujer, siempre alegre y deseosa de hacer gala del pobre francés que había aprendido con bastante dificultad en las Dominicas. El esposo de Beatriz, Gastón, parecía ser el príncipe consorte, y pintaba una sonrisa permanente durante el tiempo que se quedó escuchando silenciosamente mi relato. El pertenecía a la conocida familia Otegui, gente muy apreciada y respetada en el ámbito comercial y bancario. La hija del matrimonio, Beatricita, preciosa jovencita de no más de 11 años de edad, ojos preciosos y penetrantes, se mantenía junto a su madre y a Maruja, personaje considerado por todos ellos como una verdadera madre postiza de Beatricita, ya que fue su permanente acompañante y amiga durante toda su vida. La impresión que me dejaba el conjunto familiar era que la señorial Doña Coca era el cerebro de la tribu, Beatriz y Beatricita la alegría de la casa, mientras que Maruja M. era el corazón del conjunto, el que bombeaba permanentemente el bienestar, la confianza y la unión entre los miembros de la familia.

Durante más de una hora y media estuve contándoles mi historia, mi fuga de la Rumania comunista, mis extravagancias en París, la guerra, el campo de concentración y la necesidad entrañable que sentía de reunirme con mis padres. Les conté la mala experiencia que había tenido con la Embajada Soviética y de la necesidad imperiosa que tenía de reunirme con mis padres mientras todavía podíamos disfrutarnos los unos de los otros.

Ellos, gente muy sensible y cariñosa prometieron buscar algún medio para que este reencuentro pudiera realizarse. Me invitaron a tomar el té, y me fui con la esperanza de que por fin había encontrado la gente que podía tener los vínculos necesarios y me podían ayudar trasformando en realidad mi anhelo. La señorita Maruja, me informó gentilmente que ella misma se iba a preocupar para mantenerme informado de las decisiones que se tomaran de ahora en más, y tomó nota de mis números telefónicos.

Unas dos semanas después de este encuentro, recibí un aviso telefónico de parte de Maruja, pidiéndome que volviera a visitarlos el viernes siguiente a las 19 horas, ya que un íntimo e influyente amigo iba a visitarlos aquel día y deseaba

escuchar mi relato. No me hice esperar, estuve en la calle Agraciada y Uruguay a la hora indicada. Esperanzado pero muy nervioso.

Estaban esperándome en el apartamento ya familiar ubicado en el 6 to. piso todos los miembros de la familia menos Gastón, quien no había vuelto todavía de la oficina, y un señor desconocido de unos 50 años, elegante y señorial. Me lo presentaron como el señor Felipe Iriart, de la Cancillería, y muy amigo de los Rospide. Tuve que volver a contar mi historia desde sus principios, mientras el Sr. Felipe Iriart tomaba notas cada tanto o me preguntaba cuando tenía alguna duda. La dueña de la casa nos sirvió un copetín digno de los reyes, y expresó su particular interés en que mis padres pudieran viajar hacia el Uruguay lo antes posible. Felipe Iriart pidió unos días para poder estudiar con cuidado el tema y prometió avisarnos apenas tuviera alguna solución viable a la vista.

Pasaron casi 30 días sin tener noticias.. Una noche, la señorita Maruja vino a verme al kiosco, muy agitada, para pedirme que escribiera en un papel los nombres y apellidos exactos de mis padres, la calle, número, ciudad, etc. y también mi propio nombre completo. Ella no conocía a ciencia cierta la razón de este pedido, pero alguien de la Cancillería había exigido telefónicamente y con apuro estos datos.

Durante estos últimos meses yo me había amigado muchísimo con la señorita Maruja, la cual no solamente se mostraba siempre servicial conmigo sino que me permitía –de vez en cuando– invitarla a un cine o a cenar en algún restaurante del centro.

Unos días después la misma señorita Maruja me comunicó que el señor Felipe Iriart había viajado a New York, y que se había llevado con él mis datos y los de mis padres.

## **LA JUGADA DE POCKER**

En el mes de abril de 1961 hubo un importante encuentro de todos los Presidentes del mundo libre en New York, en el edificio de las "Naciones Unidas". Había que asegurar la paz mundial y ponerle fin de una vez a la

## Memorias de un emigrante

guerra fría. Estaban allí presentes -entre muchísimos otros Presidentes- Nikita Jruschov en representación de la Unión Soviética, Gheorghe Gheorghiu Dej por la República Socialista de Rumania, y Víctor Haedo, Presidente del Uruguay por el sistema Colegiado.

Esta reunión de interés mundial fue también la que –gracias a la habilidad de Víctor Haedo– hizo posible la salida de Rumania de mis padres. ¿Cómo?

Según nos lo ha contado más tarde Felipe Iriart, cuando Víctor Haedo los vio charlando juntos a Nikita Jruschov y a Gheorgiu Dej y a sus respectivos traductores, pidió serles presentado. Cuando le comentaron que Gheorghiu Dej era el Presidente de la República Popular de Rumania parece que dijo: *"entonces es por su causa que mi mejor colaborador no quiere trabajar y está siempre triste y de mal humor?"*

Una vez que su traductor habo hecho la respectiva traducción en el idioma rumano de los dichos de Víctor Haedo, Gheorghe Gheorghiu Dej pidió de inmediato explicaciones. Le contestó Víctor Haedo: *"hace meses que mi colaborador quiere traer para el Uruguay a sus padres, siendo hijo único, pero las autoridades rumanas le están negando la salida de Rumania. No entiendo cómo es posible que se niegue la salida del país a un ciudadano para poder estar junto a su hijo. Lo que me preocupa es que mi secretario ya no trabaja suficientemente bien debido a este tema"*. Nikita Jruschov, atento a la conversación, le pidió entonces a su traductor que le tradujera de qué cosa se trataba y en que consistía el problema. Después de enterarse, tuvo una breve conversación en el idioma ruso con Gheorghiu Dej. Este último se dio vuelta hacia Víctor Haedo y le pidió –a través de su traductor– que le indicara cuál era el apellido de los rumanos. Entonces Haedo sacó de su bolsillo el papel con los datos de mis padres y míos y se lo entregó de inmediato. Informó Felipe Iriart: *"queda ahora en manos de Gheorghiu Dej la decisión final y Dios quiera que la estrategia de Haedo haya dado buen resultado. Ahora hay que esperar"*.

Y esperé, esperé, esperé...!!!!

Unos 10 días más tarde recibí un llamado telefónico de parte de un cierto señor Bastarrica. Me dijo ser en aquel momento el representante del Uruguay en Rumania y que había visto y hablado recientemente con mi padre. Según el,

cuando Gheorghe Gheorghiu Dej había vuelto de New-York para Rumania —adonde se había quedado solamente por 3 días antes de ser llamado con urgencia para Moscú—, había dejado la orden estricta a las autoridades del Ministerio del Interior que la familia Coman saliera del país en un lapso no mayor de los 30 días. Esta decisión se la comunicaron oficialmente a mi padre. Como la orden de salida obligaba a mi padre a vender o dejar abandonadas en el país todas sus pertenencias durante este corto plazo de 30 días, éste le había pedido a Bastarrica que lo ayudara con la liquidación de nuestras pertenencias, y que mandara posteriormente lo producido por las ventas a Montevideo, a mi nombre. Nuestra casa pasaba a ser propiedad del Estado de inmediato, y se iba a confeccionar la documentación correspondiente de esta cesión.

El representante del Uruguay se puso enteramente a disposición de mi padre para vigilar tal liquidación. Me pidió telefónicamente que les mandara a la brevedad a mis padres los pasajes aéreos para que pudieran viajar lo antes posible. La emoción me embargaba. Compré de inmediato los pasajes y se los mandé. A los pocos días me llamó por teléfono mi padre para decirme que el estado de la salud de mi madre era deplorable debido al estado de sus nervios, y que no se animaba a volar. Me pedía que les mandara pasajes por barco.

"Claro que sí" contesté de inmediato, y fui a cambiar los pasajes de Al Italia por pasajes en el barco turístico **Cabo San Roque**, ya que éste iba a partir dentro de unos 10 días del puerto de Génova. Además mandé dos pasajes por avión para que pudieran llegar lo antes posible a Génova. Estos pasajes se podían cambiar por ferrocarril si mi madre no aceptaba volar. Mientras tanto, yo estaba arreglando el apartamento de la calle Convención que ya había alquilado para ellos meses atrás. Por fin, el 1 de diciembre de 1961 mis padres partieron de Génova hacia Montevideo y para el nuevo mundo.

## EL REENCUENTRO

Yo seguía trabajando en los dos estudios mencionados desde bien temprano para seguir trabajando después hasta las 2 de la madrugada en mi kiosco, ya que necesitaba del dinero para pagar todas las deudas, y poder recibir

## Memorias de un emigrante

dignamente a mis padres. Maruja me acompañaba haciendo las compras o preparando el recibimiento de mis padres en el puerto de Montevideo. El día 24 de diciembre mi padre cumplía años. Iba a cumplir años esta vez en un nuevo ambiente, en un nuevo mundo, bien lejos de los sufrimientos que tuvo que aguantar estoicamente durante tantos años. Había que comprarle algún regalo a papá, pero "*qué regalo?*" me preguntaba yo. Todos los ahorros de mi padre fueron siempre hechos en monedas de oro, las que eran su mayor pasión. El no tuvo más remedio que tirarlas todas ellas en las sucias aguas de Dambovita el día en que se publicó el decreto ley que aplicaba 10 años de prisión a toda persona en cuya casa la policía encontrara oro moneda o lingotes. Así que –con dolor en el alma– había tirado al arroyo todos sus ahorros. Mientras, yo acababa de cobrar el cálculo de una importante obra propiedad del Banco de Seguros del Estado. Decidí invertir este dinero en oro monedas, y regalárselas a mi padre a su llegada. Compré 200 Napoleones de 20 fr. oro, vulgarmente llamados "gallitos" y los coloqué en una cajita de terciopelo verde envueltos para regalo. Se acercaba el día de la llegada, y el Cabo San Roque debía tocar Santos el día 23 de diciembre. No tuve paciencia como para esperar la llegada del buque a Montevideo. Compré un pasaje por CAUSA para Santos, adonde llegué a las 11 de la mañana. El barco ya se encontraba en el puerto. Compré en la agencia un pasaje Santos – Montevideo y pedí ser recibido por el Capitán del Barco. Era un hombre todavía joven, unos 48 años y parecía todavía mas joven vestido en su immaculado y blanco uniforme. Le conté nuestra historia, le dije que papá iba a cumplir años aquella medianoche y le pedí que los invitara a mis padres a la "mesa del capitán" y los homenajeara con una copa de champagne, ya que yo iba a aparecer a la mesa de sorpresa. El capitán quedó encantado, ya que este tipo de eventos son los que le dan vida y color a los largos viajes por mar. A las 24 horas, con mis padres sentados a la mesa de honor, mientras el capitán levantaba su copa de champagne para hacer el brindis ...aparecí yo a la mesa. Lágrimas de felicidad y sorpresa, abrazos, sollozos, decenas de personas desconocidas que se acercaban para felicitar y abrazar. No tengo suficiente talento ni imaginación para describir este grato

momento. El regalo se lo di un poco más tarde, junto con los postres y discretamente, ya que no había averiguado si era legal o no llevar monedas de oro de un país a otro.

Llegamos a Montevideo con sol radiante. Nos esperaban allí varios amigos del estudio y de la Facultad, estaba también mi amigo Miguel Marcovici, mi gran amiga Fernanda Benarroyo con su marido Redy y sus hijas Marnina y Verena, unos cuantos emigrantes rumanos amigos, y por cierto, Beatriz madre y mi muy querida Maruja **gracias a quienes se había podido realizar este milagro.**

Bastarrica vendió todas nuestras pertenencias en Bucarest pero jamás rindió cuenta de nada, y tampoco nos ha entregado jamás un solo peso.

El 10 de abril Maruja y yo nos casamos. Seguimos siendo muy felices.

Memorias de un emigrante

Segunda parte  
**ANECDOTARIO**

Enrique Coman



## LOS COMIENZOS

Comencé por conocer y tratar de adaptarme a mi nueva patria de adopción lo antes posible, a pesar de no entender todavía ni el idioma, ni la idiosincrasia de sus habitantes, como tampoco tener todavía aseguradas las perspectivas de encontrar a la brevedad algún trabajo de ingeniería.

Los primeros días me acompañaba en mis caminatas mi amigo Miguel, quien me hacía de guía. Yo conversaba muy poco, cuidando cada palabra que pronunciaba por miedo de que fuera mal interpretada por las autoridades. Todavía tenía miedo de hablar en público después de haber vivido años de represión durante el régimen comunista de Rumania. Recuerdo –todavía con asombro– el día en que Miguel me llevó frente al Palacio del Gobierno en la Plaza Independencia adonde hacían la guardia dos fieros blandengues. Me dijo: *"insúltalos, deciles que son unos idiotas o lo que tú quieras"*.

Horrorizado le contesté: *"estás loco? Quieres que nos lleven presos?"* Entonces Miguel comenzó a hacerles burlas con las manos y a decir improprios que yo no entendía pero que eran evidentemente insultos. Asombrado vi que los

blandengues se quedaron inmutables. "¿Ves?" me dijo Miguel ya calmado. *"este es el país de la libertad"*.

Pensé: evidentemente este debe ser el país mejor del mundo entero.

Me aceptaron de inmediato como inquilino "pensionista" en la casa de una familia rumana amiga a la que ya conocía desde Bucarest, los Benarroyo. Por unos 100 pesos mensuales tenía asegurada casa y comida. Además me fiaban los gastos esperando por el pago de la mensualidad hasta el día que llegara a ganarme yo solo el sustento.

Fui a visitar casi de inmediato al Profesor Clemente Estable en el Instituto de Avenida Italia, llevándole una carta recomendación de parte del Rector de la Universidad de Caen, el profesor Jean Valés.

Me es difícil olvidar las horas placenteras que hemos pasado juntos, recordando tanto las graciosas anécdotas de Clemente durante su temprana estadía en Francia, como contándole yo momentos de mi vida durante la guerra o durante mi estadía en París. Me hizo una carta de recomendación para un íntimo y muy querido amigo suyo, el Ing. Walter Hill. *"estoy seguro que Walter te va a dar trabajo de inmediato. No dejes de volver a visitarme, sí?"* me dijo el profesor cuando me iba.

Al día siguiente fui a ver al Profesor Hill, leyó la carta de recomendación y me dijo: *"veo que estás muy bien recomendado y te has graduado en una muy buena Universidad. Trabajaremos juntos. Por ahora tengo algunos proyectos para terminar, pero cuando los termine te llamo por teléfono."* A diferencia del Prof. Estable, Walter Hill hablaba un francés dubitativo y a veces le costaba bastante encontrar las palabras. Pero se mostró siempre cordial y me fui de allí encantado por haber encontrado ya trabajo.

Pasaron los días y la llamada telefónica no llegaba. Me pasaba el día entero caminando por las calles, conociendo la ciudad y la gente, o tomando un rico café de Brasil en el Sorocabana mientras leía los últimos diarios franceses recién llegados por barco. Un conocido del café me informó que un calculista amigo suyo, llamado Lionel Viera necesitaba de alguien que lo ayudara para el cálculo de las estructuras de hormigón y que pagaba bien. Tomé de inmediato

## Memorias de un emigrante

el ómnibus para Punta Gorda y me presenté a la dirección indicada. Se trataba de Lionel Viera, uno de los genios de la ingeniería oriental quien a pesar de no tener todavía otorgado su título, había formado un estudio, junto a otros tres jóvenes estudiantes, para el proyecto y cálculo de las estructuras. Los tres asociados eran los futuros ingenieros Miller, Mondino y Eladio Dieste. En realidad Miller recién se había recibido y era el "firma-planos" del grupo. Necesitaban de un calculista con imaginación para que los ayudara con los proyectos. Me propuso trabajar en su casa las tardes y me pagaban 2.50 pesos la hora. Además me ofrecía el té con bizcochos a las 5 de la tarde. La propuesta era una verdadera panacea para mí, ya que con 40 horas trabajadas mensualmente podía pagar mi alquiler. Por lo tanto acepté de inmediato la oferta y seguí trabajando durante varios años con ellos.

Pero Walter Hill no se había olvidado de mí. Lo que yo no sabía todavía es que los tiempos uruguayos no son equivalentes a los tiempos que tenemos nosotros, los europeos. A los 6 meses del primer contacto, Hill me llamó por teléfono y con un tono que daba la impresión de que me había hablado el día anterior me preguntó: "*podemos comenzar un proyecto en el día de mañana?*". Asombrado y emocionado le dije: "*por cierto*". Y así comencé a realizar proyectos para el Ing. Walter Hill todas las mañanas y para el grupo de Viera y compañía durante las tardes.

A la espera de la tardía llamada telefónica de Hill, había armado una empresita en el rubro importaciones junto a un buen amigo rumano, el abogado Dr. Raymundo Presente. La empresa se llamaba PRESCOM. Duró solo unos pocos años. Nos dedicamos a importar heladeras desarmadas de Inglaterra y armarlas en el país, con la marca PRESCOLD. Como no teníamos oficinas, teníamos una heladera como modelo en exposición dentro del apartamento de los Presente en la calle Julio Herrera y Obes.

A medida que se vendían, seguíamos armando más heladeras.

La propuesta financiera del Ing. Hill me encantó. "*sacando los costos del proyecto, las ganancias las dividimos por igual*" me propuso él. Me hizo sentir como si fuera su socio. Comencé a trabajar de sol a sol con los dos empleadores. Quería que

## Enrique Coman

llegaran a apreciarme no sólo por mi trabajo, sino también por la ingeniosidad con la cual imaginaba y armaba los proyectos.

Mi presencia en los respectivos talleres les aportaba una brisa nueva no solamente debido a mis conocimientos técnicos, sino por la variedad de ideas que aportaba y que contrastaban a menudo con la mentalidad conservadora del uruguayo medio, reticente a cualquier cambio en su rutina e hinchado permanente del camino seguro.

## **CLUB OLIMPIA**

Recuerdo el proyecto: Club OLIMPIA. Los arquitectos Arbeleche y Canale habían llevado al estudio del Ing. Hill un ante-proyecto para un gimnasio a construir para el Club OLIMPIA de Colón. Era un proyecto novedoso y muy atrevido, ya que toda la estructura del gimnasio quedaba cubierta por un techo en forma de calota esférica de 52 mts. de diámetro. Además, la calota esférica estaba cortada en su parte superior, formando un lucernario con su misma forma, pero con un diámetro de solo 12 mts. El peso de la estructura era inmenso y había que buscarle una solución técnica para no usar pilares de apoyo internos. El ing. Hill había ideado una fórmula de cálculo para las bóvedas cáscara de muy poco grosor con cuyo sistema se habían construido ya varios galpones. Había que adaptar las fórmulas para este techo gigantesco. No había antecedentes para poder compararlo con otra estructura igual construida en algún otro lado del mundo. Trabajando noches enteras junto al Ing. Hill llegamos a formular las ecuaciones que nos permitirían construir este techo de 52 mts. de diámetro apoyado únicamente en una viga circular sobre pilares exteriores.

Estábamos usando la experiencia de las bóvedas cáscara proyectadas anteriormente por Hill. Así que después de más de dos meses de estudios intensivos, se proyectó un techo cuyo grosor es de 2.5 cm. solamente y está armado con una simple malla electro-soldada tipo "Alur". Elegante y liviano. Parecía imposible.

Mientras calculábamos esta compleja estructura, le preguntaba una y otra vez a Hill: *"quién nos va a pagar el cálculo?"* Me decía: *"no te preocupes, son gente poderosa, son los dueños de la marca FORD en Colón y hay además en el grupo, bodegueros muy importantes entre los cuales está mi viejo amigo Pasadore"*. Yo le contestaba: *"está seguro que nos pagarán, verdad? No hay nada escrito."*

El Ing. Hill me contestaba molesto: *"Uruguay es un país serio, no lo confundas con alguno de los países Balcánicos en los cuales has vivido"*. Pasaban los meses, (entre cálculos y ejecución de la obra pasaron 18 meses) y no se veía un solo peso. Como era socio al 50%, si Hill no recibía dinero... yo tampoco. Pero yo no tenía reservas y me moría de hambre. Con lo que ganaba en el estudio de Lionel Viera ya no podía cumplir con todas mis obligaciones. Así que tuve que imaginar paralelamente a la ingeniería algún otro negocio y de esta necesidad salió el kiosco de "Las Bandejas".

Cada tanto preguntaba por el pago del Club OLIMPIA y la contestación era siempre: *"son gente de primera, no los podemos ofender pidiéndoles dinero"*. La obra la estaba construyendo la empresa Show. Muy buena empresa, pero, por seguridad, había que controlar permanentemente el encofrado y el armado de la estructura. Cuando por fin hubo que desencofrar el techo de la bóveda cáscara una vez hormigonado, todo el mundo estaba inquieto en la obra. Había que tener mucho cuidado y sacar todos los puntales al mismo tiempo para no crear solicitudes que la bóveda cáscara no podía absorber. Show exigía a gritos que estuviéramos presentes durante el desencofre. Hill (qué casualidad) tenía que ausentarse ya que tenía que ir a Buenos Aires aquel día, así que yo presencié solo el traumático momento. Había un peón al lado de cada puntal, (había 225 puntales) y cuando por fin tocó el silbato del capataz, todos sacaron al mismo tiempo la cuña de apoyo del puntal. Habíamos ensayado

## Memorias de un emigrante

muchas veces este movimiento antes de ponerlo en práctica. Pero todo salió bien, hubo aplausos y artículos en la prensa.

Ahora había llegado el momento para exigir el cobro. Por fin había llegado el momento de cobrar. Durante semanas tuvimos que "mendigar" el pago de nuestros honorarios y el día en que nos pagaron "a cuenta de mayor cantidad", no alcanzó para cubrir nuestros gastos. Me quejé amargamente con Pasadore, a pesar de las protestas reiteradas del Ing. Hill, (esto no se hace, me decía él). Un sábado de tardecita llegó a mi apartamento de la Calle Convención un camión de la bodega Pasadore cuyo chofer descargó 12 docenas de botellas de champagne. Entregó los cajones a la asombrada portera del edificio junto a un papel firmado Pasadore que decía "*gracias, preciosa obra*". Entendía por fin que había trabajado prácticamente gratis durante más de un año y medio.

## MC2

Estaba trabajando con el Ing. Walter Hill desde hacía 3 años ya. Muchas veces iba a encontrarme con él al Instituto de Física de la Facultad de Ingeniería, cuyo director era. Además de ser un excelente físico y matemático, Walter Hill estaba dirigiendo el Instituto de Física Nuclear de la Facultad. Yo había llegado al Uruguay con una representación oficial de la pila atómica inglesa de Amersham y no me había olvidado de comunicárselo y recordárselo varias veces durante estos 3 años.

Un día de verano de 1953, le pedí que me escuchara y me dejara proponerle un negocio que me parecía muy prometedor. Pero Hill era un ser por demás conservador y varias veces había rechazado diversos negocios que yo le había propuesto durante estos 3 años. Así que –una vez más– me miró de reojo.

Sin inmutarme le detallé mi propuesta:

TEMA: En el Uruguay no se conocía todavía ni la técnica ni el uso de los radio-isótopos para la medicina nuclear. Faltaban los médicos especializados en este tema.



## Memorias de un emigrante

NECESIDADES: a) yo estaba en condiciones de proveer los isótopos para los estudios médicos b) El profesor Walter Hill podía construir en la Facultad un "*scanner*" con su respectivo "*scintillation counter*".

c) Era imprescindible contar, interesar y contratar un buen médico interesado en trabajar en el ramo de la "medicina nuclear", preferiblemente un endocrinólogo.

PROPUESTA: Armar un laboratorio de física nuclear con uso de los radio-isótopos para detectar dolencias como el hiper o hipo-tiroidismo, el cáncer mamario y mucho más.

Ponía acento en que la herramienta principal era el *scanner* mejorado para la pesquisa, y tener un buen médico. El y yo manejaríamos la metodología y los aparatos. También haríamos nosotros la importación de radio-isótopos directamente de la pila atómica.

Me parecía una actividad de mucho futuro y como nadie la practicaba, podía resultar un excelente negocio. Walter Hill escuchó la propuesta y pidió tiempo para estudiarla. Cuando por fin dijo que **sí**, no lo hizo por el dinero, sino por la fascinación que fue para él la idea de ser pionero en esta técnica de avanzada. El tío de Hill, don Bolívar, entró en el negocio regalándole un edificio de su propiedad en la calle 8 de Octubre para que le sirviera de laboratorio. Lo bautizamos **MC2** en honor al padre de la relatividad.

Esta idea incipiente resultó ser, con el tiempo, una de las actividades más apasionantes del momento. Se contrató un buen médico, el Dr. Lassus y el Ing. Hill construyó dos máquinas y se ofrecieron los servicios a todos los facultativos que podían estar interesados en la nueva metodología. Muchos médicos ilustres hoy día comenzaron sus primeras armas aprendiendo y trayendo a sus pacientes al MC2.

Recuerdo agradecido la importante colaboración de los doctores Cerviño, Traibel, Fisher, Varela Fuentes, Morató, Obes Poleri y muchos otros.

Los médicos decidían qué isótopo necesitaban para detectar tal o tal otra dolencia. Yo se los traía. Walter Hill y yo fraccionábamos después las dosis en

el laboratorio. El Dr.Lassus del MC2 hacía las placas radiadas una vez que el paciente había tomado la dosis de isótopo indicado.

Yo hacía allí dos cosas: a) confeccionaba y mandaba los pedidos de los médicos para la Pila Atómica una vez que los varios médicos terminaban por armar la lista de sus necesidades. b) iba al aeropuerto de Carrasco con vestimenta anti-radiación y retiraba el recipiente que contenía los elementos radio-activos del ala de los aviones de la línea aérea inglesa BOAC. Llevaba el recipiente aislado para el laboratorio. Previamente debía hacer todos los trámites aduaneros para facilitar los permisos y la salida del aeropuerto. c) casi todas las mañanas –bien temprano– iba a los hospitales Maciel y/o Pasteur para llevar las dosis ya fraccionadas y entregárselas a los médicos tratantes. Tenía que estar muy vigilante con el uso debido a la radiación. El MC2 lamentablemente no nos hizo ricos. La mayoría de los pacientes eran gente muy pobre y apenas si se podía rescatar el costo de los isótopos y del transporte. La gente rica en cambio pagaba sin chistar y he visto diagnósticos milagrosos obtenidos con el uso de los radio-isótopos.

Meses más tarde compramos una bomba de cobalto para el control de las fallas en la estructura de los metales. Podíamos detectar las soldaduras fallidas o las fundiciones mal hechas en los barcos antes de que se rompieran. Tampoco resultó ser un buen negocio, ya que los uruguayos prefieren no hacer el control de calidad. Además el costo del isótopo de cobalto era muy caro, mientras que el I- 131 (isótopo de yodo), el P-32 (isótopo de fósforo), o el Na-24 (isótopo de sodio) eran mucho más accesibles. Las importaciones: mi empresa: Prescom Trading Comp.

Tenía que pensar en algún negocio diferente que me diera también dinero, ya que sólo con la gloria no podía pensar "hacer la América", como me lo había propuesto y no podía ni soñar en solventar todavía la salida de mis padres de Bucarest, obsesión de cada noche.

Debido a la terrible muerte de la muy querida señora de Benarroyo, la que me había ofrecido el hospedaje a mi llegada al país, tuve que mudarme del apartamento de la calle Médanos. Viví primero en un hotelucho de la calle

## Memorias de un emigrante

Mercedes casi Colonia durante casi dos años y –una vez organizada mejor mi vida– pude alquilar un apartamentito en la Calle Convención casi Uruguay. Era una verdadera "*garçonière*" y consistía en un solo cuarto grande, una cocina minúscula y un baño completo. Casi toda la primera parte de mi vida en el Uruguay la pasé viviendo en este apartamentito, en el que hemos seguido viviendo después de mi casamiento y en el que tuvimos y disfrutamos de nuestro único hijo Carlos.

## **KIOSCO "LAS BANDEJITAS"**

Me llamaba mucho la atención el hecho de que había una total falta de kioscos en Montevideo. Acostumbrado de ver en Europa un kiosco en casi cada esquina, no podía entender el porqué de la ausencia de los mismos en la capital del País.

Corría el año 1954. Comencé por estudiar el mercado local y saqué varias conclusiones después de caminar por las calles de Montevideo durante meses a horas siempre diferentes, pero con el propósito de mejorar mi conocimiento del tema. Conclusiones: a) la única calle comercial que movía gente a toda hora, incluidos los sábados y los domingos, era 18 de Julio. b) Los comercios, increíblemente, cerraban - mismo allí - a las 18 horas, lo que hacía que después de esa hora no se podía ya conseguir nada, ni siquiera poder comprar cigarrillos y/o fósforos. c) el sábado de tarde y durante todo el día de domingo el centro estaba cerrado herméticamente. Funcionaban solamente los cines y de noche los teatros.

Conclusión: el kiosco debería estar ubicado en la Avenida 18 de Julio y tenía que estar abierto todos los días de la semana y cerrar de noche recién pasada la medianoche, hora del cierre de los cines y de los teatros.

## Memorias de un emigrante

Me gustó el lugar: 18 de Julio y Convención, adonde se encontraba ubicado el bar Las Bandejitas. Hablé con el dueño, un gallego simpático quien se hizo rogar hasta que dimos con el precio. Alquilé unos 2 mts. x 2 mts. en la misma esquina y firmamos un contrato por 5 años con posibilidad de llevarlo a 10 de común acuerdo. Si vendía la llave del local antes de los 5 años, la mitad de la llave iba para él. Tenía que documentar ahora el acuerdo, construir el kiosco, mandar hacer la estantería, las vidrieras exteriores, la reja protectora, instalar la luz, caja, teléfono, BPS etc. etc. El dinero no me alcanzaba para todo esto y yo no quería pedirle al Ing. Hill dinero prestado. Hice por lo tanto un préstamo con un prestamista rumano bandido quien me cobró un interés mensual del 10% y me amargó la vida durante los 6 meses que me tomaron para devolverle lo prestado.

Inauguré el kiosco en el mes de septiembre de 1954. Tomé dos empleadas con un horario de trabajo de 6 horas cada una, mientras que yo cubría el turno nocturno. Los sábados y los domingos tenía que hacer yo doble turno.

Mientras estaba conectándome con los proveedores de cigarrillos, golosinas y diarios, me dí cuenta que la gente deseaba comprar también otro tipo de mercadería además de golosinas y cigarrillos.

La importación estaba muy controlada en aquellos tiempos y había una gran escasez de artículos suntuarios importados, tanto en el Uruguay como en la vecina orilla, Argentina.

Comencé por hacer un trato con las tiendas judías de la calle Colón quienes tenían en oferta artículos de excelente calidad mayormente fabricados en el Uruguay mismo, pero que llevaban puesta la marca de prestigiosas tiendas europeas y americanas. Compré sedas y ropa interior fina para damas con diseños exclusivos que los turistas argentinos me sacaban de la mano. Me enteré que los turistas argentinos estaban ávidos por conseguir perfumes franceses caros, ya que los mismos escaseaban en su plaza. Me presenté entonces a una licitación de mercadería (perfumes franceses) perteneciente a un decomiso de aduana y compré una completa y muy linda selección de los mismos, junto con los papeles de la aduana que confirmaban la legitimidad de la compra

(había un control muy severo tanto policial como aduanero). Cuando tanto los montevideanos como los turistas argentinos se enteraron de la existencia de estas fragancias francesas en mi kiosco, compradores ávidos por adquirirlos se agolpaban delante de mi pequeño local. A pesar de ofrecer una importante lista de fragancias francesas, muchos clientes nos pedían marcas o fragancias que no teníamos, así que organicé la compra de muchos perfumes y colonias exóticas que podían venderse a muy buenos precios. Para esto recurrí al llamado "contrabando técnico" de cuyo mecanismo me había enterado a través de los inspectores aduaneros que me visitaban asiduamente. Los inspectores juntaban entre ellos un capital y hacían un pedido importante de mercadería en Europa. La encomienda llegaba por barco a Montevideo para un falso destinatario. Como ellos conocían el número de la encomienda, cuando el barco llegaba al puerto de Montevideo hacían un allanamiento exhaustivo al barco "encontrando la encomienda comprada por ellos mismos," la denunciaban como contrabando pesquisado en un control de rutina. La confiscaban y la mercadería se remataba una semana después en la aduana. Los empleados se beneficiaban con lo recaudado, lo que les devolvía muchísimo más que la inversión inicial. Esta operación la llamaban "contrabando técnico".

He comprado muchos expedientes de contrabandos apresados. Muchas veces les entregaba yo la lista de los perfumes que me interesaba comprar por expreso pedido de mis clientes y ellos los traían y me los entregaban. Mi kiosco vendía un poco de todo, pero siempre tuve muchísimo cuidado de que toda la mercancía fuera comprada legalmente y esto nos permitió resistir las incontables inspecciones.

Todo el mundo conocía el kiosco de "Las Bandejas". Los turistas recién llegados al puerto iban a preguntar a los aduaneros —a poco de bajar del barco— "*adónde se encuentra el kiosco de Las Bandejas*"? ya que la importación de toda mercancía suntuaria estuvo herméticamente prohibida en la República Argentina durante muchos años.

El éxito del kiosco trajo también sus serios problemas. Los inspectores, no encontrando nunca en el kiosco mercancía en infracción, me presionaban para

## Memorias de un emigrante

pagarles "coimas" que yo me negaba pagar debido a los antecedentes peligrosos que creaban, como también debido a la cantidad siempre mayor de los pedidos. Les regalábamos a veces algún cartón de cigarrillos, alguna caja de bombones y rara vez algún perfume francés para que no nos molestaran, pero cada día la presión se hacía mayor. Una de las personas que más me presionaba era el inspector de policía Moran Charquero. Mandaba a su gente una y otra vez a controlar en el negocio los stocks y los documentos de compra de la mercadería y siempre terminaba diciendo: *"ya te voy a encontrar y, y me lo vas a pagar muy caro"*.

Yo no comentaba nunca nada de lo que pasaba en el kiosco durante las horas que trabajaba en el taller de Walter Hill o en la casa de Lionel Viera. Ellos estaban enterados que tenía un kiosco y que trabajaba de noche en él. Lo justificaban diciendo: *"Comán necesita mucho dinero para poder traer a sus padres"*. Además yo no mezclé nunca mi vida nocturna con el trabajo de ingeniería y evitaba contarles mis nuevas experiencias en este campo.

En realidad me encantaba lo que hacía, y se ganaba muchísimo más dinero con el kiosco que trabajando de ingeniero.

Al año, el kiosco era ya toda una institución.

Todo el mundo me visitaba para comprar algo que solamente allí se podía encontrar y permanentemente me mandaban cartas desde Buenos Aires con nuevos pedidos.

Durante las largas horas nocturnas que me pasaba trabajando en el kiosco, conversaba mucho, tanto con los turistas, como con selectos clientes uruguayos, diputados y senadores, músicos y prostitutas. Allí los conocí a Canaro, a Pintín Castellano y tantos otros.

En la calle Convención, frente mismo al kiosco se encontraba la whiskería BAIRES. Todas las chicas de la whiskería eran clientas nuestras y podían retirar fiado sus vicios cuando no tenían efectivo. Pedían consejos y me encantaba poder dárselos. Recordaba los felices momentos vividos en París pocos años atrás. Todo el mundo me conocía por el apodo de "el francés" o "el franchute". A los amigos les hacíamos muy buenos precios, pero a las turistas exigentes se les podía cobrar mucho más, cumpliendo con sus pedidos extravagantes. En

las noches invitaba a gente amiga y a muchos inspectores aduaneros y municipales también a cenar conmigo en lo de Paco, pagando yo las consumiciones de todo el mundo. Pero ya lo dije antes, el kiosco era en aquel momento una verdadera mina de oro.

Mis empleadas tenían la orden de nunca pronunciar las palabras: *no tengo*. Había que pedirles a los clientes el tiempo necesario para poder cumplir y siempre terminábamos satisfaciendo los pedidos. Esto sí **"nada de drogas"**.

Pero no todo el mundo era amigo. Teníamos siempre encima la sombra de algún inspector o del nefasto Moran Charquero –furioso por no recibir coimas– y con sus permanentes amenazas. Querían verme preso o muerto. La envidia los carcomía. Debía cuidarme mucho.

Una noche a eso de las 2 de la madrugada recibí la llamada telefónica de la portera de mi edificio. *"Que vaya de inmediato para casa"*. Cerré de apuro el kiosco y cuando llegué a mi edificio de apartamentos, me encontré con la portera en plena crisis de nervios. Había llegado un camión a medianoche, habían tocado el timbre de la portería y cuando ella abrió la puerta, 4 personas entraron al edificio con 15 cajas de cigarrillos americanos de 50 cartones cada una, diciendo que eran de mi propiedad. Debido al volumen, habían dejado las cajas debajo de la escalera, esperando que yo decidiera adónde colocarlas. Obviamente yo no había comprado ninguna caja de cigarrillos. Además, estas cajas de cigarrillos eran evidentemente de contrabando y no llevaban las estampillas aduaneras de importación.

Cansado debido a la alta hora de la noche, le dije a la portera que me dejara dormir un rato primero y que después íbamos a ver qué íbamos a hacer con la mercadería que no me pertenecía. Me despertaron a las 6 de la mañana con fuertes golpes en la puerta del apartamento. Era la policía con orden de allanamiento del juez. Me llevaron a la Prefectura y después de 24 horas de interrogatorios me pasaron al juez. El juez escuchó mis protestas, me pidió que nombrara un abogado y me mandó para la cárcel de Miguelete.

En la cárcel compartí la celda con un hombre que había asesinado a su novia por celos. Parecía un hombre pacífico y estaba preso desde hacía ya más



## Memorias de un emigrante

de 5 años. El conocía todos los trucos de la vida dentro de la cárcel. Me aconsejó buscar un buen abogado, advirtiéndome que si no lo hacía, podía quedar preso por muchos meses, aunque el código penal no preveía en aquellos tiempos la cárcel para los contrabandistas.

Sentía mucha vergüenza y rabia por estar injustamente preso y tenía mucho miedo de ser deportado. Debía tranquilizarme, programar la actividad del kiosco durante mi ausencia y convencer a Walter Hill y a los demás ingenieros de que yo no era un mafioso, evitando de esta manera perder mi trabajo. Pero cómo hacerlo desde adentro del Miguelete?

Estaba además furioso, ya que obviamente toda esta puesta en escena la había meditado y organizado el maldito agente Moran Charquero.

Ojalá el maldito cerdo reviente –rogaba yo– por la bajeza de sus actos. Años después mis ruegos se cumplieron con creces.

Estuve preso durante 30 largos días. Como me consideraba inocente e injustamente encarcelado, no seguí el consejo de mi compañero de celda y me limité a elegir al defensor de oficio. Evidentemente me equivoqué, porque debido al poco interés que éste puso en mi causa, estuve preso durante todo un mes. Pero una vez aceptada la situación, me organicé desde adentro. Le pedí a una empleada de confianza de mi kiosco, a Wilma –la petisa– que viniera a traerme comida dos veces por semana y con este pretexto pude organizar desde la cárcel las compras, el pago de los impuestos, alquiler y pago de los sueldos sin que se resintiera mi negocio. Los clientes preguntaban siempre por mí y –sin saber el pormenor del encierro– me apoyaban, ya que para los uruguayos y los argentinos ser contrabandista es una manera legítima de ganarse la vida. Uno de los parroquianos me mandó a la cárcel una cartita en la cual, entre otras cosas decía: *"no te olvides que nuestro muy querido prócer Artigas era contrabandista"*.

Tengo que reconocer que –rabia aparte– la estadía en la cárcel de Miguelete fue bastante llevadera. Mi compañero de celda era una persona bastante culta, y hablábamos durante horas de historia y política internacional. Estaba preso por haber matado en un arrebato de celos a su amada, habiéndola encontrado en los brazos de su mejor amigo.

La había asesinado porque la amaba, dejando con vida a su amigo por considerar que no se merecía que gastara ni siquiera una bala en él. Estaba resignado con la condena y la consideraba justa. Me daba buenos consejos sobre la gente y la idiosincrasia de los habitantes del país. Yo le pagaba la buena voluntad dándole clases intensivas del idioma francés. A pedido mío, Wilma me había comprado en Barreiro y Ramos un libro de francés y yo le enseñé de qué manera debía estudiar cuando yo no fuera a estar más con él.

La comida era pésima y los guardianes trataban con firmeza a los presos. Comparaba todo esto con el campo de prisioneros en el cual había estado recluido durante la guerra, y –ni hablar– con el pozo mugriento de los crueles comunistas húngaros adonde tuve que vivir durante 8 largos y terribles días. La cárcel de Miguelete se parecía en cambio, comparándola con estos lugares, más bien como un lugar severo pero tolerable.

Mi abogado de oficio me visitaba únicamente una vez por semana durante 5 minutos. Cada vez que lo veía quería matarlo. A mi pedido confeccionó un expediente en el cual pedía mi libertad bajo palabra, siendo yo primario, ingeniero y persona de bien. No estaba seguro de que su escrito tuviera aceptación, pero, gracias a Dios, a los 30 días me otorgaron la libertad condicional. Años después, la Suprema Corte de Justicia me otorgó el justo sobreseimiento solicitado por mí.

Seguí manejando el kiosco de "Las Bandejas" hasta el año 1961. Con la llegada de mis padres a quienes había podido –por fin– sacar de Rumania, la presión de mi padre para deshacerme de él se hizo permanente: *"no entiendo cómo puedes tú, ingeniero francés, etc. etc... trabajar de noche en un kiosco con un ambiente..."* Yo le contestaba: *"deja mucho dinero y me gusta este trabajo"*. Terminó ganando mi padre. Mucha gente quería comprar la llave del negocio, así que terminé vendiéndosela a uno de mis clientes, Yuyo Lepro, hijo del senador, quien me hizo una oferta que no pude rechazar.

Mirando hacia mi pasado me doy cuenta que no hubiese podido seguir con el ritmo de mi trabajo de ingeniería si no hubiese vendido la llave del kiosco de "Las Bandejas". El kiosco me permitió pensar negocios, realizar

## Memorias de un emigrante

proyectos y conocer muchísima gente. A lo mejor mi padre tuvo razón y no era lo más indicado para un ingeniero. Pero a mí me había abierto los ojos a un mundo nuevo, mundo que no había conocido antes. Y gané mucha experiencia también. Aprendí que un espíritu inquieto, libre de prejuicios y trabajador podía tocar el cielo si se lo proponía.

Estaba pensando ya en cómo independizarme, abrir otras Empresas, esta vez en la profesión que había elegido y para la cual estaba preparado.

## **PROPIEDAD HORIZONTAL**

Recién había sido promulgada la ley de la Propiedad Horizontal. Uno de los primeros edificios edificados después de la promulgación de la ley fue calculado en nuestro estudio. El Arq. Sichero se apersonó al taller de la calle 8 de Octubre con los planos de un elegante edificio de altos, 10 pisos, diseñado con cuatro apartamentos por piso y a construir en un predio ubicado en la Rambla de Pocitos. Hubo que estudiar primero la nueva ley antes de comenzar con los cálculos, y una vez familiarizados con ella hemos pudimos presentar los cálculos de un lindo edificio elegante, y muy bien aprovechado del punto de vista económico. Tuvimos una cantidad de encuentros de trabajo con el grupo de los arquitectos proyectistas quienes buscaban aprovechar de la mejor manera los espacios, mientras que nuestro equipo de calculistas diseñaba la mejor y más conveniente estructura monolítica de hormigón armado. Nos pusimos de común acuerdo que nuestros honorarios representaban un 5% del valor del costo de la estructura. El edificio resultó ser todo un éxito y el Arq. Sichero nos pagó religiosamente nuestros honorarios.

## Memorias de un emigrante

Un año después vimos que el mismo grupo de arquitectos levantaba, pegado al edificio calculado por nosotros, un clon del mismo. Fuimos a exigir nuestros derechos por la propiedad intelectual de los cálculos. Nunca nos los pagaron. Habíamos calculado dos edificios con el costo de uno.

## **BANCO de SEGUROS del ESTADO**

Habíamos ganado el concurso para el cálculo de la estructura de un importante edificio a construir, propiedad del Banco de Seguros del Estado en la esquina de las calles 18 de Julio y Vázquez. El proyecto estaba diseñado por los arquitectos Arbeleche y Canale y solo la idea de que iba a calcular su estructura me llenaba de entusiasmo.

El edificio estaba formado por plantas diseñadas para 8 apartamentos cada una, una planta baja para comercios, un piso neutro y 12 pisos en altura. Lo diferente de este proyecto era que la estructura debía prever la posible construcción futura de otros 12 pisos. Es decir construir 12 pisos con una estructura que permitiera la construcción posterior de hasta 24 pisos.

Además, como previsión contra posibles futuros temblores de tierra, había que calcular la estructura antisísmica para resistir a temblores de hasta el grado 8 en la escala Richter.

En Rumania, estábamos calculando siempre las estructuras de hormigón armado para resistir a los terremotos, ya que Rumania es un país muy propenso a ellos. Por lo tanto estaba empapado con la metodología de cálculo y pude sacarle provecho a mi experiencia, haciendo un cálculo muy favorable financieramente.

Cuando presenté los cálculos terminados, los técnicos del Banco no podían creer lo económico que resultaban.

En esto entró en plaza la firma SIMA quién ofrecía barras de hierro para la construcción con una resistencia de rotura doble a la del acero común, pero nadie le tenía confianza al sistema. Fui a la fábrica para ver cómo retorcían las barras de acero, y llevé barras de hierro al laboratorio de la Facultad de Ingeniería para comprobar la resistencia de las mismas a la rotura. Cuando llegué a la conclusión de que el sistema era válido, y conseguí los certificados de la Facultad, me presenté junto al Ing. Hill al Banco de Seguros haciéndoles la siguiente propuesta: *"iba a recalcular el edificio, reemplazar las barras de acero común por acero SIMA, todo esto sin cobrar honorario alguno. Una vez recalculado el proyecto, veíamos el monto de la economía resultante comparando los dos proyectos, y la ganancia se dividía en*

## Memorias de un emigrante

*partes iguales entre el Banco y nosotros, los proyectistas"* Aceptaron de inmediato la propuesta.

Me tomó más de un mes el recálculo del edificio, pero pude ganar, por primera vez, una cantidad de dinero superior a los 10.000 dólares, los que destiné en casi su totalidad al rescate de mis padres. Había encontrado por fin la manera de ganar el dinero que necesitaba invertir para tenerlos a la brevedad conmigo.

Podría contar muchas anécdotas más sobre estos mis primeros doce años vividos en el Uruguay. Pero, después de hacer mi auto-crítica, había llegado finalmente a una decisión: era tiempo de probar de trabajar por mi cuenta. Había llegado el momento de ser mi propio empleador.

Era consciente de que no iba ser fácil comenzar a trabajar por mi cuenta sin un capital de respaldo, pero no por esta razón debía renunciar a mis sueños.

## **TECHINT S.A.**

Corría el mes de julio del año 1961 y el invierno se había presentado muy frío y húmedo. Hacía mis caminatas tempranas al hospital Maciel con el objeto de repartir los isótopos radio-activos, casi siempre bajo una lluvia pertinaz y penetrante. Después participaba en la creación de sofisticados y novedosos proyectos de estructuras en el taller-estudio del Ing. Walter Hill, mientras que de tarde iba a calcular hormigón armado al hogar de Lionel Viera ubicado en Punta Gorda. Iba además tres veces por semana al Instituto de Estática de la Facultad de Ingeniería para dar mis clases, y diariamente –entre las 16 y hasta las 20 horas– trabajaba en el laboratorio MC2. Para terminar mi actividad laboral diaria cubría de noche mi turno en el kiosco de "Las Bandejas" de mi propiedad, ubicado en la esquina de 18 de Julio y Convención.

La vida movida que llevaba me apasionaba a pesar del trajín, pero aspiraba a tener mi propia empresa en el rubro Construcciones ya que estaba decidido a vender, después de muchos años de trabajo y de satisfacciones, la llave de mi Kiosco. Me sentía cómodo trabajando con un grupo de ingenieros y médicos



## Memorias de un emigrante

prestigiosos y la atmósfera de trabajo era siempre excelente e intelectual, pero mi espíritu independiente me pedía largarme a trabajar en forma independiente.

La Embajada de Francia en Montevideo me había invitado a una de sus recepciones ofrecidas en su sede de la calle Uruguay y Andes, en ocasión de los festejos del 14 de Julio. Me encantaba la idea de ver gente nueva y asistir a una de las recepciones más codiciadas de la Embajada. Tuve que comprarme un traje nuevo y una corbata diferente para la ocasión, y a las 20 horas en punto me presenté. El señor Embajador, después de los saludos de cortesía de rigor y de una invitación amistosa para brindar conmigo una primera copa de champagne francés auténtico, me llevó a presentarme personalmente a un grupo de hombres de negocio italianos quienes estaban conversando entre sí en un apartado lugar de la Embajada.

Me llamó la atención de inmediato uno de ellos de apariencia aristocrática, de unos 50 años de edad, alto, cuerpo atlético, canoso y llevando una pequeña barba recortada y muy bien configurada. Cuando nos presentaron, me enteré que se llamaba Giorgio Sebastì y que era Ingeniero.

Me presentó de inmediato a su señora esposa, Emma.

Emma Sebastì era una de estas mujeres que centran la atención de todo el mundo, tanto o más que su esposo. Sin ser linda, era alta, elegante, con un porte marcadamente aristocrático, una voz penetrante y musical. La pareja Sebastì era el centro de las miradas sorprendidas de todo el mundo debido al porte, elegancia, y el aire dominante de los dos aunque —a pesar de esta apariencia— parecían ser gente muy sociable.

Aproveché la situación para mezclarme en la conversación de los hombres de negocio italianos. Cuando el Ingeniero Giorgio Sebastì supo que yo era también ingeniero, que me había graduado en Francia, y que colaboraba en aquel momento en varias obras importantes de prestigiosos ingenieros uruguayos, me preguntó si había estudiado algo sobre el tema: teléfonos. Nunca había estudiado los teléfonos, tema que no le pertenece al programa de Ingeniería Civil y tampoco sabía el porqué de su pregunta, pero, por instinto le contesté de inmediato: *"una de mis especialidades son las instalaciones telefónicas. Por qué la pregunta?"*

*"Que suerte" me contestó "podés estar en mi oficina mañana a las 9?"*

Entré a su oficina a las 9 en punto. No pude dormir de noche pensando cuál era el motivo de la pregunta sobre los teléfonos.

Lo encontré en su oficina sentado frente a una mesa de pocker, jugando con 3 personas más un partido amistoso de truco . Me presentó al Ing. Arocena, quien era su socio uruguayo y a las demás personas presentes, incluido su secretaria, una secretaria bilingüe muy preparada y de total confianza.

Después de las presentaciones de rigor, volvió a preguntarme sobre mis conocimientos en materia de telefonía. Esta vez me explicó el porqué de su pregunta. El ing. Giorgio Sebasti, y dos de sus íntimos amigos italianos, ingenieros civiles también y compañeros durante la guerra de Italia en Abisinia, habían formado después de terminada la guerra una sociedad, llamada Técnica Internacional, o TECHINT.

Sebasti se había hecho cargo del Uruguay, el Ing. Rocca de Argentina y un tercer socio instaló la central en Milano.

TECHINT Uruguay todavía no había comenzado sus actividades en el Uruguay y tenía que hacerlo para justificar su razón de ser. Los directivos de Milano habían decidido que TECHINT Uruguay debía presentarse urgentemente a algún llamado importante en licitación del Estado y comenzar lo antes posible su actividad. Fiel a este mandato, el Ing. Sebasti había comprado los pliegos de licitación de UTE para una importante ampliación telefónica –30.000 abonados– y la había mandado para su cálculo a Milano. La suerte y los buenos precios ofertados hicieron que TECHINT Uruguay ganara esta licitación. Hacía más de 30 años que no se habían ampliado las redes telefónicas de Montevideo, y faltaba gente que conociera este "métier", hecho que lo tenía muy preocupado al Ing. Sebasti. Me preguntó: *"estarías en condiciones para subcontratar nuestra licitación? "* y cuando le contesté que sí, me dijo: *"entonces te mandaré los pliegos, para que calcules los valores, y espero un presupuesto dentro de 15 días, a lo sumo. Si este presupuesto está dentro de lo que nosotros hemos licitado, la obra es tuya". "Por favor, ni un día más de 15, de acuerdo?"* Una vez más le contesté que *sí*.

## Memorias de un emigrante

Nunca en mi vida había construido una línea telefónica, y menos todavía sabía cómo comenzar a cotizarla. Pero era una oportunidad única.

Empecé por averiguar el costo de los materiales, de la mano de obra, de las leyes sociales, de todo lo que conforma el costo directo de una obra. Nunca antes había estudiado –en el Uruguay– el rendimiento de las tareas, los costos indirectos de obra, y todo lo que iba a ser fundamental para armar mi presupuesto. Además debía decidir la metodología que iba a utilizar para encontrarme en condiciones de cotizar. Había que aprender todo esto en 15 días, hacer un presupuesto que justificara las cifras y que –además– debía ser inferior al presupuesto presentado a UTE por TECHINT. Menuda tarea.

Mientras que un conocido mío que trabajaba en la sección "presupuestos de obras" de la empresa SACEEM prometió proporcionarme la larga lista de los laudos y de las leyes sociales del país, yo estudiaba el tema no menos importante de la metodología de la construcción de las líneas telefónicas. Durante días enteros me pasé en la biblioteca de la Facultad de Ingeniería buscando información al respecto y tomando notas. De UTE pude recibir mucha información sobre la técnica de la instalación de las líneas telefónicas por medio de sus capataces quienes me cobraban muy cara toda la información. A los 12 días había acopiado más información que la UTE misma. Le pedí al Ing. Walter Hill que me proporcionara por un par de días el espacio necesario para poder armar la oferta en su taller, y él me otorgó un amplio cuarto dotado con máquina de escribir y de varias calculadoras.

Mientras, había hecho imprimir papel membretado para poder presentar mi oferta de manera impecable. Cree una sociedad constructora unipersonal con el nombre de "Enrique Pedro Coman, Empresa Constructora".

Llegado el 15to. día, tenía las carpetas preparadas, y a las 16 horas me presenté en la oficina de Plaza Independencia con la oferta pronta y con el corazón literalmente en la boca. Me había jugado todo para ganar esta licitación, y su costo me había dejado prácticamente en ruinas. Con todo, cuando presenté la oferta, aparentaba mucha calma y tenía la cara serena y segura. Ganar esta

licitación representaba para mí dos cosas fundamentales: independizarme por un lado y asegurarme trabajo seguro por 3 o 4 años.

Entregué la oferta y la amable secretaria me informó que me iba a llamar por teléfono fuera cual fuera la resolución de los Directivos.

Recién a las dos semanas recibí la esperada llamada. Fui invitado a ir a las oficinas de la Empresa al otro día a las 14 horas.

Cuando llegué a TECHINT S.A. me estaban esperando tanto el Ingeniero Sebastián como sus colaboradores, y sobre la mesa central se encontraba una botella de champagne dentro de su recipiente refrigerado con 6 vasos.

Entendí: había ganado. La obra era mía. Me corrían las lágrimas por las mejillas. Hubiese querido que mi padre estuviera presente.

Fue el primer paso importante y de coraje que di para medir mi valía como empresario. El esfuerzo había valido la pena. Fue la primera licitación ganada de una larga lista que está llenando hoy día mi "*currículum vitae*".

## **LOS TELÉFONOS**

### **a) LA ORGANIZACIÓN**

Comencé por buscar –en primer lugar– un depósito bien ubicado, amplio, con entrada ancha y estacionamiento para camiones como también con un local suficientemente grande para las oficinas, vestuario para los operarios y baños completos. Lo encontré en la Calle Mariano Sagasta.

Puse en los diarios un aviso pidiendo peones sanos y que no tuvieran antecedentes policiales o problema de vértigo por caminar en las alturas.

Mi padre se ofreció para hacerse cargo de la organización administrativa de la empresa, mientras que yo me hice cargo de la parte que correspondía a las obras y a las relaciones públicas.

Contraté por 6 meses (con licencia en UTE) a uno de sus mejores capataces con el único propósito de que enseñara y entrenara a mis futuros operarios. Contraté además a dos técnicos europeos para que me ayudaran en la parte de obra, un alemán de unos 45 años llamado Ehman y un excelente topógrafo italiano de unos 30 años, Luigi Giovanni.

Comenzamos a tomar nota de los datos personales de cada uno de los que formaban una larga cola de postulantes frente a la oficina, postulantes venidos tanto de Montevideo como gente recién llegada desde el interior del país a raíz de los avisos que habíamos colocado en los diarios de la capital. Mi padre y yo anotábamos todos estos datos en planillas confeccionadas con este propósito. Comenzamos por elegir 50 operarios, y se les explicó que durante 15 días iban a aprender a trabajar en la altura, y que recién después de conocer las habilidades de cada uno se iba a hacer la selección y la contratación. Desde las 7 de la mañana y hasta las 18 horas estaban aprendiendo cómo subir al tope de un poste de madera que habíamos colocado en el centro del jardín, cómo colocar cables a la altura de los pretiles, cómo clavar los mismos sin abollar el "bajo-plomo", cómo hacer "bajadas" bien verticales, conocer todos y cada uno de los elementos básicos de la telefonía y muchas cosas más. Al mismo tiempo les hacíamos el control sanitario mediante una señora médico contratada por la empresa, la Dra. Angélica, y se hacían las averiguaciones sobre los posibles antecedentes de cada uno de ellos en la Jefatura de Policía.

A los dos meses habíamos seleccionado unos 50 operarios entre más de 100 que se habían presentado y aprobado las pruebas.

Al mes llegaron desde Alemania las 3 camionetas VW doble cabina que TECHINT se había obligado a entregarme por contrato. Eran las primeras "doble cabina" que se veían en Montevideo y que se ganaban la admiración de todo el mundo en la calle. Una de las camionetas se la entregué a Ehman, otra a Giovanni, quienes las precisaban por ser los controladores responsables de las obras durante su ejecución. La tercera camioneta era para mí y con ella hacía las inspecciones diarias y la medición de las líneas.

De mañana a las 7 en punto reuníamos a todos los operarios en la oficina central adonde repartíamos el trabajo correspondiente a cada grupo, tres a cinco líneas de abonados por día y por grupo de dos operarios.

A las 7.30 salían las 3 camionetas y los 4 camiones repartiendo diariamente a los grupos en sus respectivas zonas de trabajo. Yo controlaba una por una las líneas ya terminadas, y rechazaba —junto a los inspectores de UTE— las

## Memorias de un emigrante

líneas telefónicas defectuosas. De tarde iba a la oficina de Telefonía de UTE para llevar la lista de abonados ejecutados el día anterior para que la Oficina Central pudiera recibir las líneas y colocar los aparatos telefónicos.

También exigía nuevas listas de abonados para ejecutar o pedir el cambio de las cajas de dispersión por otras mejor ubicadas. Cuando volvía de tardecita a mi oficina de la calle Mariano Sagasta, era para recibir a los grupos de operarios a su regreso del trabajo y preparar la actividad para el día siguiente.

Mi padre organizaba él solo la administración de la obra, y con la sola ayuda de un muchacho de 14 años preparaba todas las noches los insumos que los grupos debían llevarse al otro día. El hacía el control permanente de los stocks de materiales y avisaba con tiempo la falta de alguno de ellos. Me ayudaba con la confección del certificado semanal de producción que él mismo había controlado y sugería permanentes cambios en la administración de la obra, los que generalmente mejoraban sustancialmente la producción. Gracias a la ayuda de mi padre la obra se transformó, en muy pocos meses, en una fuente de ingresos importante, y una razón más para mirar el futuro con optimismo y alegría. El chico de 14 años que trabajaba con mi padre, Miguel Angel Pagés, siguió trabajando conmigo durante más de 20 años, y terminó siendo el capataz general de mi empresa después de haber aprendido y trabajado en cada una de las tareas de la Construcción. He terminado queriéndolo como si fuera hijo mío.

En mi apartamento de la Calle Convención trabajaba para la Empresa un joven casi arquitecto –le faltaban dos materias para recibirse– Ermano Sapino. El se ocupaba de la parte legal, de las planillas de personal, de los seguros, de la caja, de los certificados mensuales de obra etc. etc.

Con Ermano se cerraba el círculo de los colaboradores en mis comienzos como Empresa independiente.

### **b) SOCIALIZACIÓN FALLIDA**

A casi dos años del comienzo de las obras, habíamos llegado a instalar casi 25.000 líneas de abonados, y UTE estaba muy conforme con el ritmo de las

obras y con la calidad de las terminaciones de las líneas de abonados. Consecuentemente amplió el contrato con otras 20.000 líneas.

Estábamos eufóricos. Todo un éxito. Además la obra estaba dejando buen dinero una vez que aprendimos a economizar los gastos generales, gracias a una mejora de la rutina diaria y al hecho de que mi padre había llegado a mejorar mucho los costos administrativos.

La producción crecía diariamente.

Hablé con mi padre: *"creo papá que ha llegado el momento de asociar a los operarios en las ganancias de la obra. Son ellos los que hacen el esfuerzo y creo que es el momento de darles la oportunidad y asociarlos a la Empresa"*. Mi padre, después de meditarlo un rato me contestó: *"segús siendo el mismo socialista iluso de tu adolescencia. Puede ser que tengas razón, aunque yo no lo creo. Lo mejor sería hablar antes con tu contador, y ver – junto a él– si conviene hacer este cambio aquí, en el Uruguay. Ya viste que ni siquiera en Rumania los comunistas lo han propuesto"*.

Le dije: *"es que yo no soy comunista papá, tengo el alma socialista, me gustaría probarlo"*.

Conversé con mi contador, el Cr. Laffite, excelente profesional y amigo. Cuando Laffite oyó mi propuesta pegó un grito al cielo: *"estás loco? El Uruguay no está hecho para estos experimentos. Quieres fundirte? Te va demasiado bien y quieres suicidarte?"*

Me mantuve firme: *"vamos a probar de todas maneras, espero que mi idea sea comprendida por los operarios"*. *"Que Dios te ayude"* fue la contestación del contador.

Al otro día convoqué una asamblea general de administrativos y operarios en el depósito. Les expliqué la idea de una manera simple, para que todos la pudieran entender: *"pienso compartir de ahora en más las ganancias con ustedes. Un 50% será mío (antes que nada pagaremos los gastos, sueldos, combustibles, la oficina etc. para saber cuánto queda de ganancia) y un 50 % será de ustedes. Van a designar un representante para controlar los gastos y las ganancias junto a mi padre y al contador. Con mejor trabajo y con mayor producción, mayor será vuestra ganancia. Haremos una prueba por 6 meses y si todo resulta como yo lo espero, lo formalizaremos"*

Siguió un fuerte silencio. Me dio la impresión que nadie había entendido nada de lo que les había propuesto, o creían que había enloquecido.



Tímidamente, uno de los operarios me preguntó: *"y si usted se funde, ingeniero, nosotros que recibimos?"*

Para romper el hielo le contesté riendo: *"tengo la esperanza de que no nos fundiremos. Todo va a depender de vuestro trabajo."*

Así comenzó a funcionar la primera empresa socialista en el Uruguay. Lamentablemente resultó ser un desastre. Las quejas llegaban a diario: *"o lo echa de inmediato a fulanito porque lo encontré fumando en el pretil, o durmiendo en una azotea, o denunció el convenio. Cómo vamos a mejorar la producción con gente así? Lo echa de inmediato"*. Cuando contestaba que íbamos a tomar de inmediato medidas, pero que por ser una primera vez no lo íbamos a despedir, se sentía en el aire un resentimiento remanente entre los operarios que se intuía desde lejos. Se estaban denunciando entre sí. Las denuncias de todo tipo se acumulaban, por lo que a los 6 meses tuvimos que anular de común acuerdo el convenio verbal acordado por no servirles a ninguna de las dos partes. SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

### **c) LA VIVEZA CRIOLLA**

Estaba triste y muy decepcionado por el resultado desastroso de mi intento de socialización del trabajo y por tener que darle la razón al contador Laffite. Pero como la obra seguía dando buenos dividendos, y como los muchachos se merecían un premio por su esfuerzo, idee otra manera para incentivarlos. Los datos estadísticos daban una producción por equipo casi constante. Les comuniqué entonces a mis operarios que aquellos grupos que llegaban a mejorar la producción durante toda la semana en un 20% iban a recibir regalos de parte de la empresa, regalos que no serían en efectivo (para no crear cargas sociales), pero sí eran proporcionales a la producción. Durante más de un año entregamos regalos todos los sábados al medio día, regalos consistentes en relojes suizos, perfumes, cigarrillos importados, o radios "spica". Con 8 semanas consecutivas de merecer premios, se les regalaba un televisor, y esto que recién se había inaugurado la televisión en el Uruguay. Casi todos mis operarios terminaron teniendo –en sus domicilios– alguno de los regalos entregados

por la Empresa semanalmente. En uno de los últimos concursos que duró 3 meses, festejándose el fin de año, el premio entregado fue una motoneta Puch de 125 cm<sup>3</sup> de cilindrada.

Pero no contaba con la "viveza criolla".

Yo inspeccionaba la mayor parte de las líneas telefónicas antes de entregarlas, pero llegó un momento que apenas podía llegar a controlar un % de lo ejecutado, quedando las demás inspecciones en manos de los inspectores.

Lo que no se me había ocurrido ni pensar fue que algunos de los operarios, —para poder asegurarse su premio semanal— tendían una parte de las líneas telefónicas sin engramparlas siquiera, tirando los cables sobre las azoteas (adonde no eran visibles) a la buena de Dios. Ellos estaban generalmente en combinación con los inspectores quienes les aceptaban las líneas inspeccionadas por ellos, dándolas por buenas. De esta manera el operario podía mejorar la producción con más de un 20% y tenía derecho al premio mayor. Me di cuenta de la trampa recién cuando un perro mordió una de las líneas sueltas tiradas en una azotea sin engrampar, línea a la cual el perro, jugando, terminó por masticar. Fue todo un escándalo. Encontré más de estas líneas telefónicas trampeadas y tuve que despedir a varios de los operarios antes de que UTE encontrara la trampa y nos sancionara.

Tuve que organizar, desde aquel momento un control férreo de los trabajos, y usar mano dura con los tramposos.

Durante la ejecución de la obra encontramos muchas diferentes "vivezas criollas" que nuestros operarios ponían en práctica, pero hablaré únicamente de otra de las tantas. Teníamos excelentes operarios que habían aprendido muy bien su trabajo. Eran trabajadores serios y muy rendidores. Habían venido del campo, eran hijos de gente del campo sanos, muchachos fornidos, atléticos y muy bien parecidos. Mi preocupación era que no se tentaran y llegaran a robar en la casa de los abonados mientras estaban instalando las líneas telefónicas en el interior de las mismas. Por esta razón conversaba seguidamente con las señoras dueñas de las casa mientras controlaba la producción diaria de los equipos, averiguando también el comportamiento de mis operarios. Un día

## Memorias de un emigrante

mi padre me llamó la atención de que varios de los operarios habían minimizado últimamente su producción, a pesar de que se encontraban entre los mejores de mi plantel. Fui a averiguar lo que pasaba y... menuda sorpresa tuve.

La visita de los operarios a las casas se hacía generalmente en la mañana cuando los maridos estaban fuera de sus hogares trabajando. Las esposas, tentadas por el cuerpo atlético de alguno de mis operarios, les proponían hacerles el amor, pagando a veces fuerte sumas de dinero por el servicio. Los muchachos, encantados por la "entrada extra" y por la aventura en sí, se olvidaban de las líneas que debían construir y se dedicaban al nuevo oficio de "sex-boys" con todo el entusiasmo. Tuve que despedir —con dolor en el alma— a varios de mis mejores muchachos para evitar una probable crisis que podía avecinarse en cualquier momento, como por ejemplo, la llegada prematura de algún marido.

## **TRANSICIÓN**

El contrato con la empresa TECHINT S.A. me había servido para aprender cómo manejar gente, cómo relacionarme con los clientes y cómo organizar una infraestructura que llegó a ocupar más de 180 operarios. El trabajo de telefonía se había transformado ya en rutina, así que decidí diversificarme e incursionar dentro del rubro "construcciones viales y civiles", rama de la ingeniería que era mi verdadera especialidad.

Convoqué al Directorio de TECHINT en una de las reuniones periódicas que tenían y les propuse que se presentaran a otro tipo de licitaciones.

La Intendencia de Montevideo estaba por comenzar una serie de contratos de bacheo de las calles, pluviales y pequeños saneamientos en la ciudad.

Les dije que me sentía preparado para calcular y ejecutar para ellos estas licitaciones, realizándolas como Empresa tercerizada. Les pedía que se hicieran cargo de la financiación de las obras y del aporte de los camiones y de la maquinaria pesada necesaria. TECHINT ya había importado recientemente, máquinas que estaban paradas en su depósito de Carrasco.

## Memorias de un emigrante

Al Directorio le encantó la idea de diversificarse, y aprobaron mi plan tentativo. Desde aquel momento, y por muchos años, TECHINT S.A. financió las obras que ganábamos nosotros en licitaciones públicas y nos proporcionaba la maquinaria pesada y el hormigón. Para poder cumplir con las necesidades cada vez mayores de las obras, construyeron sendos silos en su predio de Carrasco, una de las primeras centrales de hormigón del país, importando 3 camiones hormigonera. Así siguió un largo período de colaboración entre las dos empresas, durante el cual hemos realizado gran número de contratos tanto de bacheo de las calles, de pluviales y de pavimentos reforzados de hormigón.

Una de las tantas obras realizadas fue la construcción del pavimento de la Avenida Agraciada entre las calles Acencio y el Viaducto del Paso Molino, pasando el arroyo de "Quita calzones".

## **AGRACIADA**

Fue una experiencia inolvidable. Había que transformar la vieja calle en una avenida ancha y moderna, acondicionando al mismo tiempo las pluviales, el saneamiento, la iluminación, los semáforos y la reconstrucción de las veredas. La obra comenzaba en la calle Acencio. El terreno era muy fangoso y hubo que usar los métodos más modernos para estabilizar la sub-base antes de construir la Avenida proyectada. Había que entubar la cañada de "Quita Calzones" –ubicada a unos 100 mts. del Viaducto– antes de atacar la sub-base de la futura avenida. Toda esta gigantesca obra había que construirla sin interrumpir en ningún momento la circulación.

Yo tenía un equipo de operarios fogueado en muchas otras obras similares, pero me tocó una inspección municipal terriblemente exigente.

La obra debía terminarse en un tiempo récord y hubiese sido imposible realizarla dentro de los tiempos contractuales si no teníamos también la cooperación y colaboración de los municipales.

## Memorias de un emigrante

El Intendente de Montevideo, el Dr. Rachetti, visitaba la obra diariamente a las 7.30 de la mañana. Él era un visitante severo y sabía hacerse respetar por sus subalternos.

No es intención mía profundizar sobre la parte técnica de la obra, pero contaré dos momentos puntuales de su ejecución.

Teníamos un verano muy lluvioso, lo que complicaba mucho poder cumplir con los plazos contractuales. Además, cada lluvia traía más barro que había que volver a retirarlo una y otra vez, tener permanentemente las bombas en funcionamiento para achique, y cambiar a cada rato el programa de la obra y el plan de avance. A pesar de esto, había que terminar en fecha. El Dr. Rachetti, en sus visitas, se mostraba implacable, y los sobrestantes municipales tenían por esta razón un humor inaguantable. Había que tranquilizar el ambiente, o todo iba a terminar con problemas.

Uno de los tres sobrestantes, un individuo gordo y siempre cansado, conseguía siempre un cómodo lugar en los boliches (había uno en cada esquina) de donde podía controlar la obra mientras se tomaba sus varias grapitas (pagas por la Empresa). Terminada la jornada de trabajo lo llevábamos a su casa dormido, en la camioneta y se lo entregábamos a su señora esposa.

Faltando solamente 6 meses para la fecha contractual de entrega de la obra, los sobrestantes se habían puesto ya insoportables. Como ya no creían en que la obra se iba a terminar en fecha, temían por su propia carrera.

Había que tranquilizarlos de alguna manera para dejarnos trabajar en paz. Cuando les pedí –una vez más– la colaboración me contestaron en coro: *"claro, ustedes hacen la plata mientras nosotros tendremos toda la responsabilidad si ustedes no terminan la obra en fecha. Mire la camioneta Peugeot en la que se desplaza uno de sus capataces. Y nosotros colgados en el autobús"*.

Entendí la indirecta, y les conteste: *"me dejan trabajar en paz y les regalo la Peugeot cuando termine la obra, ¿de acuerdo?"*

Me dejaron en paz, terminé exitosamente la obra y les entregué la llave de la camioneta.

Fijamos la fecha de la entrega oficial de la obra para un día sábado. El corte de la cinta, himno nacional y un almuerzo en uno de los mejores boliches de la avenida Agraciada y Bv. Artigas. La Intendencia nos confirmó que iban a participar de la ceremonia y del almuerzo unas 20 personas incluso el señor Intendente, el Dr. Rachetti.

De TECHINT S.A. venían 10 personas, y nosotros éramos unos cuantos también. Calculé –entre todos– unas 50 personas, más la prensa.

Mi capataz, Miguel Angel Pagés le había comentado un día al Intendente que la comida la iba a preparar él. Que sería él quien prepararía el matambre arrollado al plomo, según la fórmula secreta de su bisabuela.

El Dr. Rachetti, curioso, quiso saber más sobre esta preparación. Miguel Angel le explicó cómo iba a preparar el matambre, cómo lo iba adobar con su fórmula secreta, cómo lo iba a enrollar en papel plomo y cómo finalmente iba a hacer un pozo en tierra virgen, enterrar el matambre, y hacer encima el fuego con carbón de leña durante largas 4 horas.

La expectativa era grande. Todos querían saborear este manjar.

Lo que nadie calculó fue que el sábado elegido llovió durante todo el día, así que el fuego al aire libre se apagaba constantemente. Construimos de apuro un techito al fondo del jardín de un vecino, y, protegido de la lluvia pertinaz, Miguel Angel comenzó a preparar los 15 matambres arrollados desde las 8 de la mañana. Todo su honor estaba en juego aquel día.

Cuando a las 11 de la mañana tuvo que aceptar que con la tierra húmeda sus matambres no se iban a cocinar nunca, los sacó del pozo furtivamente y se los llevó al panadero de la esquina para terminar la cocción dentro de su horno de pan.

Una vez terminada la ceremonia de inauguración, y después de que la gente tomara un tentador aperitivo con whisky y algún picadillo, 2 mozos aparecieron llevando los esperados matambres arrollados colocados en sendas bandejas. Miguel Angel juró que acababa de sacarlos del pozo a pesar de la incesante lluvia. Los matambres arrollados resultaron realmente deliciosos y todo el mundo terminó pidiendo la receta secreta, que mi querido capataz, modestamente, se negó de revelar.



## **CAMBIOS**

He trabajado bajo el paraguas de TECHINT S.A. durante muchos años. Fueron años de aprendizaje y de desarrollo. Me encontraba muy cómodo trabajando junto a ellos y ya había realizado todo tipo de obras, teniendo un equipo de excelentes operarios a mis órdenes que me seguían siempre.

El ingeniero Sebasti depositó toda su confianza en mí y me sub-contrató la totalidad de las obras de TECHINT S.A. durante casi 10 largos años. TECHINT S.A. aportaba la financiación, el hormigón y las máquinas viales. Todo lo demás lo ejecutaba mi empresa en sub-contratos sucesivos y permanentes.

Avalando la total confianza que los Directivos de TECHINT S.A. me tenían tanto a mí como a mi empresa, el Ing. Sebasti me llamó un día a su oficina para ofrecerme un cargo en la Directiva de TECHINT S.A.

Mi espíritu independiente y el deseo de seguir trabajando por mi cuenta me hizo declinar tal excelente ofrecimiento. Muchos años después lo lamenté.

El Ing. Sebasti falleció inesperadamente a causa de un problema coronario, y TECHINT S.A. cambió de Presidencia. En lugar del Ing. Sebasti fue nombrado Director de la Empresa el Ing. García Suárez.

Ex empleado de UTE, el Ing. García Suárez contaba con la total confianza del Ing. Sebasti quien lo había contratado personalmente varios años atrás, haciendo que abandonara su empleo en UTE. Yo mantenía una excelente relación con el nuevo Director, con quien había tenido que tratar permanentemente durante años por temas administrativos.

Las dos empresas siguieron trabajando todavía en estrecha colaboración por algo más de un año.

Un día me llamó el Ing. García Suárez muy preocupado para plantearme un tema enojoso. Me explicó que el Directorio de TECHINT S.A. de Buenos

Aires le había exigido a TECHINT.S.A. de Montevideo que formara su propio equipo de trabajo a la brevedad y que dejara de sub-contratar las

obras. La misma titularidad de García Suárez dentro de la empresa TECHINT estaba en juego. Era –evidentemente– el divorcio. Nos pusimos de acuerdo en terminar las obras que se encontraban todavía en curso y fijar un tiempo razonable de un año durante el cual no íbamos a competir una empresa contra la otra en las licitaciones.

El arreglo me dejó un sabor amargo. Tenía que depender de ahora en más únicamente de mí, tanto en lo técnico como en lo financiero. Lo financiero me tenía mayormente preocupado. Nunca había trabajado con los Bancos para financiar las obras y por lo tanto no tenía antecedentes bancarios.

Mi padre era el gran experto en finanzas de mi equipo, pero ya había fallecido. Yo había dejado siempre en el pasado el tema financiero en sus expertas manos. Ahora era imperioso reorganizar todo. Estaba obligado a adecuarme urgentemente a esta nueva y difícil situación.

## **MANGANESO**

Corría el año 1964. Estaba construyendo todavía la Planta de Conaprole en Villa Rodríguez, departamento de San José, junto con varias líneas de Baja Tensión en Colonia y dos depósitos para la familia Otegui en Trinidad. Un par de veces por semana –por lo menos– visitaba estas obras de la zona oeste del país, mientras seguía con las demás obras de Montevideo. Hubo momentos en que tenía que atender 5-6 obras a la vez. Recorriendo la zona de Arroyo Grande, localidad situada al límite de tres departamentos, Trinidad, San José y Colonia, había encontrado en un campo unas rocas negruzcas que me recordaban mucho los yacimientos de manganeso que había visto aflorar en Rumania al pie de los Cárpatos. Recogí varias de las rocas y las llevé al laboratorio de la Facultad. Eran rocas naturales conformadas por una mezcla de manganeso y de hierro. Me dijeron que podía ser un yacimiento importante, en un país que no conocía la riqueza minera. Mandé otras rocas para su estudio a Buenos Aires y me llegó un informe de que estaban compuestas por un 65% de manganeso de excelente calidad y un 30% por hierro. El manganeso y el

hierro se podían separar de la sílice usando un complejo proceso de fundición. Comencé a estudiar libros de mineralogía para conocer el procedimiento industrial que se debía usar y conocer cuáles eran las leyes de minería que regían en el Uruguay.

Me enteré que las leyes le garantizaban la propiedad de la tierra a su propietario y le otorgaban el subsuelo al denunciante del yacimiento permitiendo el proceso de extracción, previo pago de los laudos correspondientes y asegurando el cuidado del bien. Llevé un agrimensor al lugar y me confirmó que la cantidad de roca que se encontraba a la vista ya era suficiente como para justificar una inversión. Y que la profundidad del yacimiento podía ser muy importante, siendo este yacimiento una riqueza nacional que se debía aprovechar. Fui de inmediato al Instituto Geológico del Uruguay cuyo director era el Ing. Caorsi, y comencé con los trámites legales para denunciar dicho yacimiento. Fuimos al lugar del yacimiento varias veces con gente del Instituto Geológico para comprobar la seriedad de la denuncia, y la explotación del yacimiento me fue otorgada a los pocos meses. Fue cuando me enteré que el propietario de la estancia era el Dr. Rachetti y que se encontraba bastante molesto. Hicimos con él un trato de caballeros. Ibamos a alambrar el perímetro de terreno en el cual se iba a trabajar y se fijaba una servidumbre de paso a través de la estancia para llegar al campamento. La estancia iba a venderle a los operarios dos ovejas por semana para el consumo. Asocié para esta aventura a un amigo, quien se había entusiasmado con la idea de tener un yacimiento propio, y de inmediato comenzamos a alambrar y a construir un galpón prefabricado de dolmenit, ya que los operarios debían vivir permanentemente en la obra, excavar el pozo para conseguir agua, el generador para la luz, bombas para el achique, los compresores y las demás maquinarias necesarias para trabajar en piedra. Se excavaban trincheras siguiendo la ubicación visible de la roca a ras de la tierra y se usaban explosivos para realizar dichas excavaciones. Llevábamos los cartuchos de dinamita escondidos, ya que el transporte del material explosivo estaba totalmente prohibido sin tener un permiso especial otorgado por el comando militar y sin tener la compañía

## Memorias de un emigrante

permanente de un soldado. A veces traíamos con nosotros la custodia militar, pero muchas otras veces veníamos sin ella por lo engorroso y demorado del trámite. Tratábamos de que no se oyera desde fuera el ruido provocado por las explosiones, pero no era siempre posible. Por lo tanto convenimos con la comandancia local que nos dejaran trabajar bajo nuestra responsabilidad, manteniéndolos siempre informados.

La vida en el campo no era fácil, y muchas veces nos limitábamos a comer las colas de los lagartos asadas o en caldo.

Cuando pudimos, por fin ofrecer un importante volumen de material para la exportación, nos enteramos que las canteras de manganeso brasileras ofrecían manganeso al mercado mundial mucho más puro que el nuestro y a mitad de precio. Tuvimos que cerrar el emprendimiento faltando muy poco para una quiebra. Habíamos gastado una fortuna en esta ilusión y todo se había esfumado. Le hemos dejado al Dr. Rachetti el galpón de nuestro campamento. También dejamos todo el alambrado hecho dentro de su predio. Lo hicimos en compensación por las trincheras abiertas que no volvimos a tapar. Negocio fracasado, dinero invertido, ilusiones y dinero perdidos.

## **LA FAMILIA**

He vivido solo durante 37 años, así que estaba acostumbrado a la vida de soltero independiente y sin ataduras. Me gustaba dormir solo en mi cama matrimonial, llegar a casa a las horas más impensadas sin que nadie me lo reprochara y decidir lo que iba a hacer sin consultar jamás con nadie. Había conocido evidentemente a muchas mujeres interesadas en el matrimonio, pero la sola idea del casamiento me provocaba piel de gallina.

Conocí a Maruja en 1959, cuando me ayudó desinteresadamente a rescatar a mis padres de Rumania. Me había encantado como mujer y como amiga, ya que era una encantadora compañera, siempre dispuesta a ayudarme o a conversar conmigo en mis malos ratos durante los cuales tenía mucha necesidad de descargar con alguien mis emociones. Cuando mis padres llegaron finalmente a Montevideo, fue muy servicial y cariñosa con ellos y siempre dispuesta a ayudarlos en los difíciles momentos de la adaptación en un país nuevo y con un idioma desconocido por ellos. Maruja no habla rumano y mis padres no hablaban español, pero a pesar de esto charlaban durante horas y

## Memorias de un emigrante

Maruja salía de compras con mamá. Nunca pude entender cómo lo hacían. Se ganó de inmediato el cariño de mis padres y cuando papá y yo llegábamos de noche a casa cansados por el intenso trajín del día, mi madre me preguntaba: "*¿por qué no te casas con esta chica encantadora?*" Mi contestación era casi siempre un fuerte gruñido.

Maruja y yo íbamos bastante a menudo a cenar a alguno de los restaurantes de Pocitos para poder charlar libremente fuera de casa. Un día volvíamos alegres de una de estas reuniones. Yo había tomado probablemente demasiado vino tinto francés en la comida, vino que se me había subido sin duda a la cabeza. Me encontraba romántico, feliz y muy sentimental. Me oí decirle a Maruja: "*¿qué te parece si nos casamos?*"

Cuando reaccioné era muy tarde. Me consolé diciéndome que había pasado por tantas cosas difíciles durante mi vida que realmente ya no me quedaban más que dos cosas que no había probado todavía: pegarme un tiro o casarme. Y que probablemente, casarse era el menos doloroso de los dos.

Corría el año 1962. Hemos tenido un matrimonio muy feliz, disfrutando de increíbles momentos de bonanza, como también capeando una infinidad de frustraciones. Maruja fue una soñada compañera en mi vida. Escribo estas líneas el día en que cumplimos 46 años de casados. Para mí, Maruja fue siempre una verdadera bendición.

Cuando el Cabo San Roque tocó el muelle del puerto de Montevideo, mis padres, emocionados y todavía aturdidos no se imaginaban siquiera la recepción que les había preparado. Una vez cambiados los saludos con los pocos amigos que estaban en el puerto para darles la bienvenida, fuimos al apartamento que les había preparado con mucho cariño en la calle Convención. Deseaba de corazón que no extrañaran demasiado nuestra querida casa abandonada por ellos en Bucarest. Arreglé el apartamento del 4to. piso de la calle Convención como un verdadero hogar: muebles estilo, todos los artefactos de cocina que se necesitan en la casa de uno, ropa de cama, cubiertos para 6 personas, y flores por dondequiera. Sabía que ellos habían salido de Rumania con autorización para llevarse únicamente dos valijas y que nunca más podrían

reencontrarse con las obras de arte y las bellezas abandonadas dentro de nuestro hogar rumano.

País nuevo ... vida nueva. No había lugar para la nostalgia.

La llegada de mis padres me cambió la vida. Por de pronto terminó de a poco mi estado de nerviosismo casi permanente causado por una enfermiza preocupación por la vida de mis padres. También cambió mi vida alocada de soltero casándome con Maruja.

Mi padre decidió acompañarme de inmediato en el manejo de las obras. El se encargó de la parte administrativa y yo de la ejecución de las obras y de la preparación de las licitaciones. Recuerdo a mi padre manejando a mis operarios en el depósito de la calle Sagasta y preparando con su ayudante de 14 años de edad los materiales necesarios para la producción diaria, rezongando a los obreros perezosos etc. . Hablaba sólo en francés, ya que mi padre no hablaba todavía el español. Los obreros lo escuchaban en silencio y atinaban a contestar "*si, Don Carol, tiene razón*" sin entender la razón de la queja de mi padre, pero tratando de corregir lo que ellos reconocían haber hecho mal. Todo el mundo respetó a mi padre. Tenía un conocimiento de gente increíble, y una excepcional simpatía para hacerse atender. El fue quien me introdujo en los secretos de las relaciones públicas con los Bancos y quien me enseñó la modalidad correcta para abordar con éxito a un Gerente General cuando se necesitaba del crédito bancario.

Mientras vivió mi padre, pude dedicarme exclusivamente a las obras y a las licitaciones, y llegamos a tener 5-6 obras diversas en marcha, ubicadas en todos los rincones del país. Viajaba tranquilo por saber que mi padre cuidaba los gastos y el equilibrio financiero de la empresa. Los 6 años que mi padre colaboró conmigo me permitieron ganar dinero suficiente como para comprarme una casita en Solymar y comenzar a financiar un apartamento propio de 360 m<sup>2</sup> en Montevideo frente a la Rambla de Pocitos. Estaba trabajando de sol a sol y los siete días de la semana, pero las obras daban su fruto, y podía decir que –por fin– estaba comenzando a "hacer la América" de mis sueños de adolescente.



## Memorias de un emigrante

Mi padre murió en 1969 debido a un cáncer que le truncó la vida. Murió en los brazos de mi esposa, ya que yo estaba buscando desesperadamente en aquel momento un medicamento milagroso el cual no pude conseguir a tiempo. Con la muerte de papá terminaron para mí y para siempre los mejores años que tuve para disfrutar junto a ellos este Uruguay increíble.

Lamentablemente mi madre vino desde Rumania ya muy deteriorada tanto físicamente como moralmente. La angustia, el miedo al gobierno de terror comunista, la separación de su único hijo, el miedo a los allanamientos y al mañana incierto la habían destrozado como ser humano. Vivía preocupada permanentemente y una senilidad prematura combinada con un reuma deformante le quitaban la posibilidad de disfrutar de la nueva vida.

Mi madre vivió muchos años más y pudo disfrutar de su nietito Carlos Enrique nacido en 1966, pero su mente estaba todavía en Rumania y estaba esperando siempre el "allanamiento" de su hogar debido a alguna denuncia maliciosa. Mi madre ha adorado siempre a mi esposa Maruja y en los últimos años de su vida creía que Maruja era su hija, y me preguntaba a mi quién era yo. Recibí resignado la noticia de su muerte, ya que sinceramente no podía ya verla vivir así: una mujer linda, inteligente y muy culta había desaparecido quedando en su lugar a una mujer senil que no reconocía ni a su propio hijo ni recordaba tampoco a su muy querido esposo.

El 10 de abril de 1962 me casé con Maruja. Tengo que confesar que estuve muy asustado cuando decidí casarme y así se lo dije a mi futura esposa. Todo era nuevo para mí, desde compartir los lugares en la cama, estar en casa a horas pre-fijadas para almorzar y/o cenar, consultar temas que siempre había resuelto solo, e involucrarme a una vida social que nunca antes había tenido. Salimos en viaje de bodas para Europa adonde, además de visitar lugares muy queridos, estaba presentando a mi esposa a mis antiguos compañeros de la facultad y algunos amigos de mi infancia.

Uno de ellos le dijo a mi esposa: *"lamento, pero pienso que vuestro matrimonio durará menos de un año, a lo sumo. No le conocemos compañera a tu marido que haya durado más de 6 meses"*. Y la pobre mujer contestaba: *"ya lo veremos"*.

## Enrique Coman

Como buena católica, Maruja no faltaba nunca a la "comunión diaria", costumbre que yo debía respetar. Su médico de cabecera me había advertido que no le diera de comer nada pesado durante el viaje para que no llegara a tener problemas con su hígado. Siguiendo estos sabios consejos la llevé –apenas llegados a París– a conocer les "Folies Bergères", ubicándonos en la primera fila, para que Maruja pudiera ver de cerca todas aquellas preciosas chicas desnudas. Creo que esta experiencia ayudó mucho para que se olvidara para siempre de la "comunión diaria".

Comíamos todo tipo de comidas en los mejores restaurantes y Maruja nunca sintió molestia alguna. En Roma aprendió a pelear con los monjes del Vaticano quienes le querían cobrar cada vez que ella deseaba que le bendijeran algún crucifijo para llevarlo de regalo una vez llegados a casa.

Yo aprendí a formar equipo cerrado con ella y la experiencia me ha resultado sorprendente.

Ella comenzó a actuar como ama de casa, ocupándose mucho de mis padres, especialmente de mi madre enferma, hasta que en 1966 nació Carlos Enrique. Ha sido siempre una madre extraordinaria y muy solícita, posiblemente demasiado permisiva con nuestro hijo. Apenas casados compramos la casa de Solymar, adonde pasábamos todos los fines de semana los 5 juntos, además de los tres meses de verano enteros, mientras que mi padre y yo salíamos para las obras que teníamos en ejecución.

En 1966, con el nacimiento de nuestro hijo varón, invertí dinero en la compra de un elegante apartamento en construcción de 360 mts<sup>2</sup> frente a la playa de Pocitos en el que nos mudamos recién en el año 1968.

El 11 de marzo de 1966 nació nuestro único hijo Carlos Enrique. Hubiese querido llamarlo Carol, como a mi padre, pero –una vez más– el registro civil me lo cambió por Carlos, ya que para ellos Carol era nombre de mujer. Nuestra alegría como la de mis padres fue indescriptible. Para mí, con mis 42 años de edad, tener un hijo era una experiencia apasionante. Una gitana rumana nos había dicho que para tener suerte y para que el niño estuviera protegido y tuviera felicidad, no había que comprarle ropa alguna antes del nacimiento.

## Memorias de un emigrante

Así que –por las dudas– no le compramos ni un solo pañal antes del momento de su nacimiento. Una vez nacido, salí como saeta para la tienda DANIBE y les dije: "*tengo un varón, necesito de todo*" y al rato tenía la camioneta llena de pañales, pijamas, zapatitos etc. que llevé a toda velocidad al Hospital Italiano, lugar de su nacimiento.

Carlos Enrique fue toda nuestra alegría y Maruja fue en todo momento una excelente madre. Cuando papá murió, Carlos tenía 2 años y medio, y estoy seguro que su mayor felicidad fue verlo a este nieto que adoraba y con quien se pasaba jugando en Solymar los sábados de tarde y los domingos. A los dos los acompañaba también en sus juegos –en el jardín– nuestro perro policía "Lucky 1", quien cuidaba permanentemente para que nuestro hijo no saliera a la calle.

Pasaron los años, nuestro hijo creció, pasó por ser jugador de baby football a los 5 años en "Uruguay Solymar", a los 3 años entró de pupilo en el "Lycée Francais" hasta los 11 años, siguió "Christian Brothers" hasta los 16 años. Después decidió no estudiar más nada.

Carlos trabajó en las obras ejecutadas por nuestra empresa durante varios años, con el propósito de aprender el "métier" de esta profesión, y cuando llegó a la conclusión que trabajar conmigo era para él una verdadera tortura, se casó y se fue del país con su flamante esposa de 20 años Ericca.

A fines de 1969 murió mi padre y tuve que cambiar radicalmente la organización de mi empresa. Mi señora se ocupaba de la casa, de nuestro hijo, de mi madre, y de la educación de Carlos Enrique quien había entrado como pupilo al "Lycée Francais" a la edad de 3 años. Yo era siempre una visita en casa, ya que teníamos obras en todos los rincones del país y tenía que viajar permanentemente para organizar, cuidar los resultados técnicos y financieros, y organizar la compra de los materiales necesarios para cada una de las obras. Durante todos estos años mi esposa hizo de madre y de padre en casa.

Muerta mi madre después de una larga agonía, Maruja siguió cuidando de la educación de Carlos, mientras que con su coche FT se pasaba llevando y trayendo a Carlos y a sus compañeros de las clases a sus casas, de las casas a

otras clases, llevarlos a fiestas, a los campos de deporte etc. mientras que yo estaba ausente en todas estas actividades por estar en el interior, exigido por un cúmulo de obras y de problemas para resolver.

Maruja iba a buscarme los viernes de tardecita al aeropuerto de Carrasco a la llegada del avión que me traía de Artigas o de Salto para llevarme a casa. Después de asearme debía volver a salir casi de inmediato de casa para cumplir con otras obligaciones y citas de negocio.

No hay duda que Maruja ha sabido multiplicarse y mostrar siempre, con mucha modestia pero con firmeza que no había tarea que ella no haría con tal de asegurar la armonía y el bienestar familiar.

Muchas veces me tocó ir a inspeccionar las obras durante las vacaciones escolares de Carlos, y entonces aprovechaba el viaje para salir los tres juntos, y poder –de esta manera– estar en familia unos cuantos días disfrutando del paseo.

Recuerdo el día que fuimos los tres, más dos amigos colados de Carlos a inspeccionar las obras de la ruta 5 y después de quedarnos una noche en Tacuarembó, fui a vigilar la construcción de un puente en la ruta 26, en el paraje Caraguatá. Mientras yo me pasaba el día en el puente verificando sus pilares, Carlos y sus dos amigos jugaban en el campamento de Caraguatá. Terminaron metiéndose en un galpón lleno de ovejas. Cuando volví al campamento de tardecita me encontré con un panorama tragi-cómico. Los chicos habían salido del galpón con sus cuerpos cubiertos de pequeñas manchas rojas. Mi esposa dijo: "*sarampión*". El casero dijo: "*pulgas de las ovejas*". Maruja tuvo que desnudarlos de inmediato a los tres y hacer hervir la totalidad de sus ropas infestadas por las pulgas.

Por miedo a que me durmiera manejando el coche de noche mientras viajábamos solos, mi esposa se pasaba conversando permanentemente y preparando cafés en una máquina de café instalada en el tablero del coche.

En 1979 terminé los planos para la infraestructura vial del Parque Posadas para el Arq. Pérez Noble. En compensación por el no pago de una parte de mis honorarios, me habían entregado un local en el Centro Comercial del

## Memorias de un emigrante

Conjunto. Maruja aprovechó la tenencia del local para instalar una linda confitería exclusiva en el Parque Posadas. Trabajaba desde las 8 de la mañana hasta las 19 de la tarde, y, cuando estaba yo en Montevideo, le completaba el turno de la noche hasta las 24. Además me ocupaba de su contabilidad y de las compras, lo que le permitía a Maruja dedicarle más tiempo a Carlos. El negocio fue todo un éxito como logro personal y clientela satisfecha, pero un gran fracaso económico.

Maruja empleaba solamente productos caros y de primera calidad en sus comidas y postres, lo que terminó comiéndole todas las ganancias.

Por suerte pudimos viajar bastantes veces al extranjero durante estos años. Estuvimos 4 veces en los USA visitando a mi familia, dos veces en Rumania para que Maruja conociera mi país de origen, y 5 o 6 veces en Europa para visitar a nuestro hijo en España o a nuestro nieto en Tenerife.

A todo esto llegó la famosa tablita la cual me encontró con un préstamo en los Bancos de 400.000 dólares, que de ninguna manera podía devolver después de la rotura de la tablita, debido a la distorsión del valor del dólar. Para pagar el préstamo tuve que vender mi apartamento de Pocitos como también el de la Calle Colonia que le había comprado al Banco de Salto 4 años atrás, y en el cual tenía instalada la administración de mi empresa.

Me declaré en quiebra, aunque pagué la totalidad de mis deudas tanto a particulares como al Banco. Para poder saldar mis deudas tuve que vender todas mis propiedades menos la casa de Solymar. En 1983 Maruja tuvo que cerrar también su negocio de Parque Posadas por no ser redituable.

Mi esposa ha pasado momentos muy deprimentes junto a mí, y algunos momentos de verdadera desesperación en 1983, cuando había tomado la decisión de irme para los USA para probar allí una nueva vida (a los 59 años de edad) dejándolos a ella y a Carlos solos en el Uruguay.

En los 46 años que llevamos de casados mi esposa ha sido siempre además de una fiel e incondicional compañera, una excelente consejera. En todo momento supo acompañarme tanto en los momentos de bonanza como en los de angustia. Siempre apoyó mis decisiones y cuando aceptó que se vendieran

todas nuestras propiedades para pagar las deudas, ni siquiera protestó. Podía haberse negado pero ella nunca ha dudado en apoyarme.

Siempre me pregunté cuál ha sido el secreto de Maruja para asegurarnos una vida feliz? Habiéndose casado con un hombre soltero de 38 años de edad entendió que con la confrontación no se podía llegar a nada bueno. Así que nunca, pero nunca me ha dado la oportunidad de pelear con ella, aunque muchas veces llegaba a casa con una carga de nervios tal, que hubiese necesitado imperiosamente descargarla con alguien. Pero siempre terminaba dándome la razón. Para que no se pareciera la razón que se les da a los locos, se justificaba con ejemplos y me sugería una adecuada solución para el problema de turno. Siempre me ha dejado creer de que la decisión final había sido solo mía.

Fuimos muy felices y seguimos siéndolo todavía.

## **SOLYMAR**

En el año 1962 hemos comprado una cómoda casa "para terminar" en el balneario Solymar. Era nuestra primera adquisición importante después de casados y además dábamos un primer paso: tener nuestra propia casita de veraneo. Al casco original, que hemos modificado varias veces durante los años siguientes, le hemos agregado la compra de un terreno lindero, lo que nos permitió conformar con el tiempo un lindo parque verde para nuestro disfrute y lugar de juegos para nuestro hijo Carlos.

Hemos disfrutado siempre de esta propiedad durante los 46 años que llevamos de casados. Nos permitió vivir permanentemente en Solymar, años después, una vez jubilados los dos. En realidad tuvimos que hacerlo varios años antes de jubilarnos, una vez vendidas todas nuestras demás propiedades debido a la crisis de 1982 y de la famosa "tablita".

El Solymar de hoy no tiene ya nada que ver con el balneario de aquellos tempranos años. Nuestra manzana está ubicada, entre las calles General Gestido, Uruguay y Brasília, manzana que tenía –en aquellos tiempos– sólo cuatro casas

construidas, mientras que frente a nuestra casa había un frondoso bosque de pinos hasta llegar al mar.

La calle Gestido estaba construida con ripio sin conformar, y para llegar a mi casa había que tomar por la Interbalnearia y bajar por Márquez Castro, ya que ni la Rambla ni la actual Avenida Giannattasio (prolongación de la Avenida Italia) estaban siquiera proyectadas. No teníamos en Solymar agua corriente, (había que traerla desde Montevideo en bollones), no había luz (faroles a mantilla), no había teléfonos, y no había recolección de la basura. Tampoco pasaban todavía por allí los buses.

Los sábados, junto a un pequeño grupo de vecinos activos y amantes de la zona, nos encontrábamos en nuestro jardín para estudiar sugerencias sobre las múltiples mejoras a realizar en este incipiente balneario.

Fui nombrado desde los comienzos Presidente de la Comisión de Fomento, quedando en este cargo por sucesivas votaciones durante casi 15 años.

Siempre estuve convencido de que le debía mucho al Uruguay por haberme dado la oportunidad de vivir libremente, formarme y progresar junto a mi familia. Así que siempre hice lo imposible para aportar algo a la transformación del balneario dentro de mis limitados medios.

Un ejemplo: aproveché el hecho de que mi Empresa estaba realizando en aquellos momentos un contrato de agua potable en Montevideo para la OSE, y proyecté los planos de las redes de agua para una zona puntual de Solymar. Presenté los planos, y los hice aprobar por la Dirección de Obras de OSE. Con la ayuda de mis operarios especializados –que traje desde Montevideo con este propósito– se colocaron las cañerías y todas las piezas especiales (proporcionadas en su totalidad por mi Empresa pero contando con la colaboración financiera de la mayor parte de los vecinos) bajo el estricto control de OSE. De esta manera se pudo proporcionar el agua potable de OSE a una importante zona de Solymar.

Lo mismo hicimos con la iluminación de la calle Uruguay y una parte de la Avenida General Gestido. Pusimos nombres a las calles, (que no los tenían) y presenté los planos con las ubicaciones propuestos para el "nomenclator" correspondiente para la aprobación de la Intendencia de Canelones.



## Memorias de un emigrante

Mi familia y yo salíamos hacia Solymar todos los sábados antes de mediodía, y nos quedábamos allí hasta las últimas horas del domingo, tanto en el verano como en el invierno más crudo. La casa quedaba desprotegida durante todo el resto de la semana y se decía que había muchos robos en el vecindario. Por delante de mi casa paseaba en bicicleta, dos o tres veces por día, un personaje que el bajo mundo llamaba "Margarito" y corría la voz de que era el informante de los ladrones. Que se pasaba estudiando el habitual movimiento de la gente, y conocer los días durante los cuales los dueños no estaban ocupando sus propiedades. Como no existía todavía una policía local, este tema nos tenía muy preocupados.

Me reuní con mi vecino lindero y amigo, Horacio Martínez e ideamos un plan de "auto-ayuda" que aplicamos de inmediato. Lo llamé un día a casa a "Margarito" cuando lo vi pasar en su bicicleta por frente a mi casa y le dije: *"estamos muy preocupados por los robos. Como se dice que usted es una persona de total confianza, le proponemos que nos cuide nuestras dos casas durante nuestra ausencia, por lo cual le pagaremos un sueldo semanal"*. Desde aquel momento y por varios años, no nos ha faltado jamás nada, y esto que más de una vez Maruja se olvidaba de cerrar la puerta con llave cuando nos íbamos para Montevideo los domingos de noche. Para mí que "Margarito" había pasado el santo y seña: *"estas casas son mías y no se tocan"*. Y nunca fueron tocadas.

Era obvio que con los años había necesidad de encontrar un lugar estratégico para construir un destacamento policial que permitiera una vigilancia permanente de la zona. He proyectado y he construido este destacamento policial en la calle Uruguay. El terreno nos lo había cedido la IMC en una ubicación estratégica de la calle Uruguay, lugar que utilizaban en aquellos tiempos como depósito municipal para materiales (un verdadero basurero). Terminó siendo un destacamento policial permanente.

Pasaban los años, el balneario se estaba poblando y nuestros chicos crecían y necesitaban un lugar seguro para jugar. Decidimos entonces construir un Centro Deportivo en el mismo predio, pegado al destacamento policial.

Convencimos al señor Intendente, don Gervasio González y al Ministro del Interior, de la importancia de nuestro proyecto, y conseguimos que la Junta Departamental aprobara la entrega de la totalidad de la manzana para ser utilizada por la Comisión Directiva del Centro Deportivo Uruguay Solymar, comisión que hubo que crear legalmente y de inmediato al efecto.

Se confeccionaron los estatutos y se eligió la primera Directiva del CDUS. Yo fui elegido primer Presidente de esta entidad socio-deportiva.

El haber creado esta agrupación fue una idea brillante, ya que a los pocos meses había ya más de 400 socios activos quienes trabajaban para la realización del proyecto. Una vez más, mi equipo de "obras" confeccionó los planos del futuro Club, de la sede social, de la cantina, del lugar para reuniones, del salón de baile, de la biblioteca y la construcción de una cancha reglamentaria de baby fútbol, con sus correspondientes vestuarios para el uso simultáneo de dos equipos (duchas y agua caliente).

Los técnicos de mi empresa en colaboración con el Arq. Gómez Villar diseñaron los planos, mientras que yo calculaba la estructura y la ecuación económica para su realización. Presenté el informe a la Directiva, la cual aprobó por unanimidad la totalidad del programa propuesto.

Estaba ejecutando en aquel momento varios puentes y carreteras para el Ministerio de Obras Públicas. Decidí conversar personalmente con el señor Ministro, el Arq. Pintos Risso y lo convencí de que se hiciera un convenio entre Obras Públicas y "Uruguay Solymar", al 50% - 50%.

Nosotros debíamos conseguir por lo tanto lo antes posible el 50% de la inversión, y todo el mundo tuvo que trabajar para conseguir el dinero.

Se sucedieron largas y brillantes convocatorias para "kermeses" y "bingos" que llegaron a reunir hasta 1000 personas presentes y de esta manera se pudo juntar la totalidad del dinero necesario para la construcción del Centro Deportivo Uruguay Solymar. Todo el balneario estuvo presente cuando se hizo el corte de la cinta en presencia de los Ministros y del Señor

Intendente. Sigo siendo hoy día todavía fiel socio vitalicio y fundador del Club y sigo pagando las cuotas mensuales, aunque ya no voy más al Club

## Memorias de un emigrante

desde hace ya muchos años. Pero sigo alegrándome las veces que paso por la cancha y veo a los chicos "jugándose la camiseta" igual que antes. Son otros chicos, pero llevan los mismos deseos y la misma voluntad de ver triunfar los colores de su Club querido.

No quiero cerrar este capítulo sin recordar a algunos de los pioneros de aquellos tiempos, la mayoría de ellos ya muertos, pero que han puesto lo mejor de sí para que este proyecto social se transformara en una realidad: Horacio Martínez, José Otón, Haroldo Cabrera, Ramón Penas, Daniel Liguori, Manuel Melon, Dr. De Gregorio, Tapié y tantos otros más.

## **JUNTA de VECINOS**

Estábamos en nuestra casa de Solymar un fin de semana de 1976 cuando recibimos la visita inesperada del señor Intendente de Canelones, Don Gervasio González y de un señor coronel cuyo nombre ya no recuerdo. Por hospitalidad los invitamos a tomar un café y les pregunté a qué se debía el honor de la visita.

El Coronel tomó la palabra y me comunicó que se estaba formando la "Junta de Vecinos" de Canelones y que había sido elegido y nombrado ya como uno de sus integrantes, en representación de la Ciudad de la Costa. Sorprendido pregunté: *"qué cosa es la "Junta de Vecinos?"*

Me contestó calmadamente que representaba el órgano legislativo de la Intendencia, equivalente a los ediles de antes del golpe de Estado.

De inmediato les dije que me sentía muy honrado pero que yo era un empresario independiente con muchas obras –gracias a Dios– y que no me sobraba ya tiempo para ninguna otra actividad. Además nunca había hecho política y no me interesaba incursionar en ella. El Intendente trató de convencerme de la importancia que tenía dicho nombramiento, pero volví a

## Memorias de un emigrante

explicarle que no podía hacerlo por carecer del tiempo necesario. Con una sonrisa en los labios el Coronel sacó entonces una capucha gris de su bolsillo y me espetó: *"espero un sí, o le coloco la capucha y créame que no estoy bromeando. Y tampoco tengo más tiempo para convencerlo"*.

Mi esposa me miraba horrorizada. Cuando me di cuenta de que la amenaza iba en serio, pedí tiempo –24 horas– para estudiar el tema. La verdad es que realmente mi tiempo libre era muy escaso, mis visitas a las obras del interior eran fundamentales, pero temí –con la experiencia de lo ya vivido en Rumania– que la amenaza se transformara en una realidad. Llamé al Intendente al día siguiente y condicioné mi presencia en la "Junta" a que me ocupara exclusivamente de los temas correspondientes a la ingeniería. Aceptó la condición, y terminé yendo durante casi cuatro años, todos los viernes de noche a Canelones para asistir a las reuniones semanales de la "Junta". El grupo de trabajo de la Junta estaba formado por gente de mucho prestigio y muy representativa. El Presidente de la "Junta" era el Coronel Camacho, un caballero con muy buen sentido común y responsabilidad. Él estaba muy acostumbrado a dirigir reuniones. Encontré en él una persona sensible y muy consciente de la realidad del momento.

Trabajé en la "Junta" durante cuatro años, llegando generalmente el mismo viernes por avión o en ómnibus desde el interior de la República. Después de agotadores días de trabajo viajaba para Canelones en mi coche particular para no faltar a las reuniones. A la vuelta me llevaba para mi casa las abultadas carpetas con solicitudes de los vecinos, y los domingos me pasaba de 4 a 5 horas redactando resoluciones salomónicas para cada una de las solicitudes que llegaban a mis manos.

Nunca he aceptado alguna de las prebendas de los Ediles, como llevarme los vales de nafta a los cuales hubiese tenido legítimo derecho y que la secretaría me ofrecía semanalmente.

Creo haber cumplido con la gente y no haber defraudado tampoco a los que me habían encomendado la tarea. Cuando la situación terminó poniéndose políticamente complicada para mí, pude presentar mi renuncia e irme sin represalias. Recibí una carta de agradecimiento *"por los servicios prestados"*.

## **CUARTELILLO de BOMBEROS**

Los incendios provocados –debido a la negligencia de los turistas–, (los cuales prendían el fuego para hacer sus tradicionales asados dominicales) y se olvidaban de apagarlos antes de su partida, provocaban un verdadero "trauma" a los pobladores de Solymar verano tras verano.

El Ministro del Interior me pidió que proyectara –en colaboración con el arquitecto de bomberos, el Arq. Walter Parodi– un Cuartelillo de Bomberos para la zona de Solymar. Una vez más recurrí al Intendente Gervasio González y al Coronel Legnani para conseguir un espacio en la misma manzana del CDUS y del Destacamento Policial para ubicar el Cuartelillo.

Una vez obtenidos los permisos correspondientes proyectamos un cuartelillo para dos auto-bombas y para una dotación permanente de 12 bomberos. La obra se terminó en 12 meses y se hizo con mano de obra especializada de los mismos efectivos de los bomberos. Es obvio que, tanto el Arq. Walter Parodi como yo nunca hemos cobrado honorarios por haber confeccionado los planos, calculado la estructura del edificio, hecho los metrajes

## Memorias de un emigrante

para la compra de los materiales y las inspecciones permanentes a la obra. En mi caso particular, siempre he proyectado y construido sin cobrar honorarios por mis múltiples intervenciones en las obras de Solymar con las cuales me encontraba involucrado. En la mayor parte de los casos tuve que invertir yo el dinero faltante por pertenecer tanto los materiales faltantes como la mano de obra, generalmente, a mi empresa constructora.

La terminación de la obra fue recibida con vivo entusiasmo por los vecinos.

Agrego como anécdota que un año después de estar en funcionamiento el Cuartelillo de Bomberos, el Rotary Solymar –a pedido de los mismos bomberos– entregó un lote importante de insumos tanto para la necesaria limpieza de los sanitarios como también mucha ropa de cama que, según el pedido de ellos, les faltaban. Cuando el Ministerio del Interior se enteró de este donativo, los 12 bomberos fueron llevados presos por un lapso de dos días *"por haber efectuado el pedido sin autorización superior"*.

## **ROTARY SOLYMAR**

Soy socio fundador del Rotary Solymar. Cuando el Profesor Jorge Da Silveira y Venancio Flores me visitaron para invitarme a que tomara parte del equipo humano necesario para crear el primer Club Rotario en Solymar, lo primero que les pregunté con mucha vergüenza fue: "*qué cosa es ésta: el Rotary?*" Me explicaron el trasfondo social del movimiento, su filosofía meramente humanista reflejada en su lema: "*servir sin pensar en sí*" y también el alcance internacional del movimiento rotario.

La razón de ser del movimiento me fascinó de inmediato. Dije que sí, pero hice saber mis limitaciones en el tiempo debido a mis múltiples actividades. En el mes de febrero de 1975 nació el Rotary Solymar con 33 socios activos. Fui socio activo del Club durante 30 años y me retiré en el año 2005 por viejo, desilusionado y muy cansado. Participé en todas las actividades del Club: fui dos veces Presidente, varias veces Servicio Internacional, Servicio al Club, a la Comunidad, Tesorería etc. etc. Lo único que nunca acepté hacer fue la secretaría, ya que el poco tiempo de que disponía



## Memorias de un emigrante

no lo quería perder escribiendo las actas semanales. En cambio pude brindar durante años **servicio** tanto social como puntual dentro de la misma familia rotaria. El Rotary, es una organización muy parecida a la familia. Toman parte de la actividad rotaria todos los socios, tanto hombres como mujeres, maridos y esposas, trabajando todos ellos para la realización de objetivos humanitarios y de bienestar social.

Durante estos 30 años tan difíciles tanto para la democracia como para los ciudadanos, hemos luchado permanentemente por las mejoras dentro del balneario, haciendo notar a las autoridades, a veces bajo protesta, la espantosa situación de las calles mal pavimentadas, la mala iluminación, la poca seguridad brindada a los ciudadanos, el abandono de la Policlínica local, la situación de las escuelitas sin material de estudio, como también el abandono del liceo. El Rotary Solymar ayudó a construir la escuela N° 108 ubicada en un barrio muy pobre de Solymar norte, zona que exigía a gritos un lugar seguro para brindárselo a los chicos en edad escolar.

En lo internacional hemos probado un hermanamiento con los rotarios de Veranópolis, Brasil, y hemos concretado uno duradero con los hermanos argentinos de Quilmes-Calchaquí.

Codo a codo, tanto los hombres como las mujeres hemos trabajado duro y apasionadamente para que estos logros fueran posibles. Cuando esta unión casi "de familia" comenzó a resquebrarse, nos dimos cuenta que algo había cambiado y que el Club estaba pasando por una crisis que había que controlar y sanear urgentemente. Como en cualquier familia, para poder pensar con claridad en cómo solucionar los problemas ajenos presentados permanentemente a la Directiva del Club, había que reforzar primeramente la unidad, la confianza y el cariño dentro del grupo humano que lo forma.

Por lo tanto hacíamos reuniones semanales, rotando la casa del anfitrión. Se organizaron encuentros semanalmente de dos o tres parejas con el único propósito de conversar, conocerse mejor y tender puentes de amistad entre sus componentes. Con el paso de los años y debido a estas reuniones también, pude cimentar la amistad, estima y cariño de gente como Enrique Pérez, James

Stanley, Venancio Caballero, Enrique Chabaneau, el increíble José Caviglia y tantos más, algunos retirados ya por su edad y otros tantos ya fallecidos.

Contaré una de las tantas "quijotadas" pensadas y realizadas durante mi última presidencia, pero llevada a buen fin durante la segunda presidencia de Enrique Chabaneau. El Club había tenido siempre entre sus prioridades llegar a construir una "Casa Rotaria" acompañada por una buena biblioteca al servicio de los estudiantes y habitantes de la zona.

Entre el Profesor Venancio Caballero y yo habíamos conseguido que la IMC nos cediera por 99 años un predio en el cual se nos permitió construir la obra pensada. Su entrega era supeditada a la realización de dicha obra. Los planos de la obra los hicimos en mi estudio de Montevideo, pero con la colaboración del Arq. Gómez Villar. Cuando terminamos el anteproyecto el mismo estaba pensado para hacerse en tres etapas (por los costos). Una primera fase: *"la sede rotaria"*, una segunda fase: *"la biblioteca, la sala para las reuniones, la cocina y los baños"* y una fase final: *"los salones para clases"*.

El proyecto fue aprobado en su totalidad por la Directiva del Club, como también por la IMC (Intendencia Municipal de Canelones).

Una vez más fui a hablarle al Ministro de Obras Públicas, para convencer al señor Ministro de firmar con el Rotary un convenio 50% - 50% parecido al que habíamos firmado para el Centro Deportivo Uruguay Solymar.

El Ministro Wilson Elso Goñi no fue tan accesible como lo había sido el Arq. Pintos Risso, pero terminó aprobando la firma de dicho convenio. Tampoco nos ha sido fácil construir los 700 m<sup>2</sup> de edificación y tuvimos que sudar bastante antes de que la obra terminara. Pude llegar a verla, a pesar de todo, casi terminada.

Tiene un soberbio salón Rotario, para las reuniones semanales de los socios del Club, con piso parquet, cocinita y baño propio.

La biblioteca, que hoy tiene casi 5000 tomos en sus estantes, un salón para reuniones sociales de unos 300 m<sup>2</sup> de superficie útil, una amplia cocina, un ante-cocina, una despensa, dos salones para clases, dos amplios baños: uno para el uso de los hombres y el otro para las mujeres y –sin terminar todavía–

## Memorias de un emigrante

tres salones de clase más en el piso superior. Hemos sudado sangre para ver funcionando dicha obra, pero hoy vemos con alegría que permite dictar 27 clases diferentes en sus salones, la biblioteca tiene su vida propia, y se usa el salón grande para permanentes conferencias, conciertos y fiestas varias. Todo lo construido está al servicio de la comunidad y por cierto, requiere de un esfuerzo financiero y humano muy importante para su mantenimiento y para el pago de los gastos mensuales (biblioteca, luz, teléfono, cargas sociales, profesores, agua etc. etc). Aunque parezca increíble, estas obligaciones urticantes están disolviendo en este momento al grupo rotario.

Es la atmósfera creada entre los socios y las permanentes discusiones ocasionadas por las angustias económicas creadas debido a las necesidades funcionales del *Centro Cultural Paul Harris* la razón de mi alejamiento del movimiento rotario.

El día de mi despedida, mis compañeros me honraron otorgándome el galardón "Compañero Paul Harris", máximo galardón que se otorga en el rotarismo, el "*Paul Harris Fellow*". Fui nombrado socio honorífico.

Estaré siempre muy agradecido al movimiento rotario y al Rotary Solymar por los gratos momentos de compañerismo que me han permitido vivir durante estos 30 años, pero he quedado muy triste por haber contribuido a la actual situación por culpa de un ideal: el "*Centro Cultural Paul Harris*".

Me siento parcialmente culpable, y aprendí, una vez más, "*que de buenas intenciones está pavimentado el infierno*" (Dante).

## **RUMANIA**

Cuando llegué al Uruguay me prometí no recordar nunca más Rumania, mi patria querida, después de haber sufrido mucho y durante demasiado tiempo los rigores de dos dictaduras diabólicas, primero la nazi y después la comunista, no menos feroz. En el Uruguay no había representación diplomática rumana todavía. Visitaba muy pocas veces a los emigrantes rumanos que vivían en Montevideo, y cuya colonia, aunque amplia, no frecuentaba por falta de tiempo e interés. Así que durante más de 20 años casi no hablé el idioma rumano, archivando mis conocimientos del idioma en algún lugar remoto de mi cerebro. Recién cuando llegaron mis padres volví a desenterrar el idioma para poder conversar en casa con ellos, y –una vez más– dejé de hablarlo después de la muerte de los mismos.

Muchos años después de muertos mis padres, recibí un llamado telefónico de parte del señor Embajador de Rumania en Montevideo (obviamente la Embajada había abierto sus puertas) Dr. Radu Urzica, invitándome a tomar el te con él a las 17 horas en la Embajada. Fui allí muy desconfiado, pero deseoso

## Memorias de un emigrante

por saber qué es lo que pasaba y el porqué de su llamado. Tenía la esperanza de que fuera para ponerme en conocimiento de que el Estado Rumano había decidido devolverme nuestra propiedad de Bucarest.

Pero la reunión había sido concertada únicamente para permitir que nos conociéramos mutuamente y para hacerme saber de que la Embajada se ponía a disposición de todos los emigrantes rumanos desde aquel momento.

El Embajador me encantó por su manera agradable y servicial de ser, por su cultura y por la buena voluntad que se notaba en su manera de hablar. Tiempo después tuve la oportunidad y la alegría de conocer también a su señora esposa, María, y recibirlos reiteradamente en mi casa de Solymar los fines de semana. María llegó a dictar un curso de idioma rumano en la Facultad de Humanidades, muy visitado por estudiantes uruguayos.

También conocí al Dr. Emil Ghitulesco, encargado cultural de Rumania en el Uruguay. Culto, de fácil palabra, ganó de inmediato mi confianza y la de mi señora, y terminamos siendo verdaderos amigos, visitándonos muy a menudo en Solymar.

No quiero profundizar en el tema, ya que no soy la persona indicada para hablar de todos y cada uno de los miembros de la Embajada Rumana durante los años en que estuve en contacto casi permanente con ella. Lo realmente importante fue que –de a poco– hemos llegado a reunir a muchos miembros de la diáspora rumana en el Uruguay junto a los representantes diplomáticos. Mencionaré al Encargado de Negocios de Rumania, el señor Niculae Pop y a su encantadora esposa, cuya hija, Simona, estuvo viviendo en mi casa de pupila durante más de dos años.

Termino este capítulo de mis "Memorias" recordando con cariño al señor Embajador Dr. Vasile Macovei y su exquisita señora esposa Antonieta. Personajes de leyenda, de una larga y profunda sabiduría, poetas y gente de bien, han sabido darle a la Embajada el sentido humano y creado un puente de unión y amistad entre Uruguay y Rumania. Han dejado después de su partida del país el dejo de tristeza y de abandono que dejan únicamente los grandes amigos.

Los acompañó en la secretaría la señora Mara, increíble ser humano quien supo ayudar y apoyar a sus compatriotas en los momentos difíciles. Gracias a sus esfuerzos y a su tenacidad pude conseguir la ciudadanía rumana para mi hijo en momentos muy difíciles y de gran tensión para nosotros.

A todos ellos los recuerdo con cariño y mucho agradecimiento.

Durante años he tenido la oportunidad de ayudar a muchos de mis compatriotas que se encontraban en serios problemas que no podían o no sabían resolver solos, necesitando desesperadamente que alguien les diera una mano amiga.

Un día me llamaron de la Embajada para pedirme que me ocupara de un emigrante rumano molesto, recién llegado al Aeropuerto de Carrasco.

El no hablaba el español, no sabía ningún otro idioma fuera del rumano y nadie entendía lo que decía.

Fui de inmediato al Aeropuerto para ver lo que pasaba. Lo encontré perdido y muy confundido. Se llamaba ION. Tenía unos 30 años y había venido al

Uruguay porque había escuchado decir a un representante de la Embajada Uruguaya en Bucarest en la radio nacional rumana que *"en el Uruguay se ganaba mucho dinero y sin demasiado esfuerzo, y que se necesitaba urgentemente de mucha mano de obra"*.

ION había vendido de inmediato todas sus pocas pertenencias de Rumania, había dejado allí a su esposa y a su hija, subió al avión y se presentó a las autoridades del Aeropuerto de Carrasco pidiéndoles que le indicaran adónde debía presentarse para poder comenzar a trabajar de inmediato. (Ion seguía el sistema centralizado típico del régimen comunista rumano).

Nadie entendió nada de lo que ION pretendía, y cuando éste pudo llamar por fin por teléfono a la Embajada Rumana para que alguien lo fuera a buscar al aeropuerto, el susto que despertó allí fue tan grande que me pasaron de inmediato a mí el problema telefónicamente, sin parar a pensar siquiera en la elemental obligación que tiene toda Embajada de ayudar a un compatriota con problemas. Junto a otro amigo rumano (familia Segal) de Montevideo, fuimos a buscarlo al Aeropuerto y lo alojamos de inmediato en una pensión

## Memorias de un emigrante

de la calle General Flores, mientras íbamos pensando qué hacer con él. Gracias a mis vínculos laborales le encontré trabajo en una empresa de construcciones conocida, y le entregamos el dinero necesario para que pudiera aguantar los gastos durante los dos primeros meses.

ION me visitó periódicamente en mi oficina de la calle Rio Negro para informarme sobre sus progresos en el trabajo, además de aprovechar las visitas para comerse unos buenos refuerzos y unas tazas de café con leche preparadas por mi esposa Maruja. Gracias a Dios y a nuestra ayuda, Ion pudo traer –a los dos años de estadía– a su esposa y a su hija desde Rumania, y terminó viajando cuatro años después para Chile. No lo vimos nunca más. Tampoco escribió.

SIMONA es la hija del ex Encargado de Negocios de Rumania en el Uruguay. Cuando sus padres fueron transferidos de Montevideo, a ella le faltaban todavía 2 años para terminar su licenciatura en la Facultad de Humanidades. Además tenía un novio uruguayo que ella no quería abandonar de ninguna manera. Les propuse a los padres de Simona que se quedara bajo nuestra custodia, viviendo en mi casa, hasta la terminación de su licenciatura. La familia Pop aceptó nuestra propuesta y Simona se quedó con nosotros durante dos años y medio, pudiendo irse para Rumania con la licenciatura terminada y con su novio a costas. Todavía estamos recibiendo amorosas cartas de parte de Simona, quien resultó ser, para nosotros, la hija que no pudimos tener. Amorosa y servicial, nos llenó de felicidad con su presencia. Se encuentra actualmente en Valencia, felizmente casada con un ciudadano español y tienen un precioso hijo que deseáramos llegar a conocer.

DIANA fue otro de los regalos que la Embajada nos proporcionó.

Había llegado desde Rumania con el título de médico ya otorgado, y venía convencida de que iba poder trabajar de inmediato debido a su flamante título. La hemos adoptado también a DIANA, y le hemos proporcionado el apoyo que ella necesitaba y que estaba a nuestro alcance. No hemos dejado que le faltara nada, y le dimos el apoyo logístico para que pudiera llegar a revalidar su título. Tuvo un encuentro amoroso con un armenio y trajo al

mundo una preciosa hija, Mariuca. Lamentablemente el padre de la niña no tuvo la hombría de bien para darle su apellido y DIANA decidió volverse para Rumania después de más de cinco años de adaptación.

Nos hablamos periódicamente por teléfono y DIANA no se olvida nunca de llamarnos para nuestros cumpleaños. Está hoy felizmente casada en Rumania con Bogdan, y maneja una importante sección de un hospital de Bucarest. Por cierto, una vez más la Embajada no quiso involucrarse en el tema DIANA.

Hablando de involucrarse, la siguiente anécdota es reciente y muy sabrosa. Me avisan que un rumano –llamémoslo PETRE– se encontraba preso en el juzgado de Solymar por tratar de llevarse por avión 3 kg. de cocaína pura de contrabando para Europa. En el juzgado se precisaba de un traductor para que pudiera entenderse con él y la Embajada Rumana me pidió que fuera yo al juzgado de Solymar como traductor del preso. Yo no tenía gana alguna de ir al juzgado y menos todavía de involucrarme con un contrabandista de drogas. Pero me pareció cruel dejar al rumano solo, sin nadie que lo entendiera, y en las manos de algún abogado que lo dejaría seguramente pudrirse en la cárcel por años. No me había encontrado nunca en una situación parecida. Me presenté en el juzgado junto al abogado del reo y terminé hablando largamente con él. Sin querer hacerlo, llegué a involucrarme. Recibí una carta desesperada de su padre desde Rumania, un enfermo terminal y de su novia embarazada de 6 meses, fotos de la choza miserable en la cual vivían en Rumania y me imaginé a PETRE haciendo el tráfico para poder ayudar a su familia y a su futuro hijo. Y me puse su camiseta. Lo visité en la cárcel de Canelones muchas veces, he hablado más veces con él y le compré un libro de español para que aprovechara el tiempo estudiando. Lo defendí reiteradamente frente a la señora juez y al fiscal. El fiscal había pedido 4 años de cárcel. Hablé con la señora juez y con el fiscal pidiéndoles piedad detallándoles la situación inhumana en la cual se encontraba su familia. PETRE llegó a salir de la cárcel después de 8 meses del encierro. Como no tenía dinero, le compré los pasajes de avión con la promesa de que me iba a devolver este dinero a la brevedad.



## Memorias de un emigrante

Nunca me devolvió este préstamo, pero quedé con la conciencia tranquila por haber podido ayudar –una vez más– a un compatriota.

Fui elegido durante años Presidente de la "*Cámara de Comercio Uruguay – Rumania*" y colaboré con la Embajada dando clases de idioma rumano a muchos nietos de los ciudadanos rumanos emigrados. Esta gente desea obtener la ciudadanía rumana y el pasaporte para poder ir y trabajar en Europa, siendo Rumania miembro del "*Mercado Común Europeo*".

A pesar de la importante ayuda recibida por parte de los señores Embajadores Radu Urzica y Vasile Macovei, los burócratas rumanos de Bucarest no tuvieron jamás miramiento alguno conmigo, llegando a no poder renovar mi propio pasaporte rumano vencido, debido a un problema semántico. (Henri – Enrique). Nuestra propiedad de Bucarest se perdió también para siempre en medio de la vorágine del papeleo burocrático, la insensibilidad del Estado Rumano y la sed permanente de dinero de los abogados rumanos.

## **LOS BANCOS**

Una vez que mi Empresa se independizó de TECHINT S.A., mi padre se preocupó por consolidar varios vínculos indispensables para asegurar la futura financiación de las obras. Gerentes ejecutivos de varios Bancos estaban dispuestos a apoyar obras de riesgo. De esta manera pudimos abrir el abanico de una amplia línea de créditos. No teniendo capital propio, tuve que recurrir siempre al apoyo de los Bancos, siendo ellos –desde aquel momento– mis verdaderos socios en todos los emprendimientos.

He tenido la posibilidad de presentarme en muchísimas licitaciones Públicas del Estado y durante muchos años estuve ejecutando de 5-8 obras concomitantemente. Obras muy variadas y diseminadas por todos los rincones del país. Hemos ejecutado exitosamente más de 150 obras de todo tipo sólo para el Estado, sin contar un sinnúmero de obras hechas para el capital privado. Pavimentación de calles, bacheos, saneamiento de ciudades (toda la ciudad de Treinta y Tres por ejemplo),

## Memorias de un emigrante

teléfonos, alta y baja tensión, agua corriente, tanques elevados para agua, aeropuertos etc.

Estaba viajando permanentemente de un lugar para otro cuidando la buena ejecución de las obras, el aprovisionamiento de las mismas y su indispensable financiación. Cuando me encontraba en Montevideo pasaba buena parte del tiempo dentro de los Bancos, presentando las situaciones financieras del momento a los gerentes. Cuando no lo hacía, estaba calculando, proyectando y evaluando costos en la oficina, junto a mi equipo administrativo y técnico.

Mi pasión era calcular y realizar puentes pre-tensados. Durante los 40 años de actividad pude ganar licitaciones muy importantes para el Ministerio de Obras Públicas, llegando a construir 24 puentes clásicos o pre-tensados, diseminados por todo el territorio del País, siendo el más largo de ellos el del Paso Campamento de 1.081 mts. de longitud.

La metodología que usábamos en los puentes era tan novedosa, que la misma Facultad de Ingeniería mandaba a menudo buses con estudiantes del último año a visitar las obras, estudiar nuestra metodología y completar de esta manera la formación técnica de los futuros ingenieros viales.

Cuando estábamos por entregar el Puente del Paso Campamento, (ruta 4) el señor Ministro de Obras Públicas me pidió que organizara una linda ceremonia al pie del puente en ocasión del corte de la cinta. Cuando me enteré que iban a llegar unos 40 representantes del Ministerio para la ceremonia, y otros 40 de la Facultad de Ingeniería, calculé que agregando los 42 operarios de la obra, sus familias, 15 de mi oficina, más la prensa, iba a haber unas 200 personas en el festejo. Situada la obra a 540 km. de Montevideo, había que pensar en darles también de comer. Arreglé con una casa de Salto para que atendiera la comida, mientras que nosotros traíamos las bebidas de Montevideo y de Brasil. Armamos 40 mesas al pie de la estructura, manteles blancos y mozos en uniforme y con guantes blancos para servir. No faltaba el champagne ni el whisky a discreción. Todavía hay gente que recuerda esta inauguración.

Así llegó el año 1980 y con él llegó un importante llamado a una licitación gigante: "carretera y puentes", broche de oro para mi carrera, y un retiro

brillante de las obras a poco de jubilarme. Tenía 56 años ya y como la licitación cubría 3 o 4 años de trabajo, podía llegar a los 60 años de edad con el éxito y con el dinero que siempre había soñado tener.

La obra exigía la compra de maquinaria vial por más de 500.000 dólares, más una inversión prevista para el funcionamiento de otros 300 a 400.000 dólares. Por cierto, por mí solo no tenía tanto capital disponible. Mi situación económica estaba consolidada, (dos propiedades en Montevideo, más la casa de Solymar y cierto capital líquido), pero no podía tomarme una responsabilidad de esta envergadura sin el apoyo financiero del Banco. Estudiamos juntos, el Banco y nosotros, los pro y los contras del proyecto, y el Banco terminó aceptando hacer la financiación total de la obra.

La obra comenzó recién en 1981, ya que demoró mucho la adjudicación de la misma, los contratos y la compra de la maquinaria a importar. A pesar de esta demora, la obra comenzó muy bien y puse todas mis esperanzas en los resultados finales de la misma. Pero: HORROR. En el año 1982 vino la **tablita asesina** y nos encontró con todas las obligaciones financieras en marcha. La moneda uruguaya se deterioró de un día al otro de tal manera, que mis deudas con el Banco y con los proveedores (todas en dólares) se volvieron impagables. Mi contador me hizo saber que no me servía seguir siquiera con la obra, ya que insistir en seguirla hubiese representado más pérdidas todavía y menos posibilidades para llegar a pagar las deudas ya realizadas. Estaba entre suicidarme, o irme del país para los USA buscando nuevos horizontes. Pero a los 58 años??

Mi pobre esposa Maruja y mi hijo Carlos de solamente 16 años estaban desmoralizados y lo único que atinaban hacer era consolarme y decirme: "*no te preocupes, comenzaremos de vuelta*". Pero ¿a los 58 años?

Cuando terminé de hacer todos los cálculos financieros llegué a la misma conclusión que mi contador: había perdido todo. Maldecía la construcción, es demasiado riesgo, me había arriesgado demasiado. Maldita tablita.

Después de conversar largamente con mi esposa, decidimos poner en venta tanto nuestro apartamento de la Rambla de Pocitos, como el de la

calle Colonia para poder pagarle al banco nuestro préstamo. Vendí en 220.000 dólares el apartamento de la Rambla y en 200.000 dólares el de la calle Colonia. En el banco tenía otros 280.000 dólares en efectivo que usaba para los movimientos en las obras. Pagué todas mis obligaciones de plaza y del exterior con 265.000 dólares y acomodé en una valija 415.000 dólares en billetes de 100 dólares que llevé de inmediato al banco. Puse la valija encima del escritorio del gerente general del banco y le dije: *"le debo al banco la cantidad de 412.500 dólares según los datos de ustedes. Aquí los tiene. No les debo más nada. Cerraré mi empresa y pienso irme del país. No quiero irme sin pagar primero todas mis obligaciones"*.

Asombrado el gerente general me dijo: *"¿te vas? ¿adónde? ¿Te vas a quedar sin un dólar? Si has decidido irte, guarda de este dinero 100.000 dólares y envíalo para Suiza. Los vas a necesitar. No te quedes sin dinero, ya no eres un pibe"*. Le contesté: *"gracias por el consejo, pero pagaré todo. Veré si puedo comenzar todo de nuevo en los USA."* Me despedí de él con un fuerte abrazo y con un recibo del banco por la cantidad de US 412.250. Me fui para la casa. Tenía que pensar cómo iba hacer para mantener a mi familia de ahora en más. Alquilé un apartamento.

Había escrito una carta a mi familia americana avisándole que iba para New York, y les pedía la cooperación para encontrar un trabajo allí. Me han contestado: *"¿a los 58 años de edad? Aquí la gente se jubila a esta edad. Pero ven, algo encontraremos para ti"*.

Me iba despidiendo de colaboradores y amigos cuando me encontré con el Ing. Fernández de BARLAIN S.A. quien me estaba buscando. Me dijo: *"te estaba buscando. He ganado dos puentes y te necesito para que me los ejecutes. Por favor no te vayas"*. Me convenció el hecho de que –si me quedaba– no me iba a separar de mi esposa y de mi hijo por algún tiempo y que además solucionaba provisoriamente el tema del mantenimiento de mi familia. Le contesté que sí y comencé otra etapa de mi vida. A los dos años había terminado los puentes licitados y había vuelto a entusiasarme con hacer obras por mi cuenta. Los gerentes de los bancos volvían a ofrecerme toda la ayuda económica necesaria. Decidí comenzar de nuevo a trabajar por mi cuenta a los 61 años de edad. Formé otra sociedad

anónima, con la cual me presenté en varias licitaciones públicas que pude ganar, y los Bancos aplaudieron alegremente mi vuelta al "ring".

Me llamaban para preguntarme cuánto dinero necesitaba y cuando no pedía financiación por un largo tiempo me llamaban para ofrecérmela. Gané 10 o 12 licitaciones con el Municipio de Montevideo y con CODICEN (escuelas y liceos). Volví a tener más de 150 operarios trabajando y las obras estaban progresando a buen ritmo. En esto vino de vuelta la crisis y la IMM dejó de pagar los certificados de obra por un lapso de más de 16 meses. No quise parar las obras porque el Banco seguía financiándome los gastos, aunque estaban conscientes de que nosotros no estábamos cobrando, por tener ellos los certificados en custodia.

Llegó el momento en que, entre intereses y mora, las obras daban pérdida. La situación no se podía revertir sin una liquidación de los haberes con una fórmula paramétrica por parte de la IMM, pero cuando las liquidaciones llegaron a los dos años y medio, (era Intendente el Dr. Tabaré Vázquez) los intereses bancarios me habían tragado no solamente todos los beneficios, sino que tenía ya un saldo negativo importante en la cuenta corriente. Cuando los obreros que trabajaban en las escuelas y en los liceos se dieron cuenta del problema y vieron que yo ya no me presentaba más a nuevas licitaciones con el Estado, decidieron trabajar a desgano para alargar lo más posible la fecha de los despidos por finalización de las obras. Esto agregó el problema de una serie de multas por atrasos que se reflejaron en la liquidación de los certificados de obra de CODICEN. Me encontré atado de manos y pies y sin una posible salida a la vista, en víspera de la gran crisis económica del 2002. Tuve que cerrar con mucho pesar la Empresa, perdiendo finalmente también –debido a la durísima liquidación con los Bancos– mi tan querida casita de Solymar.

Había vivido en el Uruguay la mayor parte de mi vida, había luchado muchísimo para llegar a tener un final feliz, pero –lamentablemente– no había aprendido y asimilado el espíritu conservador de los uruguayos, el que me hubiese aconsejado frenar las obras a tiempo y no me hubiese permitido

## Memorias de un emigrante

tampoco arriesgar tanto y a tanto y a tanta gente a una edad tan avanzada. Volver a empezar?

Que la culpa fue de la crisis?? Fue de los Bancos? Es cierto, pero...!!!

Los Bancos fueron siempre una buena solución y una gran ayuda para la Empresa, pero también fueron mi definitiva pérdida.

Mi situación financiera es ahora, a los 83 años de edad, la misma que hace 59 años atrás, cuando recién había llegado al Uruguay lleno de esperanzas y con 20 dólares en los bolsillos.

Pienso ahora que lo que realmente he perdido en estos 59 años de lucha no han sido ni los bienes adquiridos y tampoco el dinero: **son las ilusiones.**

Enrique Coman



## **CURRICULUM VITAE del Ing. Civil ENRIQUE PEDRO COMAN**

Nacido el 19 de octubre de 1924 en Bucarest – Rumania.

Realicé mis primeros estudios primarios en Bucarest, mientras que el liceo lo cursé alternativamente en París –liceo Henri IV– y en Bucarest –liceo Gheorghe Lazar–. Posteriormente ingresé por concurso a la Facultad de Ingeniería de Bucarest (Instituto Politécnico) y me gradué en el año 1947 con el título de Ingeniero Civil.

Este mismo año emigré para Francia e ingresé al "Institut Technique de Normandie" de la Universidad de Caen (Normandía) para cursar un post-grado en la especialidad de pretensado, y en el año 1949 obtuve el título de ingeniero civil francés, con altas calificaciones. Este último me permite acceder de inmediato a la "Société des ingénieurs civils de France" el 1° de abril de 1949.

También en el año 1949 fui nombrado representante y encargado para la venta de los subproductos –ver isótopos radioactivos– de la Pila Atómica

(A.E.R.E.) de Harwell (Inglaterra) en el Uruguay, ya que había decidido radicarme en el Uruguay a los pocos meses de terminar mis estudios. Este nombramiento me llega mientras me desempeñaba como encargado de obras del sistema de silos prefabricados que se construían en toda Normandía dentro del plan de reconstrucción de post-guerra.

## URUGUAY

Ya en el Uruguay, me he presentado, apenas llegado al país, con el **Profesor Dr. Clemente Estable**, para el cual tenía una carta de presentación de parte del Rector de la Universidad de Caen. El Dr. Clemente Estable me recomendó al ingeniero **Walter Hill**, director del Instituto de Física de la Facultad.

Comencé trabajando en el Instituto de Estática de la Facultad, en el cálculo hiperestático del Puente Maggi, y ayudante del director del Instituto de Estática, Profesor **Ricaldoni**.

En el año 1950 fui convocado por el Ing. **Walter Hill** para trabajar con él en calidad de calculista, función que cumplí hasta el año 1956. Junto a dicho profesional se ha inaugurado en el año 1955 el laboratorio de física nuclear MC2, al cual yo proporcionaba los isótopos medicinales requeridos, trayéndolos directamente desde la Pila Atómica Inglesa.

En dicho estudio realicé el cálculo de las estructuras de muchas obras civiles tanto públicas como particulares, destacándose entre las mismas:

**Club OLÍMPIA**, en Colón, para el Club Deportivo con el mismo nombre. Se ha calculado y realizado con éxito – por primera vez en América del Sur – una cubierta de hormigón armado delgada, formando una cúpula de 52 mts. de diámetro y con un espesor de solo 2.5 cm.

### **Hotel PAYSANDÚ**

**Edificio de BANCO de SEGUROS** en 18 de Julio esquina Vázquez, calculado para 22 pisos, pero construidos posteriormente sólo 12 pisos, usándose por primera vez en los cálculos el acero especial.

He trabajado también como calculista de estructuras para el estudio formado por los Ings. **Mondino, Eladio Dieste, Miller y Lionel Viera** hasta 1958.

## Memorias de un emigrante

Desde el año 1958 en adelante comienzo a trabajar en forma independiente, creando mi propia empresa constructora: "ENRIQUE P. COMAN". A partir de este momento incursioné en una vastísima gama de obras de ingeniería en calidad de director de las mismas, por todo el territorio de la República.

En el año 1971, como principal socio fundador, creo la empresa "COMBISA Sociedad Anónima" también empresa constructora, integrando desde entonces su Directorio. Esto me permite acceder a la preparación y dirección de muchísimas obras de mayor envergadura. (Adjunto un listado de una parte de las obras realizadas, solo para poder aquilatar su importancia y su diversidad.)

Hago notar que en el año 1963 fui declarado Ciudadano Legal (Carta N° 61.200 del 24/07/1963), y tengo la Credencial Cívica (serie AFA N° 3460).

En lo que al conocimiento de idiomas se refiere, hablo, leo y escribo correctamente en español, francés, inglés, rumano y alemán. Hablo pero no escribo correctamente: italiano y portugués.

Fui asesor técnico de varias empresas constructoras, para las cuales confeccioné los precios para las licitaciones públicas y privadas, como también la planificación posterior para permitir una correcta ejecución de las mismas.

El 1° de febrero del 1983 comienzo a trabajar en la empresa BARLAIN S.A. como ingeniero director de obras. Como director de obras de dicha empresa hago:

- Ensanche de la Avenida José Belloni (licitación N° 1144 de la I.M.M.)
- Puentes sobre los arroyos Tala, e Itapebí de la Ruta N°31 (MTOP)
- Puente sobre el arroyo Catalán Grande en Ruta N°30 (Artigas) para MTOP

En el año 1983 creo a PARASUR S.A. con la cual vuelvo a independizarme y con la cual trabajo hasta el momento de mi jubilación.

PARASUR S.A. ha hecho una importante y variada cantidad de obras entre las cuales mencionaré solamente unas pocas:

- Puente sobre el arroyo Bequeló ruta N°14 para el MTOP
- Saneamiento de la Ciudad de Treinta y Tres (para OSE – MTOP)

## Enrique Coman

- Red de agua corriente para los Balnearios de Canelones
- Depósitos de agua de 500 m<sup>3</sup> en 5 departamentos de la República (OSE)
- Terminales de Ómnibus
- Viviendas de todo tipo (Hipotecario - Ministerio de Vivienda - Ejército)
- Plazas en la ciudad (Municipio Montevideo)
- Nichos en el Cementerio de Buceo

También participamos –formando en Consorcio Maldonado– en la extensión del saneamiento en Maldonado (OSE – MTOP)

Estoy jubilado desde hace 2 años, pero tengo muchas ganas de poner mis conocimientos y mi experiencia de más de 50 años al servicio de la construcción a disposición de los estudiantes de la Facultad. Me considero todavía con la capacidad necesaria para esta tarea y espero solamente la oportunidad para poder aplicarla.

A continuación voy a agregar una larga lista de una parte de las obras ejecutadas por mí en el Uruguay, a veces con mi propia empresa y otras junto a empresas asociadas, con el único propósito de justificar la experiencia y la diversidad de lo que puedo poner a vuestra disposición.

### **I -OBRAS DE SANEAMIENTO Y AGUA CORRIENTE**

**1) Movimiento de tierra, calles y saneamiento total del Barrio M3 (Ciudad Florida). I.N.V.E.**

**2) Saneamiento total Barrio L7 I.N.V.E.**

**3) 8 Depósitos de distribución de 600 m<sup>3</sup> agua potable - OSE:**

2 En la Ciudad de Florida

2 En la Ciudad de Treinta y Tres

2 En la Ciudad de Durazno

1 En la Ciudad de Paso de los Toros

1 En la Ciudad de Carmelo

**4) Infraestructura, conexiones de agua potable, saneamiento y hormigón en el conjunto habitacional Apolón y Viera (Salto Grande – Cuartelillo del Polvorín) - Comisión Técnica Mixta Salto Grande (C.T.M)**

Colectores internos:	700 ml.
Agua corriente	650 ml.
Movimiento tierra	10.500 m <sup>3</sup>
Pavimento de hormigón	4.200 m <sup>2</sup>

**5) Infraestructura, saneamiento, agua potable, calles, sendas peatonales, hormigón conjunto habitacional H6 para margen uruguay de Salto Grande - Comisión Técnica Mixta Salto Grande (C.T.M.)**

Movimiento de tierra	42.952 m <sup>3</sup>
Colector interno	1.482 ml.
Colector público	362 ml.
Red de defensas pluviales	548 ml.
Red de agua potable	1.842 ml.
Pavimento de hormigón	12.722 m <sup>2</sup>
Sendas peatonales	7.749 m <sup>2</sup>

**6) Construcción de 10 TANQUES de H.A. de 600 m<sup>3</sup> - OSE licitación 1871**

2 tanques	Las Piedras
2 tanques	Salto
1 tanque	Paysandú
2 tanques	Rocha
1 tanque	Tacuarembó
2 tanques	Minas

**7) Saneamiento de la Ciudad de Treinta y Tres - OSE**

18.500 ml de saneamiento y 395 cámaras de inspección y terminales

**8) Saneamiento de la Ciudad de Maldonado - OSE**

12.600 ml.

## II) ARQUITECTURA CON CONEXIONES Y SANEAMIENTO.

1) Campamento de la Dirección de Obras de Desarrollo Económico (DODE) en Pueblo Ansina - Ruta 26 – Tramo Melo - Tacuarembó

2) Campamento de la Dirección de Obras de Desarrollo Económico (DODE) Área edificada 160 m<sup>2</sup>

en Paso de los Toros – Ruta 26 – Tramo Melo - Tacuarembó

MTOP

3) Construcción de 52 viviendas Barrios N°26 Cerrito de la Victoria

Área edificada 3.120 m<sup>2</sup>

Colector Interno 500 ml Red de Baja Tensión (INVE)

4) Construcción de 60 viviendas Barrio N° 52 Camino Casavalle y Belloni

Área edificada 3.600 m<sup>2</sup>

Colector interno 500 ml

Colector emisario 900 ml

INVE

5) Oficinas Municipales de Sarandi del Yí (Durazno)

Área edificada 600 m<sup>2</sup>

I.M. de Durazno

6) AEROESTACIÓN de la Ciudad de Artigas. (D.I.G.A.N)

7) Central Telefónica de Piriápolis Lic. N° 021 ANTEL

8) 102 viviendas Fuerza Aérea – Parque de Miramar - (DIGAN)

9) Frigorífico en el predio de las calles Colombia y Pampas.

Frigorífico Arbiza S.A.

10) Tren de lavado y local de lavadero de lana Trinidad.

Lavadero de Lanas de Trinidad S.A.

11) Centro Comercial de "Malvin Alto" Arq. Pérez Noble

12) Tres liceos para el M. de Educación y Cultura MESYFOD

13) Dos escuela para el M. de Educación y Cultura MESYFOD

### III) PAVIMENTACIÓN y REPARACIÓN DE HORMIGÓN ARMADO

#### 1) Remoción y repavimentación de pavimentos de H.A.

Contrato N° 971

I.M.M. superficie pavimento 17.933 m<sup>2</sup> (con Techint S.A.)

#### 2) Remoción y repavimentación de pavimentos de H.A.

Contrato N° 981

I.M.M. superficie pavimento 18.529 m<sup>2</sup> (con Techint S.A.)

#### 3) Remoción y repavimentación de pavimentos de H.A.

Contrato N°986

I.M.M. superficie 24.168 m<sup>2</sup> (con Techint S.A.)

#### 4) Remoción y reposición de pavimentos de H.A.

Contrato N°995

I.M.M. superficie 23.026 m<sup>2</sup>

Cordón hormigón 2.207 ml. (con Techint S.A.)

#### 5) Ampliación pistas AEROPUERTO NACIONAL de CARRASCO.

Superficie H.A. 27.950 m<sup>2</sup> (con Techint S.A.)

#### 6) Planta Industrial Pepsi-Cola en Montevideo.

Movimiento de tierra 820 m<sup>3</sup>

Pavimento hormigón 1.581 m<sup>2</sup>

Pepsico Uruguay

#### 7) Conaprole – Villa Rodríguez

Movimiento de tierra 4.270 m<sup>3</sup>

Pavimento de hormigón 8.201 m<sup>2</sup>

#### 8) Remoción y repavimentación de pavimentos de hormigón

Contrato N° 1001

I.M.M. Superficie 24.260 m<sup>2</sup>

Cordones de hormigón 2.196 ml (con Techint S.A.)

#### 9) Repavimentación Avenida Agraciada Tramo Asencio – Zufriategui

Pavimento hormigón armado 27.952 m<sup>2</sup>

Cordones hormigón armado 3.680 ml

Canalizaciones para UTE – OSE – GAS – AMDET (con Techint) - I.M.M.

**10) Pavimento de Hormigón Armado y fosa inspección – Estación Larrobla.**

AMDET

**11) Construcción de calles, circunvalaciones, estacionamientos, mov. de tierra, alcantarillas, desagües, etc. en el conjunto Parque Posadas y su centro comercial para 8 bloques de viviendas.**

Pavimentos	12.650 m <sup>2</sup>
Movim. tierra	860 m <sup>3</sup>
Alcantarillas	18 c/u
Desagües	759 ml.

**12) Movimiento de tierra y plateas de hormigón para viviendas del conjunto habitacional Cerro Norte - Con Arq. Pérez Noble. INVE**

**13) Remoción y reposición de pavimentos de hormigón armado**  
Contrato 1045 I.M.M.

**14) Acceso Puente Internacional Fray Bentos – Puerto Unzué**  
En subcontrato para Consorcio Rio Negro

Pavimentos de hormigón armado	3.200 m <sup>3</sup>
Cordones de hormigón armado	780 ml.

**15) Ensanche y reacondicionamiento de la Avenida Belloni**  
Contrato N° 1144 de la I.M.M. con Barlain S.A.

Pavimento de hormigón de 18 cm.	9.170 m <sup>2</sup>
Cordón hormigón	5.120 ml
Carpeta asfáltica	33.500 m <sup>2</sup>

**16) Complejo SOLANAS de Punta del Este.**

Calles	12.000 m <sup>2</sup>
Cordones cuneta	5.600 ml.
Toda la instalación de agua corriente	
Riego asfáltico simple con sellado	12.000 m <sup>2</sup>

**17) Para la IMM acumulado hasta el momento de mi retiro**

Pavimentos sobre adoquines	16.500 m <sup>2</sup>
Movimiento de tierra	14.780 m <sup>3</sup>



## Memorias de un emigrante

Cordones de hormigón	1.680 ml.
Remoc. y repos. cordones granito	893 ml.
Pavimento de hormigón armado	3.700 m <sup>2</sup>
Riego bituminoso simple	8.600 m <sup>2</sup>
Canchas de tenis	7 c/u

**Nota:** el ítem 17) corresponde a la suma de trabajos hechos para la I.M.M. durante los últimos 3 años previos a mi jubilación

### **HORMIGÓN ARMADO Y PUENTES**

#### **1) Bases en hormigón armado para generador eléctrico en 33**

Contratista : UTE

#### **2) PUENTES sobre los arroyos Caraguatá y Yaguari - ruta 26**

Puentes pretensados sistema Freusinet

Caraguatá 700 ml

Yaguari 500 ml.

Demolición puente viejo del Yaguari (hormigón)

MTOP

#### **3) ALCANTARILLA sobre el arroyo Caraguatá, ruta 26.**

MTOP

#### **4) PUENTE y ACCESOS sobre el Cuaró Grande - ruta 4 – Artigas**

MTOP

#### **5) 2 PUENTES y ALCANTARILLAS - ruta 3 – Trozo IV – Cons. Yacui**

Embalse Salto Grande MTOP

#### **6) Dos SILOS de H.A. de 1.000 ton. c/u en Montevideo**

Servicio Intendencia del Ejército

#### **7) Tres PUENTES – ruta 30 – sobre la cañada de los Burros,**

cañada de los Talas, y Tamandua MTOP

#### **8) Tres PUENTES – ruta 30 – Trozo II – Embalse Salto Grande – Cons. Yacui**

Tres puentes y alcantarillas MTOP

#### **9) Torre para Microondas en hormigón armado en la Ciudad de Rocha**

ANTEL

**10) PUENTE y ACCESOS sobre arroyo MALO** (ruta 59) Tacuarembó  
MTOF

**11) RAMAL y ACCESO a la represa de Salto Grande** (By-Pass) Salto  
MTOF

**12) PUENTES sobre los arroyos ITAPEBY y TALA** (ruta 31) Salto  
MTOF

**13) PUENTE sobre el arroyo CATALAN GRANDE** (ruta 30) Artigas  
MTOF

**14) PUENTE sobre el arroyo Bequeló** – ruta 14 Mercedes MTOF –

### **OBRAS de TELEFONÍA**

**1) Ampliación Red Telefónica Montevideo** (Con Techint S.A.)  
Instalación de 40.000 líneas de abonados UTE

**2) Ampliación Red Telefónica de Abonados** (con Techint.S.A.)  
Instalación de 20.000 líneas de abonados UTE

**3) Tendido de líneas de baja tensión en Montevideo** UTE

**4) Zanjado y tendido de cable telefónico subterráneo en Montevideo**  
UTE

**5) Canalizaciones telefónicas subterráneas en Maldonado**  
Piriápolis y Punta del Este UTE

## **FINIS COMEDIAE**

Durante el año 2003 me encontré descansando, jubilado y muy aburrido esperando en casa el fin de esta comedia que es mi vida. El telón final no ha caído todavía, así que tenía que hacer urgentemente algo que me gustara y que justificara también mis últimos años de vida activa.

Mi amiga, la Ingeniero Mireya Soriano me aconsejó presentarme a un concurso para el cargo de profesor adjunto Grado 3 del Departamento de Construcción del Instituto de Estructuras y Transporte de la Facultad de Ingeniería. Creí tener bastantes méritos como para presentarme al concurso, y armé de inmediato un "Currículum vitae" con una lista bastante completa de las obras efectuadas durante mi vida en el Uruguay. (ver las páginas 195 a 204).

Dos o tres meses más tarde, la Ing. Soriano me felicitó telefónicamente por haberse enterado extra oficialmente de que se me había adjudicado la designación, lo que me llenó de satisfacción y de alegría. Ahora podía volcar la experiencia de toda una vida, explicarles a los estudiantes los secretos íntimos

de las obras, la mejor manera para calcular las licitaciones, y la confección de los "planos de avance" deseables para una buena ejecución dentro de los plazos estipulados. Podíamos visitar juntos varias obras de puentes, carreteras y obras civiles en general. Me tenía mucha fe. Tenía una vasta experiencia en este campo.

Un mes más tarde me llamaron de la Facultad: *"lo felicitamos, ha sido propuesto para el cargo. Lo que pasa es que usted tiene **poca vida** a los 79 años y precisaríamos de una persona con sus características pero más joven. En cambio le daremos una mención honorífica"*.

Contesté: *"no gracias, no necesito agregar otro renglón en mi currículum vitae"*.

Tuve que aceptarlo: mi vida profesional había terminado. Era demasiado viejo y ya no servía siquiera para regalar mis experiencias de toda una vida.

Leí las resoluciones referentes al concurso. Dice el Ing. Alvaro Leez, juez informante (página N°55): *"Enrique Coman, ingeniero de larga trayectoria e indudables méritos, que reúne los méritos para el cargo, no se entiende adecuado para éste, pues, como el propio llamado lo expresa, el docente nombrado tendrá como funciones "docente a cargo de las visitas a obras..." Dada su edad (79 años) no se considera adecuado nombrarlo para un cargo que implica el dictado de clases prácticas en obras, en condiciones que exigen un considerable esfuerzo y coordinación física"*.

No me llamaron siquiera para conversar conmigo sobre el tema o para hacerme hacer la inspección médica de rigor.

Entendí por fin que mi vida profesional había terminado indefectiblemente.

## SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

# Epílogo

## MEMORIAS DE UN EMIGRANTE

He escrito estas memorias tratando de recordar los mejores y los peores momentos vividos. Las he escrito con el propósito de darle la oportunidad tanto a mi muy querido hijo Carlos, como a mi adorado y único nieto Gastón de recordarme tal como soy. Tuve mucha suerte he recalado en un país maravilloso, el Uruguay, y le agradezco a Dios de todo corazón por haberme permitido conocerlo. He manejado mi vida apretando siempre el acelerador a fondo, con mucha pasión, y me he jugado probablemente demasiado para conseguir una vejez confortable y exitosa que finalmente no llegué a tener. O, a lo mejor lo hice para medir mis fuerzas. He hecho todo lo que estaba a mi alcance para inculcar a mi hijo y a mi nietito Gastón la voluntad de enfrentar la vida con coraje, talento y confianza.

El haber fracasado finalmente desde el punto de vista monetario no justifica perder la fe ni en el país, y menos todavía en las oportunidades de triunfar.

El primer consejo sería *"ser más prudente y no jugarse **todo** poniendo todos los huevos en la misma canasta. Por cierto hay que arriesgarse, pero guardando siempre los límites peligrosos muy bien marcados"*.

Sigue *"perfeccionarse siempre y no dejar jamás de mejorar el proyecto que se pretende realizar aunque parezca perfecto"*.

No menos importante es entender que los bancos *"son un mal necesario"*, pero que nunca hay que darles garantías que puedan desestabilizar el equilibrio financiero familiar del tomador de los créditos. Hay que tener bien definidos los límites entre lo que es el negocio y lo que es la familia, siendo ésta la meta principal de nuestros anhelos.

Por último *"cuidado con los socios y mucho más cuidado todavía con los operarios"*. Pueden resultar, los unos y los otros verdaderas espadas de Damocles en la vida empresarial.

Pero siempre hay que poner mucha pasión y mucho cariño en todo lo que se pretende realizar. La adrenalina resultante es el verdadero motor que le da sabor a la vida.

A pesar de mis fracasos y de los momentos de amargura que son parte inherente de la vida empresarial, el llegar al final de la vida luchando por un ideal justifica la razón misma de la vida y hace menos pesada la llegada de la vejez.

Cuando puedas decir que *"he probado de todo durante mi vida, he tenido éxitos y fracasos, he sudado mucha adrenalina"* podrás descansar en paz.

No hagan en cambio lo que yo he hecho equivocadamente y que lamento tanto, no supe darle a mi hijo Carlos –debido a la vorágine de mi vida– estos momentos de compañerismo y de intimidad que tanto necesitaba durante su niñez y de su adolescencia, y que ahora marcan su vida.

Es lo que más lamento. Pero es demasiado tarde.

Gastón, Carlos, hagan de vuestras vidas algo importante para ustedes y sepan disfrutar de las oportunidades que ésta les ofrece en cada momento.

No siempre el éxito es el equivalente a la felicidad. La vida gris, en cambio, estropea todas las buenas intenciones y desmonetiza los más puros ideales, transformando la misma vida en un prolongado fracaso.

Aprovechen vuestra vida, es tan corta. ¡Sean felices!

## Memorias de un emigrante

Enrique Coman

Impreso en papel obra de 90 gr., tapas en cartulina supremo SBS de 300 gr.  
Se imprimieron 200 ejemplares, en octubre de 2013.  
Montevideo, Uruguay.  
Gráfica Mosca.







TEMESVARIENSIS COMIT.

SANGUACATUS

M. O.

B. U. E.

GRÆCÆ PARS

SALONICI

Gerifla

*[Large handwritten scribbles in black ink, including the word 'Grecia' and other illegible characters.]*